



The threads that bind us

*Colombian stories
spun from science
and nature*



The
threads
that
bind
us

Los
caminos
que nos
unen

Para todos los colombianos que trabajan
incansablemente apoyando la biodiversidad
colombiana a través de su ciencia y su arte.

For all those Colombians working tirelessly
to support Colombian biodiversity through
their science and their art.

Contents			
	8	Presentación	Juan Manuel Gómez Cotes
120	<i>Foreword</i>		65 Nativo
		Andrés Felipe Vargas Coronado	177 <i>Native</i>
	11	Ternero y el bosque perdido	Translated by Danitza Erzisnik Traducciones
123	<i>The Calf and The Lost Forest</i>		Laura Marcela Aguirre Martínez
		Translated by Tabitha Maser-Clarke	75 La Lucila selva: Historia de un ave
		Javier Zamudio	187 <i>Lucila's Rainforest: The Story of a Bird</i>
21	Lola y el fin del mundo		Translated by Laura Kynnersley
133	<i>Lola and the End of The World</i>		Claudia Carvajal
		Translated by Asha Allen	85 Volver a la raíz
		Juan Sebastián Lozano Fandiño	199 <i>Back to her Roots</i>
31	Huellas de anteojos		Translated by Ana Soto Zaleska
143	<i>Spectacled Footprints</i>		Ángela Posada- Swafford
		Translated by Danitza Erzisnik Traducciones	93 El alma del río
		Jonathan Escobar Oviedo	205 <i>The Soul of the River</i>
41	Los hijos de Saccharum		Translated by Danitza Erzisnik Traducciones
153	<i>The Children of Saccharum</i>		Yulieth Mora Garzón
		Translated by Juana Silva	103 La pregunta correcta
		Laia Alba Ceballos	215 <i>The Right Question</i>
51	Caña niña, caña		Translated by Danitza Erzisnik Traducciones
163	<i>Sugar Cane Girl</i>		112 Reseñas biográficas
		Translated by Tabitha Maser-Clarke	222 <i>Biographies</i>
		Laura D. Bernal Beltrán	114 Agradecimientos
57	Murmullos subterráneos		224 <i>Acknowledgements</i>
169	<i>Underground Murmurs</i>		116 Sobre los editores
		Translated by Danitza Erzisnik Traducciones	226 <i>About the partners</i>

Los caminos que nos unen

*Cuentos colombianos
desde la ciencia y la
naturaleza*

Presentación

Estamos presenciando el sexto evento masivo de extinción en nuestro planeta a nivel mundial; una aniquilación biológica que tiene consecuencias profundas para la sobrevivencia humana. Sin importar si eres científico, artista, escritor, facilitador comunitario o político, todos tenemos el poder de revertir la pérdida de la biodiversidad y el colapso del ecosistema en una de las últimas áreas silvestres que quedan en la Tierra. Creemos que Colombia puede convertirse en el modelo a seguir para el resto del mundo demostrando que la conservación de la biodiversidad puede brindar conocimiento científico, prosperidad económica, equidad social y estabilidad política.

La colaboración investigativa GROW Colombia, financiada por el Gobierno del Reino Unido, tiene como objetivo fortalecer la capacidad de investigación y su impacto socioeconómico en Colombia bajo una visión compartida de caracterizar, preservar y administrar el mayor patrimonio de Colombia: su biodiversidad.

GROW Colombia cuenta con tres programas de investigación principales que cubren la diversidad natural, la diversidad agrícola y la socioeconomía de la biodiversidad. Como la investigadora principal del proyecto GROW Colombia, estoy muy orgullosa de la fuerza y el alcance de la asociación multidisciplinaria cuyo legado durará más allá de este proyecto.

Profesora Federica di Palma

Investigadora principal, GROW Colombia.

El proyecto GROW Colombia se ha desarrollado en colaboración con académicos, el sector privado, el Gobierno y la sociedad civil para explorar y demostrar cómo podemos encontrar formas de valorar, proteger y utilizar de manera sostenible los extensos recursos naturales de Colombia.

Este trabajo es complejo y requiere habilidades y capacidades específicas. Sin embargo, queríamos encontrar la manera de que nuestro programa compartiera y estimulara la conversación acerca de los temas y problemas que abordamos con audiencias distintas a las habituales.

Hemos buscado formas de despertar el interés en los temas de nuestro trabajo al asociarnos con personas que cuentan con diferentes habilidades y redes. El programa *Escritores Creativos* de GROW Colombia es una de estas iniciativas. A través de un proceso competitivo encontramos once escritores colombianos, algunos de ellos al inicio de sus carreras, otros con años de experiencia. Los hemos asociado con nuestros científicos investigadores para crear una manera diferente de articular su investigación, una que llegue a nuevas audiencias con nuestro trabajo. El autor de uno de estos excepcionales relatos ha ganado la oportunidad de profundizar en estos temas: Andrés Felipe Vargas Coronado ha sido elegido para participar en una expedición de investigación científica.

A través de este proceso hemos visto nuestra investigación y los problemas que le conciernen reflejados de una manera diferente.

Esperamos que los resultados de esta colaboración única capturen su imaginación e interés en este extraordinario país y en las personas que trabajan conjuntamente para proteger su futuro.

Dra. Juliet Rose

Coinvestigadora, GROW Colombia

Ganador del premio del programa de
escritura creativa de GROW Colombia.

Ternero y el bosque perdido



Andrés Felipe Vargas Coronado

La finca del Abuelo es pequeña, así no parezca. Tiene cuatro vacas, un toro y dos terneros en tres hectáreas. Y en el centro de la finca hay un corral, que siempre está lleno de barro, y es donde el Abuelo amarra las vacas al botalón para ordeñarlas. Como dos vacas están recién paridas, aprovechamos para comer calostro; poquito, claro. Mamá y la Abuela me dan con maduro asado y yo me lamo los dedos de lo rico que sabe.

El Abuelo dice que la finca es muy pequeña para tanto animal, que va a tener que vender o las vacas o la tierra. Que por tanto gasto es que ha ido vendiendo a pedazos. Yo le digo que no porque, entonces, de qué vamos a vivir, aunque la verdad eso no me interesa.

Lo mejor de la finca es que uno al despertar amanece en el cielo. A las cuatro y media de la mañana, cuando se va abriendo el día, el mundo parece recién hecho. La neblina lo cubre todo y yo juego a correr, mientras arriamos las vacas junto a Aldo, el perro vaquero, con los brazos abiertos, como si anduviera en las nubes. El mundo por la mañana es todo blanco, igual que la

leche que saca el Abuelo, y el sol poco a poco empieza a despejar la neblina, llevándola hacia las montañas de enfrente.

Todas las tardes, después de almorzar, el Abuelo se dedica a cortar caña, recoger ramas caídas y picar rezagos de plátanos. Lo echa todo en tres tinas azules, lo mezcla con sal y afrecho y saca las vacas para que vayan comiendo. Así todos los días. Yo le pregunto por qué les da más si ellas todo el día comen y comen pasto en la finca. Él dice que no es suficiente. Y yo le creo, porque hay partes de la finca donde el suelo se ve pelado y seco. Debe ser por eso que algunas vacas están tan flacas.

*

Mi Abuelo dijo que me va a dar uno de los terneros pequeños. La única condición es que debo cuidarlo muy bien, porque nació enfermo: tiene los cascos de las patas volteadas hacia atrás. El Abuelo dice que entablillándolo seguro se recupera. Yo lo quiero, y por eso ahora ando con él para arriba y para abajo, aprovechando los últimos días de vacaciones. Todavía mama leche de la mamá. El Abuelo los mete juntos al corral, y como el ternero se para con dificultades, se queda mirando fijamente la ubre llena, que casi se revienta, entonces coge impulso y se lanza. A veces queda de una ahí, jalando con fuerza, otras pasa derecho y toca ayudarlo para que se ponga de pie.

*

Ya entré de nuevo al colegio. Pasé a séptimo grado. Así que solo puedo estar pendiente del ternero por la tarde. No tiene nombre.

El Abuelo me prohibió que le pusiera uno. No sé por qué. Pero fue rígido con eso, sobre todo cuando el ternero dejó de mamar y tuvo que comenzar a comer solo. La cuestión fue que no pudo, o no quiso. Ni hierba ni caña. Lo único que le gusta son las ramas de un árbol que da unas cosas que parecen arvejas. Las masca con gusto, feliz de la vida.

A medida que crece, el ternero se pone más flaco, como si lo que come no le alcanzara. Cada día que llego del colegio le veo una nueva costilla debajo del cuero blanco. Los cascos sí se le arreglaron, ya puede pararse bien, pero ahora le hace falta fuerza. Se sostiene a medias y camina en zigzag. El Abuelo le ha comprado medicina, mucha, y nada. El ternero, mi ternero, no progresá.

*

En Ciencias Naturales, con el profesor Nelson, estamos viendo la contaminación en Colombia. El otro día dijo que los problemas son tres: contaminación del agua, contaminación del aire y la ganadería. No explicó muy bien o yo no entendí. Así que en el descanso me acerqué a preguntarle por qué, si mi Abuelo tenía pocos animales, terminaba haciéndole daño al planeta. “Entendiste mal”, me dijo, “yo no he dicho nada de tu Abuelo”.

El profe también me explicó que un día de vida de una vaca significa mucha huella de carbono. “¿Huella de qué?”, le pregunté. “Que produce muchos gases de efecto invernadero”, explicó el profe. No insistí, quizá el profe lo explicó en clase

mientras yo, elevado, pensaba en que a esa hora Aldo estaría entrando junto al Abuelo las vacas al corral. Además, añadió que hay zonas del país en las que se cortan todos los árboles para meter vacas. También, que las vacas terminan perjudicando las fuentes hídricas, que desaparecen por completo.

Lo que dice el profesor es cierto. Si uno mira la finca de mi Abuelo se da cuenta de que casi no hay árboles, solo unos pocos alrededor de la casa. Y él mismo me contó que antes había nacimientos de los que sacaban el agua para cocinar y lavar la ropa. En los años de Upa, dijo mi Abuelo.

Le conté al profesor de Ternero, de los animales de mi Abuelo, de que ya había tenido que vender una vaca, que se llevaron en un camión quién sabe para dónde, y que si no mejoraba la cosa así le iba a tocar con todas.

“Hay una solución, pero deberás convencer al Abuelo”, me dijo el profesor Nelson.

*

El otro día, después del colegio, visité con el profesor Nelson la casa de un científico. De dos, más bien. Solo que uno vive lejos y se conecta por internet. Este último envía semillas que recoge por el mundo, de plantas que se supone que ayudan al planeta. Estos experimentos están esparcidos por toda la casa. Desde afuera alcanza a ver la terraza, donde sobresalen grandes hojas, y por las ventanas se asoman ramajes coloridos. No hablamos mucho, solo me dieron unas semillas diminutas en una bolsa

de arroz. El profesor me aconsejó, sobre todo, que le contara al Abuelo sobre las semillas. No le hice caso.

No le dije nada porque el Abuelo es celoso con la tierra. No le gusta arriesgar. Dice que la gente que se pone a sembrar una cosa y otra lo único que hace es dañar la tierra. Que así no funciona. Mejor dicho, si le digo, de pronto no me deja ni quisiera mostrarle las semillas.

Cierto día, al caer la noche, lo vi sentarse sobre el escaño, triste. Cuando se pone así solo se contenta con el café cargado que mi Abuela le lleva en un pocillo esmaltado. A mi Abuela le dijo, y lo recuerdo bien porque los escuché por el ventanal y soñé con eso aquella noche:

—Mija, ya son cuatro meses y el ternero nada que levanta cabeza. La tierra está cada vez más seca y las lluvias no llegan. ¿Qué le decimos si se nos muere?

—Tranquilo —le dijo mi Abuela—, que los tiempos se arreglan.

*

Al Abuelo le pedí un pedacito chiquito en el que pudiera apartar al ternero. Solo para él, para que los demás no lo maltraten por pequeño, por no progresar. El pedazo lo cerqué con alambre y lo sembré todo, completico, con las semillas que me dieron. A las dos semanas no había nacido nada, ni sombra de lo que esperaba. Decidí esperar otras dos semanas, mientras el ternero

seguía con tetero e inyecciones que el Abuelo traía cada fin de semana del pueblo.

Al mes exacto, en mi pedazo comenzó a nacer una hierba increíble, más verde, y la tierra, sin saber por qué, se fue poniendo más negra. Tanto así que el ternero por fin se decidió a mascar del suelo y las demás vacas arrancaron el alambre para hacer lo mismo. Tuve que contarle al Abuelo, ahora sí. Y al profesor, que me sonrió y me puso cinco. Y al científico, para que me diera más semillas. Me dijo que ya no íbamos a necesitar toda la finca, que sembráramos la mitad y en el resto de tierra hiciéramos otra cosa, como recuperar el nacimiento de agua.

El Abuelo, a la semana no más, al ver esa hierba fuerte y la manera en que las vacas fueron engordando, volvió a sembrar guadua ahí donde hasta hace poco corría un chorrito pequeño de agua. También árboles de varias clases y nombres largos. Ahora la finca del Abuelo, con tanta cosa bonita, de verdad parece mucho más grande de lo que es.

*

Han pasado tres meses desde que el Abuelo hizo los cambios en la finca. Como las vacas tumbaron el alambre que las separaba, ahora andan de nuevo por todas partes. La diferencia es que ya no hay barrial. Y que el Abuelo, eso dice, ordeña leche como si estuviera soñando. Y que ya no debe, todas las tardes, ponerse a trozar caña con la picadora. Cuando encendía esa máquina no

podíamos ni ver televisión porque se llevaba toda la energía de la casa.

Ternero ha crecido, está gordo y le gusta jugar con Aldo, el perro de mi Abuelo, al que le falta una pata y sabe dirigir las vacas hacia el corral. Además, por la finca suelen pasar manadas de pájaros cantando. Son pájaros de colores. La Abuela dice que no pasaban por aquí desde que ella estaba en la escuela. Han nacido árboles de la nada, pequeños troncos que brotan de la tierra y se van criando sin que nadie los haya sembrado. Y por el suelo, sin casi dejarse ver, andan insectos que nunca habíamos visto, camuflados en los ramajes y en la hierba.

Hace poco vinieron los científicos y el profesor a conocer la finca. Qué digo finca, si ahora por aquí todos hablan del *sistema silvopastoril*. Dijeron que se va a convertir en un corredor biológico muy importante. Que es algo así como un lugar por donde pasa la vida.

Con una pala sacaron un trozo de tierra y apuntaron, en coro:

—Claro, este suelo está acumulando el carbono de la atmósfera.

—Evitando que se caliente la tierra.

Al final, le preguntaron al Abuelo si quería presentarse a un proyecto para que le dieran un apoyo económico. Él me miró y yo le dije que sí con la cabeza. Los dos sonreímos.

Aunque yo, debo confesarlo, en lo único que pienso desde hace unos días es en que lleguen las vacaciones, para volver a correr a las cuatro de la mañana junto a Aldo, abriendo los brazos, soñando con sumergirme en las nubes, blancas como la leche que ordeña el Abuelo. Como la piel de Ternero, que muge allá a lo lejos, feliz de la vida. Y que llueva, porque la Abuela dice que por fin, después de tanto tiempo, van a regresar las lluvias. Y yo le creo.

Lola y el
fin del mundo



Javier Zamudio

Cuando papá dijo las palabras “mantener vivo el sector pecuario” pensé en sus pies y no pude evitar mirarlos. Tenía juanetes y no usaba zapatos. Las sandalias de cuero habían dejado una carretera blanquecina que contrastaba con lo que había tostado el sol. Siempre hablaba de lo mismo, por eso no me extrañó cuando le respondió eso al funcionario del Gobierno que explicaba que se debía sacrificar a Lola. En casa no se comía carne. Bueno, mentira, solo una vez al mes. Una vez, que era una especie de celebración para mi hermana María y para mí. Claro, lo entendía, ¿quién no? Si me quejaba, mi padre me llevaba al portón de la casa y me señalaba el horizonte. “Allá está”, decía.

Ya no preguntaba qué. Lo había escuchado muchas veces: el mundo se estaba transformando en una gran sartén que hervía a causa del calentamiento global. Papá decía que con los años empeoraría por culpa del consumo de carne de res. “Produce gases de efecto invernadero”, explicaba. Entonces, imaginaba los osos hibernando o un invierno eterno, de esos que nos decían que iba a llegar si seguíamos comiéndonos las vacas.

Esa actitud rígida no era un capricho de papá. Muchas cosas estaban restringidas en el mundo. Los autos, por ejemplo, ya no transitaban las calles. Desde pocos años atrás se habían convertido en adornos que la gente ponía frente a sus casas. De hecho, el nuestro, un viejo Chevrolet, se transformó en una maceta donde crecían rosas, tulipanes, girasoles y tomates cherry.

—No, pero eso no —dijo mi padre al funcionario.

—Lo siento, pero si no lo hacen ustedes, tendremos que hacerlo nosotros.

No supe a quiénes se refería con “nosotros”. El funcionario era un manojo de huesos con los ojos grandes y la piel muy blanca, igual que su cabello. Apenas le llegaba a los hombros a mi padre y no venía acompañado.

—Es una cuestión de seguridad nacional —prosiguió. Mi padre pareció haber dejado de escuchar y apoyó su cuerpo en la ventana, contemplando a Lola que se alimentaba de un cultivo de fríjol—. Desde el 20 de este mes queda totalmente prohibido el consumo de carne.

Papá asintió con la cabeza. Tenía el cabello grisáceo y ojos color miel. Las manos eran muy grandes, más que la cara de ese personaje que deseaba matar a nuestra vaca.

—No vamos a comérnosla. Solo la ordeñamos —replicó papá, en un último intento de hacer cambiar de opinión al funcionario—. Además, no sembramos pasto, ella se alimenta

de frijoles. Mírela, FRÍ-JO-LES. Esta dieta ayuda a reducir el metano.

—Son órdenes del Gobierno, señor Martínez. La vaca está contaminando, emitiendo gases.

El hombre salió de casa y mi padre no se inmutó. No giró su cabeza ni se interesó por lo que le había dicho antes de marcharse: "Sacrifique al animal antes del 20 de septiembre. El 21 venimos a comprobar que lo haya hecho".

—¡No tiene sentido! ¡Una absoluta locura! —dijo mi padre con el cuerpo todavía sobre el marco de la ventana—. ¿Cómo espera que matemos a Lola? ¿Acaso piensan acabar con las vacas del mundo? ¿Harán lo mismo en la India, donde es sagrada?

Mi madre, que llegó en ese momento, contempló desconcertada a papá, como si se tratara de un loco.

Él estuvo inquieto los días que siguieron, antes de la fecha señalada. Salía con Lola a la madrugada, caminaban en círculos por el patio y, otras veces, cruzaban el puente San Rafael, que separaba nuestro municipio, Los Patios, de la ciudad de Cúcuta, o se internaban por una trocha tratando de llegar a Venezuela. Seguía a papá por órdenes de mi madre. Llevaba una maleta con agua, manzanas y pan, que iba consumiendo mientras pasaban las horas.

Papá buscaba un lugar para esconder la vaca antes de que regresara el funcionario, pero ninguno le parecía suficientemente seguro. Algunas veces se acomodaba bajo la sombra de un árbol

y la miraba alimentarse con lo que encontraba. Se agarraba la cabeza y parecía jugar con su cabello un rato hasta que el animal se alejaba, entonces se ponía de pie y caminaba detrás de él. En otros momentos hablaba solo: se lamentaba por el mundo, por la contaminación, por el cambio climático y lloraba. Vagabon por la trocha hasta después de mediodía, luego, cansado, decidía volver. Lo seguía de regreso con un nudo en la garganta. Me afectaba verlo así: vencido y "pataleando".

Una semana antes de la llegada del funcionario, mi padre le anunció a mamá que escondería a Lola en la casa, en el cuarto principal. No había encontrado un lugar donde dejarla sin correr el riesgo de que se perdiere.

—Mejor aquí que en otra parte. Le diremos al funcionario que sacrificamos al animal —explicó.

Mi madre no estaba de acuerdo con la propuesta, pero era mejor que ver a su esposo salir cada mañana halando a la vaca como un desquiciado.

Por esos días, papá no trabajaba. Hacía un año que había renunciado a su puesto en un periódico de circulación nacional, por diferencias con uno de los editores. Él, como quien sale de un partido de fútbol para nunca volver, se quitó la camisa de periodista y se puso la de granjero. Todo su esfuerzo se dirigió al cultivo de alimentos y cuidado de la vaca.

—¿No crees que los vecinos dirán algo?

—No, mi idea es perfecta. Verán entrar a la vaca, pero no la verán salir —explicó papá.

Mamá continuó con sus labores sin replicar. Mi hermana, que no solía participar de aquellas discusiones, abrió la boca:

—Yo salgo a ayudarte, papá.

Se amarró el cabello con una cinta de tela, dejó las muñecas en el piso y cruzó la sala. Era menuda, con el pelo como una bola de fuego. Mamá se detuvo, con las manos en el aire, y la miró salir de la casa. De repente, escuchamos un lloriqueo que alcanzó mayor intensidad en pocos segundos.

Mi padre, comprendiendo lo que mi hermana estaba tramando, corrió al jardín y llamó a la vaca. Mamá continuó en la cocina, sumida en la vergüenza de la escena que estaba ocurriendo en la calle. María, de repente, gritó:

—No, papá, no, no lo hagas, no.

Esto llamó la atención de los vecinos, que se asomaron a las puertas y ventanas de sus casas. Uno de ellos, don Luis, que vivía frente a la nuestra, preguntó qué pasaba.

—Vamos a sacrificar a Lola —dije y sentí que los ojos se me volvían un charco—. El Gobierno dio la orden.

Don Luis asintió con la cabeza y levantó los hombros, dando a entender que parecía injusto, pero era necesario e inevitable.

—Toca respetar la ley, María —dijo a mi hermana—. Ya sabemos el daño que hacen las vacas.

Papá no se sintió cómodo con las palabras del vecino. Sin

embargo, las respaldó recordando el calentamiento global y los gases de efecto invernadero. Habló mientras empujaba el animal dentro de la casa. En pocos minutos, Lola estaba dentro, avanzando sin mucho esfuerzo hacia la habitación principal. Mi hermana se secó las lágrimas y regresó a sus juegos. Mamá terminó sus quehaceres y se sentó frente a la televisión. Los vecinos creían que sacrificaríamos a nuestra vaca.

Nadie se atrevió a cuestionar la presencia de Lola en la casa. Mi padre la ubicó en un rincón de la habitación principal, le sirvió agua y suficiente comida para la noche. Ella caminaba por un costado de la cama, chocando con frecuencia con un viejo armario de madera y asomando la cabeza por una ventana que daba a la calle. En la noche mugió dos o tres horas. Mamá no se aguantó aquel ruido y se pasó a dormir a mi cama.

En la mañana, mi padre sacó a la vaca del cuarto principal y la acomodó en el nuestro. La idea no le disgustó a mi hermana, que corrió a buscar plantas de fríjol para alimentarla. Yo contemplaba al animal como si estuviera viendo un cuadro de Salvador Dalí, un viejo pintor español que mi padre adoraba. Lola parecía más calmada. Se echó un rato y luego caminó entre nuestras camas, mugiendo. Tuve la impresión de que trataba de decirme algo y comencé a hablarle.

—¿Que no quieres morir? —le pregunté.

—Muuu.

—Nadie quiere. No tienes que hacerlo. Este mundo también

fue hecho para las vacas, de lo contrario no se podrían alimentar con fríjoles, que ayudan a reducir las emisiones de metano.

—Muuu.

—¿Me preguntas qué es el metano? Papá dice que es un gas que produce la descomposición de la materia orgánica. En otras palabras —agregué susurrando—, tu trasero es como una planta nuclear.

Busqué un libro de historia y le mostré una imagen de Fukushima. Lola acercó su hocico, que tenía vellos blancos a su alrededor, y lo pegó al papel.

—Muuuuuu.

—¿Quieres saber si es el fin del mundo?

Levanté los hombros. Me acerqué a la ventana y miré el cielo: era muy azul, con pocas nubes y un par de pájaros que pronto se perdieron de mi campo visual.

—No te preocupes, el mundo no se va a acabar —dije—. Solo se está transformando.

Los días que siguieron hablé con Lola sobre muchos temas: el sentido de la vida, los colores que perciben las vacas, el calentamiento global, asuntos relacionados con la situación financiera de nuestra casa y, por supuesto, del funcionario.

—Lo vamos a engañar —le dije la noche previa a su llegada. Ella mugió y sentí que me agradecía con su mirada. Tenía los ojos negros, con un brillo en el fondo. Acaricié su cabeza y se echó en el piso.

Muy temprano, antes de que pudiera apreciarse la claridad en el cielo, papá le puso a Lola un bozal. Mamá limpió la habitación más de lo acostumbrado, usando cloro y otros productos para eliminar olores. Entre los dos cubrieron al animal con una vieja colcha. Luego me indicaron que debía cerrar con llave la puerta de la habitación.

Mi padre se sentó en una silla plástica frente a la casa y permaneció alerta a la aparición del funcionario. A media mañana le pregunté si podía quitarle el bozal a Lola para que comiera.

—Si muge, se lo vuelves a poner —me dijo.

La rutina se repitió: cada dos o tres horas le quitaba el bozal y le permitía alimentarse. El funcionario no llegó. No lo hizo ni al día siguiente ni en los meses que vinieron. Pronto cumplimos un año de espera. Mi padre no bajó la guardia: continuó sentándose cada mañana frente a la casa, con los ojos en la esquina de la calle. Lucía más viejo, más tostado por el sol. Cuando algún vecino mencionaba que había escuchado una vaca mugir, él se quedaba en silencio unos segundos y luego respondía que le pasaba lo mismo, que incluso en sueños le parecía escuchar a su antigua vaca y, entonces, recordaba a esos animales poderosos y solitarios que habitaron la tierra, como un día lo hicieron los dinosaurios.

Huellas de anteojos



Juan Sebastián Lozano Fandiño

El animal apareció en la orilla del lago. Juanita se escondió detrás de un viejo encenillo y cubrió su boca para no gritar. Con el corazón retumbando en su pecho, giró lentamente el cuello para ver a la enorme masa de pelo oscuro refrescándose en el lago. Notó que el peludo tenía unas manchas blancas en el rostro, las cuales simulaban unos anteojos alrededor de sus ojos negros. Entonces pensó que ninguna criatura con ese aspecto gracioso podía ser peligrosa. Respiró profundamente y acomodó sus anteojos empañados por el sudor. No le gustaba usarlos y nunca los había llevado a la escuela por temor a las burlas de sus compañeros; pero, en ese instante, mientras se reía en silencio detrás del árbol delgado, sintió que los anteojos no eran algo tan malo.

El animal se alejó lentamente del lago, desplazándose a paso firme por el suelo húmedo del páramo con sus cuatro patas. Al llegar a su madriguera, dos pequeños peludos se asomaron entre las hojas, las ramas y la tierra del refugio rocoso. En ese momento, Juanita, quien había seguido las huellas entre la hojarasca, se sorprendió al ver que aquella criatura imponente

era en realidad una madre. Observó a la familia deleitarse con un banquete de puyas y se asustó cuando los pequeños prepararon árboles muy altos en busca de frutos. Justo antes de que el sol se ocultara, regresó al lago para descender por el camino empinado hacia la granja de su abuelo. Sus ojos brillaban intensamente debajo de los anteojos por el vívido recuerdo de aquel encuentro emocionante.

El hogar de Juanita era un caserío de cinco vecinos en el pie de páramo. Allí vivía con su abuelo Jacinto, en la granja más pequeña y productiva del lugar. Sus fértiles cultivos de papa y la alta calidad del ganado eran famosos en los pueblos aledaños. Sin embargo, pese al éxito de su granja, Jacinto estaba preocupado porque no habían nacido terneros en el último año. Gastó gran parte de sus ahorros en tratamientos de fertilidad para hacer que Estela, su vaca preferida, entrara en periodo de gestación, y, luego de varios meses de esfuerzo e inversiones, finalmente cumplió su cometido.

Cuando llegó a su vieja habitación en la cabaña de la granja, Juanita dibujó a la madre del trío carismático que había visto en lo alto del páramo. Al día siguiente, se puso los anteojos, llevó el dibujo a la escuela y se lo enseñó a su profesor, quien sonrió de emoción al verlo.

—¿Sabías que el animal grande y peludo que dibujaste es el oso andino? Aunque vive en nuestro páramo, no suele estar

cerca de los humanos. ¡Tuviste mucha suerte de poder verlo!

—exclamó el profesor con una mueca de envidia inocente.

Juanita se alegró de saber, al fin, la identidad de las impresionantes criaturas de anteojos que había visto el día anterior, así que le pidió al profesor que le contara más acerca de esa especie. Entonces se sentaron juntos en una mesa de la biblioteca e hicieron una pila con enciclopedias de fauna y cuentos sobre biodiversidad local. Mientras Juanita observaba con atención los dibujos de los libros, el profesor le explicó las particularidades del oso:

—Aunque el que encontraste tenía anteojos, hay individuos de esa especie que tienen el rostro completamente oscuro. Sin embargo, la gente los conoce como osos de anteojos por esas manchas blancas alrededor de sus ojos, las cuales son únicas en cada individuo.

—Pero, profe, si viven en nuestro páramo, ¿por qué nunca los había visto antes?

—Eso es porque son solitarios y tímidos. Además, les encanta comer frutos de árboles y también bromelias. Algunos ejemplares incluso consumen ocasionalmente carne en descomposición de animales muertos, así que prefieren mantenerse alejados de las granjas y el ganado saludable.

—Qué lástima, me gustaría verlos de nuevo —susurró Juanita en medio de un suspiro.

—Puede que los encuentres comiendo puyas cerca del lago, pero recuerda no acercarte demasiado. Si los asustas es posible que no regresen a ese lugar.

Juanita respondió con un puchero que provocó una carcajada del profesor, seguida del regaño grupal de la sala que exigía silencio. Luego de disculparse, vieron la luz naranja del ocaso que se colaba por la ventana. Juanita se despidió del profesor, pidió en préstamo dos libros sobre el oso andino y regresó a la granja dando saltos de alegría. Sin embargo, los saltos se convirtieron en zancadas presurosas al escuchar los gritos de su abuelo, quien estaba pidiendo ayuda desde el establo. Cuando la niña abrió la puerta para auxiliar a Jacinto, ni siquiera los anteojos empañados pudieron ocultar su sorpresa al ver una escena que parecía irreal: el nacimiento anhelado estaba ocurriendo ante sus ojos.

Jacinto había entrenado bien a su nieta para ese tipo de situaciones, así que ella sabía exactamente qué hacer. Golpeó sus cachetes para recuperar la compostura y comenzó a asistir el parto. Recolectó agua limpia del lago, esterilizó parte del establo y ayudó a halar las patas del ternero, hidratando constantemente la zona de salida. No obstante, pese a los cuidados y precauciones, el parto se alargó más de la cuenta. Jacinto estuvo a punto de rendirse varias veces, pero su nieta insistió en que podían lograrlo. Después de varias horas de arduo trabajo en equipo, el resultado fue un milagro de la naturaleza: una ternera saludable y carismática que yacía al lado de Estela, su madre.

Cortaron el cordón umbilical, trajeron la herida del ombligo y bautizaron a la recién nacida Esperanza. A la mañana siguiente, el orgulloso campesino convocó a todos los vecinos del caserío para comunicarles la noticia.

Juanita devoró los libros de la biblioteca en pocos días. Su curiosidad aumentaba a medida que aprendía cosas nuevas sobre los páramos. Entendió que el oso andino era un excelente jardinero porque dispersaba las semillas de los frutos y esparcía el polen atrapado en su pelo. Por lo tanto, protegerlo significaba proteger los bosques del páramo, el agua del lago y todo aquello que consideraba su hogar. Para ella, los osos eran guardianes del equilibrio natural, y aunque en sus doce años de vida nunca había estado tan interesada en un animal, quedó cautivada por la belleza de esos majestuosos mamíferos. Mientras leía sintió que estaba descubriendo un nuevo mundo, el cual no quería parar de estudiar.

Cuando los demás campesinos se enteraron del nacimiento de Esperanza, le recomendaron a Jacinto viajar a la ciudad para conseguir concentrado de la mejor calidad. Fueron cinco días en los que él y su nieta cambiaron la tranquilidad del páramo por la acelerada vida citadina, así que sintieron un gran alivio al volver a la pequeña granja.

El día del regreso, Jacinto se dirigió al pastizal donde descansaban sus animales. La ausencia de cercas le daba una mayor libertad de movimiento a las vacas y ampliaba el área

de alimentación. Él creía que ese era uno de los secretos de la calidad de su ganado, por lo que mantenía dichas condiciones incluso cuando se iba de viaje por varios días. Sin embargo, la confianza en sus métodos se diluyó súbitamente al percibirse de que Esperanza no se encontraba en el pastizal. Preocupado, buscó indicios de algún depredador, pero no encontró nada. Se adentró en el bosque del páramo, esperando que la ternera solo estuviese perdida, mas solo halló las huellas de cuatro patas junto a los restos de unas puyas, que parecían haber sido consumidas recientemente. Aunque nunca había visto esas huellas antes, eran fácilmente reconocibles: tenían que pertenecer a un oso.

Jacinto comenzó a seguir el rastro sigilosamente. La persecución lo llevó al lago, donde percibió un fuerte olor a carne en descomposición. Cuando alzó la mirada para ver lo que había al otro lado del cuerpo de agua, su mente se quedó en blanco. Un sudor frío y pesado recorrió todo su cuerpo, haciéndolo caer lentamente de rodillas. Frente a él estaba el cadáver de Esperanza, parcialmente devorado y aún con la sangre fresca. Alzó la mirada en busca de respuestas, pero solo pudo distinguir una enorme masa de pelo con el rabillo del ojo. La masa tenía un rostro totalmente oscuro y se perdió rápidamente entre los encenillos. En ese instante, el sudor frío se convirtió en transpiración intensa, provocada por una avalancha de ira que sepultó por completo el raciocinio del campesino.

Jacinto regresó con prisa a la granja y cruzó el pastizal hacia la cabaña. Tomó la vieja escopeta y ascendió ágilmente hasta el lago. Juanita, quien estaba leyendo en su habitación, se dio cuenta de la aparición fugaz de su abuelo y lo siguió hasta el bosque. Mientras caminaba por la hojarasca con paso firme y veloz, Jacinto probó el gatillo e introdujo las balas en el arma. Al llegar al cuerpo de agua volvió a ver una enorme masa de pelo. Esta vez, el animal estaba alimentándose con los restos de su querida ternera.

Se escucharon dos disparos.

Jacinto caminó lentamente hacia el cuerpo inerte de su víctima y sonrió por la satisfacción de haber vengado la muerte de Esperanza; pero, inmediatamente, su sonrisa se convirtió en una expresión de terror. El cadáver del animal peludo tenía un rostro con manchas blancas en forma de anteojos, no era totalmente oscuro como el que había visto escapar entre los encenillos. De repente, dos pequeños oseznos salieron de los arbustos de puya y se acercaron con timidez. Al comprobar el estado de su madre, comenzaron a gruñir desesperadamente junto al cadáver y le lamieron las heridas.

Jacinto permaneció inmóvil ante la desgarradora escena. Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos cuando escuchó una voz desconsolada detrás suyo:

—¡Abuelo! ¡Esa es...! ¡Es mamá osa! ¿Por qué...? ¡¿Por qué lo hiciste?!

Sin tener respuesta a esas preguntas, abrazó fuertemente a su nieta y aceptó los golpes de rabia en su pecho. Su vista se perdió en la quietud del lago mientras los gruñidos melancólicos resonaban en sus oídos.

El fuerte sonido de los disparos alertó a los vecinos del caserío y la noticia no tardó en propagarse por las cercanías del páramo. Al enterarse de los acontecimientos, el profesor de Juanita llamó a las autoridades ambientales y fue a la pequeña granja para conversar con el abuelo de su alumna:

—Don Jacinto, lo que ocurrió fue un accidente desafortunado porque los osos andinos solo comen carroña de vez en cuando y no depredan animales vivos. Probablemente, la ternera se perdió en el bosque del páramo y el primer oso la encontró muerta. En cambio, la osa que usted atacó debe haber seguido el olor de la carne y las huellas del otro oso.

En aquel momento, una caravana de vehículos se estacionó cerca de la granja. Ante las miradas atónitas del profesor, la niña y su abuelo, un grupo de expertos se dirigió al lago, tomó muestras de ADN, recogió a los oseznos y se llevó el cuerpo de mamá osa. En medio de la confusión, el trío de espectadores se enteró de que el cuerpo sería trasladado al museo de colecciones biológicas más cercano. Además, escucharon que el oso andino se encontraba amenazado por los incidentes de caza y la fragmentación de los páramos. Por lo tanto, aquel suceso trágico significaba una enorme pérdida para la especie.

Cuando las autoridades se marcharon, el silencio volvió a la granja. Juanita se preguntó si los oseznos podrían regresar a la naturaleza en ausencia de una madre que les enseñara a sobrevivir. Al mismo tiempo, Jacinto trató de imaginar qué habría pasado si hubiese puesto una cerca en los límites del pastizal y si hubiera entendido antes que el oso andino era su gran aliado, el guardián del páramo.

Los hijos de *Saccharum*



Jonathan Escobar Oviedo

Una repentina tempestad en el corazón del valle sería el inicio de un amargo porvenir para toda la localidad. Desde el portón de una pequeña hacienda, Carlos miraba el apocalíptico horizonte sin saber que desde el cultivo de caña se levantaba algo más que solo petricor. De hecho, el dulce aroma que venía desde la cocina lo sumergió en un profundo recuerdo de su infancia en el que era rescatado por su padre de ese frondoso laberinto. Pero el agua de panela con limón que se solía preparar ante semejantes desventuras, aquella tarde se consumió en el aire porque su padre había fallecido y Carlos no paraba de sollozar.

El predio que bordeaba el llano oriental del río Cauca entre el municipio de Buga y Yotoco, un angosto pasaje entre la cordillera central y occidental utilizado estratégicamente por los conquistadores, fue lo único que Carlos heredó. Los titulares de la fecha no mostraron siquiera la foto del hombre que por tantos años protegió la vegetación de la zona, pues apenas tuvieron media columna para recordarle al mundo cómo el cambio climático había acelerado la temporada de lluvias. Pero aquellas circunstancias no sorprendieron al joven que durante toda la

vida contempló, desde la distancia, cómo su padre se sacrificaba en una empresa que muchos consideraban absurda. “Si ves, hijo, las personas han olvidado su deber con la madre tierra; preservar su equilibrio natural —le dijo una vez por teléfono—. Es que si supieras de dónde venimos, Carlitos, entenderías por qué nunca renunciaré a este trabajo”. Por esta razón, cuando el joven fue informado de la muerte de su padre, no solo lo sobresaltó el extraño fallecimiento de un hombre que sin importar su discapacidad en el hombro derecho por el zarandeo del machete había permanecido siempre saludable, sino también por la responsabilidad que ahora pasaba a sus manos.

No fue fácil tomar las riendas de su legado. Tardó casi tres semanas en dejar su vida citadina para volver al lugar que lo vio crecer. De camino al pueblo, el joven no dejó de mirar por la sucia ventanilla del bus el monótono y silencioso paisaje que se extendía a ambos lados de la carretera, pensando en la traición que cometería si vendiera el terreno que su progenitor tanto protegió. Aquella idea no lo abandonó durante los primeros días en los que se hospedó en la hacienda, recibiendo a diario molestos visitantes que después de dar sus condolencias pasaban a hablarle de negocios. Sin embargo, por aquellos días apareció el primer espectro que anunciaba el terrible desastre que se avecinaría como si de un mito escatológico se tratara. Mientras Carlos removía algunos trastos de la casa se topó con un viejo cofre que guardaba carcomidos documentos, aunque con cada

hoja que corría entre sus dedos descubría que eran más que solo informes prediales, se trataba en realidad de páginas inconexas extraídas de tiempos y lugares remotos: una antigua pintura de dos danzantes en torno a un tallo, un pergamino titulado *Die Süße Kriger*, firmado por un tal Humboldt, densos tomos con una suerte de tipografía hindú y una corona estampada sobre las portadas, cartografías de colonizadores en las islas del Caribe y grabados amerindios de abejas situadas una sobre la otra. Todo lo demás eran crípticos textos que Carlos jamás descifraría. De repente, en medio de esa aparente biblioteca surgió un manuscrito en español decorado con una pequeña caligrafía en cursiva que deformaba la ese en una suerte de espiral; era la letra de su padre que al parecer daba cuenta de un fantástico relato:

Cuando la materia cósmica alcanzó su orden milenario, Yawm, dios solar, y Ghamar, dios del agua, engendraron cuatro radiantes seres que fueron adornando la superficie de la tierra. La más joven de los hermanos, Poaceae, esparció una atractiva vegetación que a su vez se multiplicó en millares de especies que crecieron a lo largo y ancho del globo terráqueo. No obstante, aquella vida crecía sin medida y amenazaba con devolver el universo al caos inicial. Entonces, Shamea, dios del fuego, le dio a la más dulce de todas las especies el poder de engendrar un ser que organizara los pastos. De ahí salió la primera

tribu de seres humanos que se llamó en honor a su madre, Saccharum. De aquella intervención se explica la forma cilíndrica de nuestro dorso y extremidades que están unidas por articulaciones que se asemejan a los nudos de la planta, y la relación entre nuestras neuronas con la sutileza floral que tienen las incontables espigas que decoran su cúspide. Como resultado, la tribu trabajó la tierra y al mismo tiempo ésta le suministró de legumbres, cereales, frutos y del suave néctar de su madre. Pese a ello, tal acuerdo fue interrumpido cuando tras varias generaciones el hombre abandonó sus deberes para saciar únicamente su apetito, y en el intento de ocultar a los dioses el daño ocasionado a la tierra quemaron imprudentemente los pastos. La ira divina desató un diluvio tras el cual surgió una peste que comenzó a expandirse por la tierra y exterminar...

Las páginas siguientes se volvían incomprensibles, opacadas por los hongos, comidas por las polillas. Con suerte, Carlos descifró unas pocas líneas que hablaban de cómo los dioses les permitieron a algunos hombres convertirse en un tipo de mosca que protegía los cultivos. Además, se decía que estos seres se vieron por última vez junto a personajes históricos como Belalcázar rumbo al océano Pacífico. Eso fue todo lo que

pudo leer, una ficción claramente, pero que no dejaba de sonarle familiar.

Si el descubrimiento del cofre parecía ser una casualidad, dejó de serlo dos semanas después del diluvio, cuando los cultivos que finalizaban su fase de macollaje comenzaron a revelar incontables hojas marchitas y perforaciones en la base de los tallos. En efecto, el poblado no tardó en darse cuenta que la *Diatraea*, una histórica plaga de la caña de azúcar, afectaba el terreno de Carlos. Debido a esto volvieron a su puerta tanto hacendados que justificaban por qué tenía que vender el predio a tiempo y a menor costo, como vendedores de tóxicos pesticidas y algunos otros que a pesar de ser más amigables con el medio ambiente no lo eran con su billetera. Finalmente, unos campesinos persuadieron a Carlos de comprar algunas cosechas de controladores biológicos como Lydella Minense y Billea Claripalis, pero aquellos organismos fracasaron en su intento de detener la monstruosa plaga que no tenía precedentes.

La herencia de Carlos había sido un ejemplo para los ingenios de la zona que admiraban la buena coloración de su follaje y su alta productividad, todo ello como resultado de los años en que su padre ensayó con cruces genéticos de caña creados en laboratorios. Ahora, la naturaleza había acorralado a la ciencia demostrando cómo en pocos días podía infestar las diversas variedades de caña sembradas por toda la ribera del río Cauca, incluyendo la CC 05-430, “la variedad del futuro”, la cual

se consideraba tolerante a la *Diatraea*. Una gran región del país comenzó a agonizar no solo por la disminución en la obtención de azúcar, panela, etanol, ácidos cítricos o dulces que servían de *souvenirs* a los turistas, sino también porque existían miles de personas cuya fuente de empleo era la caña. De este modo, se instaló un agrio sabor en el espíritu humano, porque el dulce, más allá de generar glucosa en el organismo, produce felicidad, esperanza.

La vida de Carlos fue reducida a la que podría tener el primer paciente de una epidemia, atiborrada de acusaciones, sospechas y una intensa culpa por algo que ignoraba. En aquel desconcierto el joven escapó del valle hacia la falda occidental de la cordillera, la cual se eleva hasta el alto Calima y desciende a las playas de Buenaventura. Allá, entre la soledad, la neblina y los ensueños, Carlos percibió unas bromelias que crecían en los troncos de los árboles y servían de hogar a diminutos organismos que eran el alimento de innumerables insectos, los cuales, a su vez, eran devorados por reptiles que se paseaban por el lugar. Aquellos actores de la naturaleza le hicieron recordar una historia que su padre le contó, en la que el dios muisca del sol, Xué, transformó a un grupo de hombres en osos andinos, en cuya dieta se encuentran precisamente las bromelias y pequeños vertebrados, con el fin de proteger el agua de los páramos. Cuando estas palabras terminaron de pasar por su corazón y solo quedó el silencio del bosque, Carlos contuvo la respiración

y se quedó inmóvil. No fue solo una idea lo que llegó a su mente, fue una revelación.

La necesidad humana de obtener a la fuerza resultados inmediatos había hecho que todos los sistemas contra la *Diatraea* salieran mal. La naturaleza no funciona así, eso fue lo que Carlos comprendió tras ver cómo diferentes especies tenían un lugar indicado en el orden de las cosas. De cierto modo, cada roca, animal o planta era un engranaje dentro del cosmos, a esto se debía que la tarea del ser humano fuera preservar la armonía de la Tierra.

La ola de pensamientos que despertaron a Carlos de su letargo lo condujo de regreso a casa. Tras entrar por el portón, rebuscó entre los documentos de su padre algún indicio del supuesto engranaje perdido en los cultivos de caña. De nuevo ojeó los códices del cofre como si repentinamente pudiera comprender sus acertijos y jeroglíficos, hasta que descubrió un detalle, tal vez imperceptible, pero que huía de toda casualidad. Junto a las ilustraciones de los danzantes, del pilar de abejas, en los bordes de la corona hindú y de las cartografías españolas, se hallaban grabadas diferentes arvenses e insectos voladores que más allá de decorar las imágenes eran parte de un extraño flujo estético.

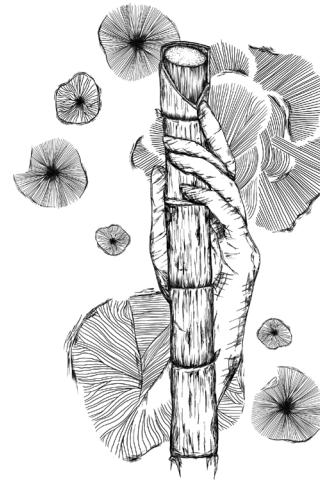
Por los días siguientes, el joven se comportó como un excéntrico ambientalista que sembraba arvenses junto al cultivo de caña, una desconcertante tarea para la lógica del monocultivo.

A pesar de los agravios y los artículos que no paraban de señalar las pérdidas económicas, Carlos no cesó en su intento de regresarle a la naturaleza un equilibrio que difícilmente podía expresarse en porcentajes. Así fue como con cada puñado de tierra que removía sentía que sus manos ya no le pertenecían, que eran las dinámicas manos de un guerrero indígena, las de algún ser milenario con miles de extremidades dirigiendo el devenir del universo o las de su padre cuyas callosidades reflejaban su gran consagración.

Lo que ocasionó la labor de Carlos fue la llegada de una multitud de nuevos insectos atraídos por las hierbas, entre ellos un legendario guerrero volador llamado *genea jaynesi*, depredador natural de la *Diatraea*, gracias al cual fue disminuyendo la población de esta plaga como ningún otro método había conseguido. Se necesitaron varios meses para que los campos se recuperaran del daño ocasionado, aunque más allá de un simple reajuste se hablaría de un nuevo comienzo para el ecosistema. El trabajo de Carlos continuó sirviendo de ejemplo para los grandes y pequeños ingenios, los cuales comenzaron a divisar en la caña algo más que solo un producto rentable. Así fue como el inmenso desierto verdoso se convirtió poco a poco en un colorido campo vestido de disímiles texturas durante el día y en una orquesta con el zumbar de cientos de animalitos en la noche.

Diferentes hechos trasversales podrían seleccionarse como secuela final de esta historia: la revitalización de la fauna, el mejoramiento en la salubridad de algunos alimentos, los nuevos mercados de libretas, aglomerados y hasta sandalias hechas con biomasa, cuentos que revivían el cuidado natural en el imaginario social, descubrimientos científicos, entre otros. Sin embargo, el último acontecimiento, que bien podía ser el primero siendo que estuvo escrito desde siglos atrás, fue el instante en que Carlos descubrió su historia opacada y repetida en el tiempo en una de las hojas del cofre de su padre.

Caña niña, caña



Laia Alba Ceballos

Como el ratón de la serpiente o el carpintero del guatín, escapo a través de la maleza tupida de un cañaduzal. Siento látigos en mis muslos, fustas en mis brazos, porras en el pecho y en mis dedos miles de agujas, al abrirme paso entre las ramas secas y puntiagudas.

Huyo de Federico Palacios, el dueño del cultivo por el que paso cada mañana para cruzar el río y llegar al pequeño colegio en el que curso sexto grado.

“Bonita, ven bonita, te vas a lastimar”. Su voz posesiva me piropea y apunta para palpar mi pañoleta, me persigue, el pánico me penetra, huelo su pestilente sudor, me persigue. Sus pasos prietos y presurosos levantan una polvareda, me persigue, pisotea la plantación, me persigue, prolonga sus brazos para pellizcar mi falda, me persigue. Se me empantana la vista, parpadeo y mi corazón palpita, palpita, palpita. Él me persigue y yo persisto, aunque mis pies estén pesados, como si caminara en un pantano. Me persigue, se aproxima, como gallo de pelea pega picotazos, me persigue, me paralizo, un pelotón de rayos del sol ardientes me perfora hasta las venas, me persigue.

El picante sol es combustible para el fuego que lleva alimentando en las noches con destilado de caña. Yo, ya vencida por el cansancio siento su respiración en mi nuca. La proximidad de su cuerpo chamusca los pequeños velloz erizados de mi brazo.

Resbaló, mi mejilla toca la tierra húmeda y respiro un aire fresco que huele a caramelito tostado. La tierra me refresca el corazón que estuvo a punto de quemarse. Acerco mi cuerpo a ese manto suave y negro como noche de cielo despejado, un murmullo de raíces me arrulla y no veo más salida. Hundo mi cuerpo en el suelo, lejos de Federico Palacios, caigo tierra abajo

Donde:

Se va, todo se va,
por el agujero de tierra
que arropa mi cuerpo,
se va mi cara, mi mirada,
mis gestos
gota

a

gota
me evaporo en lágrimas.
Se van mis manos,
se va mi voz,
se va mi aliento,

se va todo.

Solo queda niebla
de sueño profundo

Al despertar me siento tiosa, mi pecho está duro y una pesada quietud me recorre de arriba a abajo, escucho el palpitar de mi corazón en algún lugar lejano, su rumor va desapareciendo y poco a poco el mundo se queda mudo.

No una planta rastrera
hago un torrente de savia y caramelito
Una raiz
No una rama enclenque
entrenudo macizo y nudo espeso
Ahora soy caña Niña caña
en un pequeño cultivo a las orillas del río

si no lanza que apunta al celeste
un tallo clavado en la tierra

Hay un silencio cortante, es oscuro el panorama, tengo una baba insípida atorada, no puedo tragar, no puedo gritar, no puedo llorar, todo se atasca o se bifurca hasta perderse en lugares que desconozco, pero que son míos.

Aparece un arcoíris lila, rojo y blanco, un prisma de resplandores despierta el verde-hoja, el verde-rama, el verde-tallo, un rojo manso me dan energía, “sol”, pienso, mientras siento un cosquilleo, recibiendo un nuevo día.

El bienestar pasa rápidamente, el rojo cala, me quema en su ardor. Ya no me gusta este sol, antes solía acurrucarme frente a la ventana y sentir los rayos hasta que el picor me hacía levantar. Siento ese picor, pero no puedo levantarme y mis raíces están secas. Huelo a lo lejos la sal y el agua, pero no las alcanzo.

Por mis ramas pasa el recuerdo del agua fría de la ducha de mi amiga Clara, la fuente de tres chorros a la entrada del colegio, los paseos de río junto a mi madre, ay, mi madre. Quiero llorar y no lloro, pero el silencio me asecha y a pesar de tanto calor... el frío de la soledad se me pega.

De repente huelo algo podrido, húmedo y nauseabundo que se acerca a mis raíces. Un hongo se mueve por la tierra que me rodea y siento que se estira para alcanzarme, como las manos sudorosas de Federico Palacios. Esta vez no hay salida, el hongo se acerca, a punto de tocarme, el corrientazo de asco me prepara para pudrirme por dentro. Entonces el hongo se detiene y un delicioso olor salino llega a mi tallo, “¿puedo?”, se

traduce en mi mente ese delicado olor y me siento escuchada por primera vez en este “cuerpo”. Mis raíces comienzan a bailar en una conversación de olores tostados, dulces, terrosos, salinos y frescos. El hongo baila conmigo, gira, me enrolla y me abraza, sube por mi tallo agua fresca, minerales salados. De repente oigo el murmullo que producen mis hermanas cañas. Ellas también bailan con las esporas y los hongos. Fluye por sus raíces un festín salado y los hongos, que son como niños, felices, reciben el azúcar que mandan nuestros tallos.

No sé cuánto ha durado la danza, pero sí sé qué la ha terminado. Las pisadas de Federico reverberan por el cañaduzal, junto con las de los jornaleros que dejan a su paso un olor químico. Mis raíces lo buscan, torturadas, tanteando el suelo con angustia aún humana, pero no queda rastro del hongo, ese químico lo ha matado y el murmullo de mis hermanas ha

cesado. Solo queda mi sombra silenciosa y desolada, un tallo que anhela arder sin dejar fantasma.

Murmillos subterráneos



Laura D. Bernal Beltrán

El día en que la tierra enmudeció fue también el día en que Alma exhaló su último aliento. Haciendo uso de lo que, sabía, serían sus últimas fuerzas, recogió un puñado de tierra y lo acercó a su oído. Allí estaban: unos latidos apenas audibles. Y se extinguían.

Por años presumió ser la única en todo el Valle del Cauca capaz de escuchar el latido de un suelo vivo. Se la juzgó de bruja, de satánica, de loca. La confinaron a un edificio de concreto durante cinco años y, cada mañana, enviaban a un barrendero que mantuviera a raya hasta el último grano de tierra. El hombre la miraba con remordimiento —vergüenza, casi—, pero jamás interrumpió la labor. Bajo sus pies, Alma percibía los lamentos de un suelo aplastado por toneladas de materiales de construcción. La espera por poco la había enloquecido: la tierra, sellada con cemento, se quedaba sin aire y sus millones de habitantes perecían uno a uno. Ella lamentó las pérdidas como si fueran propias. Años más tarde, cuando finalmente la dieron de alta, regresó poco después a aquel edificio con un martillo y una barra de acero. Cada golpe dirigido a los pisos y las paredes de concreto clamaba venganza por los seres y los años perdidos.

Desde muy pequeña había aprendido a escuchar al suelo, a hablar por él. Aventajando en todo sentido a los adultos incrédulos, había descubierto comunidades que rebosaban de vida en la materia que, creían, simplemente sostenía su peso. La práctica le había permitido desarrollar la habilidad de comprender sonidos ininteligibles y, con el tiempo, fue capaz de traducir la voz del suelo. Solo así había logrado descubrir los apetitos de sus habitantes subterráneos: cada mañana, durante su caminata a la escuela, dejaba montoncitos de residuos orgánicos que desaparecían sin dejar rastro. Había tardado meses, incluso años, pero finalmente había conseguido dominar su idioma: a los nueve años, para disgusto de sus padres, había relegado al español a segunda lengua. Se acostumbró a las miradas recelosas que suscitaba las tardes en que, a la sombra de una ceiba, narraba sus días al suelo por medio de una composición de zumbidos, silencios y borboteos.

Ahora, con un rostro que exhibía surcos tan pronunciados como la tierra labrada, Alma pensaba en los abismos que la separaban de sus recuerdos de infancia. Por ese entonces ya adivinaba el lazo que la uniría a la tierra toda su vida. Recordó la torpeza con que sus primeros pasos se precipitaban hacia el vasto jardín en que desembocaba la puerta trasera para, acto seguido, atropellar su boca con puñados de tierra. Sin importarle las perlas de sudor que corrían por su frente, nuca y espalda, solía permanecer allí hasta que sus manos acumulaban tanta mugre

que era imposible distinguirlas del suelo. En aquellos instantes, la tierra se le antojaba dulce.

La fascinación que producía en ella —lo recordaba vívidamente— se debía a las voces. Al principio fueron pocas y casi imperceptibles: una leve vibración en la lengua que creía sofocar con el dorso de la mano. Sin embargo, al cabo de semanas, la sensación había triplicado su intensidad: la garganta de Alma hormigueaba como si albergara toda clase de criaturas. El ritual se repitió por años, sin que ella supiera de los mundos escondidos en la tierra que recogían sus manos. Con cada ocasión sentía acrecentar las voces dentro de sí y, a los once años, su propia voz dio paso a las que había estado ingiriendo durante tanto tiempo. La voz infantil perdió su acabado satinado y se transformó en una serie de ecos de distintas intensidades, timbres y entonaciones. El suelo se convirtió en su reflejo y ella, a su vez, se convirtió en su voz. Quienes la escuchaban quedaban con la inquietante sensación de haber estado en presencia de una orquesta.

Aunque sesenta y ocho años la separaban de aquellas tardes en que, bocado a bocado, afianzaba su labor de intérprete, aún conservaba con amargura el recuerdo del jardín de infancia. Las nuevas edificaciones e instrumentos de cultivo habían destruido el escenario de sus recuerdos. Los edificios de concreto, aquellos que había creído la única catástrofe, dieron paso a una serie de calamidades que se sucedieron al igual que una hilera de

dominós. Poco después aparecieron los químicos: sustancias tóxicas que invadían el suelo como parásitos. Se instalaron una tarde de abril en que el calor invitaba a sepultarse bajo tierra. La curiosidad de los habitantes permitió que términos como *herbicidas* y *fertilizantes* fueran incorporados al lenguaje cotidiano. Las palabras habían traído consigo nuevas realidades: hectáreas de tierra sembradas y cultivos que parecían renacer espontáneamente después de cada cosecha. Durante los meses siguientes, un fuerte temblor sacudió la tierra. En medio de su asombro, los habitantes atribuyeron las sacudidas a la manada de tractores que recorrían los cultivos sin descanso. Solo Alma había descubierto que se trataba del temor que dominaba a los seres invisibles del suelo: una oscura premonición sacudía sus entrañas y, durante las noches que siguieron, las despedidas resonaron bajo tierra como una voz colectiva. La misma voz de Alma había adquirido el tono de la partida.

Los cultivos habían introducido métodos que desgarraban la tierra —el arado removía la superficie día a día, quebrando los filamentos de los hongos que la entrelazaban como una telaraña—, pero el vaho tóxico culminaba la catástrofe. El suelo se sentía tan expuesto como un cuerpo desnudo. Alma lo veía reducirse, consumido y agotado, con cada cosecha. Sintió el dolor de la pérdida, por segunda vez, al advertir que los ecos en su voz disminuían.

La tierra había hablado desde siempre, pero las personas no habían aprendido a escuchar. En las tardes en las que Alma se sentaba junto a las ceibas llegaban a sus oídos narraciones de un pasado insólito: la plaga de víboras de 1802 que por poco había acabado con una aldea, las últimas peregrinaciones de animales casi extintos, el primer indígena que desafió a un español. Después de muchos años, Alma había llegado a comprender que el suelo se asemejaba a un colador: junto con la lluvia, los sucesos que ocurrían en su superficie se filtraban en la tierra y descendían hasta sus aguas subterráneas. Allí, siguiendo la corriente de ríos y otras fuentes de agua, llegaban a diversos pueblos y ciudades. Estos, sin saberlo, llevaban décadas ingiriendo a sorbos la narración del suelo.

Sin embargo, la que sería la última narración la había tomado de improviso. Las explosiones comenzaron esa mañana, sin aviso previo. Alma se había levantado en medio de un océano de sábanas, sobresaltada por los gritos. Todo en su interior se sacudía violentamente. Había atravesado los corredores de la casa en segundos, esperando que en cualquier instante su mirada colisionara con la fuente del sonido. Aguardaba el desastre como tantas otras veces lo había hecho. Sin embargo, al cruzar la puerta de entrada halló al pueblo sumido en una tranquilidad inquietante. No había rastros de la destrucción que imaginaba al sacudirse el sopor del sueño. Los rostros de

los habitantes, conservando su usual inmutabilidad, le indicaban que la catástrofe se hallaba en otra parte.

Atravesó calles, casas, prados y cultivos, dejando tras de sí el rastro de sus propios gritos alarmados. Preguntaba reiteradamente por el lugar de la explosión, pero los comentarios indiferentes que llegaban a sus oídos contribuían a su desesperanza. Algunas manos apuntaban en la dirección de los estallidos, pero se detenían en seco cuando Alma preguntaba por la fuente de los gritos. Su desconcierto acrecentaba con cada persona que se cruzaba: los alardos eran agobiantes, ¿cómo podían no oírlos? El cansancio acumulado con los años luchaba por retardar sus pasos. Poco a poco comenzaba a perder la noción del tiempo y la distancia. Después de lo que sintió como horas, sus pies se detuvieron a escasos milímetros de un cráter descomunal. Contempló, con horror, el campo de tierra socavada y aguas muertas a sus pies. La fuente de los gritos, de repente, se esclareció ante ella: el suelo, profiriendo millares de lamentos, se transformaba en un paisaje sonoro desgarrador. Los seres que antes habían narrado para ella anécdotas de siglos pasados se ahogaban ahora en un coctel tóxico de mercurio. Un destello a lo lejos le reveló la extracción de oro.

Alma observó detenidamente el puñado de tierra que había recogido en sus manos: el suelo, como su piel, conservaba los rastros de las incontables transgresiones que había soportado.

La huella del ser humano le había dejado una marca, aunque disimulada, indeleble.

La última explosión dio paso a un silencio ensordecedor. Ante la mirada atónita de Alma, la tierra enmudeció. Solo quedó el compás de unos latidos agonizantes. Alma apretó los dientes y tomó la decisión. Por años había consumido la tierra, era tiempo de ofrecerle lo mismo. Hundió sus extremidades en el terreno suelto, luego el torso. Segundos antes de sumergir la cabeza, grumos de tierra se desprendieron del suelo e inundaron su boca, creando en su memoria el último recuerdo. Le pareció saborear, con los ojos cerrados, el anhelado retorno a los días de infancia. Por segunda, y última vez, el suelo se le antojó dulce. Olvidó el peso del cuerpo y cedió sus labios a las voces que anteriormente la habían desbordado. Creyó oír el eco de un murmullo abriéndose paso a través de los escombros.

Su corazón se detuvo. El del suelo, aunque débil, continuó latiendo.

Nativo



Juan Manuel Gómez Cotes

Estaban arriba de los acantilados en silencio, desnudos, hombres, mujeres y numerosos niños, escondidos entre los árboles mientras atravesábamos los bosques de tepuyes. Asustaban a los visitantes con sus risas repentinias. Los miré como si fueran unos primos queridos. Y luego, bajo la fuerte humedad, observé el cielo. Las águilas sobrevolaban este antiguo templo ancestral custodiado por jaguares, adornado con tapires y rodeado por las aguas del Apaporis. En un momento recordé cómo llegamos a este tesoro de la selva.

El aguacero comenzó cuando ya nos estábamos acercando a la serranía de la Lindosa. Mojados por la saliva de Echikirama, el padre creador, llegaríamos a nuestro destino. Habíamos salido antes del amanecer. Los gigantescos árboles con sus ramas hacían reinar una oscuridad que parecía la noche. Los rayos de Monairue Jitoma que iluminaban a la Madre Tierra estaban ausentes. Yo era el guía de una pareja de jóvenes científicos antioqueños, Mario y Lina, y un obeso turista bogotano de nombre Ernesto. Conocía mejor este sitio que cualquier otra persona, con la excepción de nuestros primos, los aislados.

La lluvia constante y el olor de la manigua era tan familiares para mí como los sonidos de micos y aves. Los acompañantes disimulaban las molestias que les causaba la selva. Mis mayores me hablaron del lugar y conocía cada sendero desde mi infancia. Muchas veces caminé por sus alrededores, desde el momento en que ingresé a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo. La cuadrilla que integré realizaba sus patrullajes por la zona, les mostraba los caminos de la selva. Era fácil guiar a los foráneos hasta donde querían llegar.

Antes de salir habíamos desayunado unos marañones que recogí la tarde anterior, mientras los visitantes preparaban las carpas para dormir. Las provisiones que trajeron de la ciudad desaparecían sin que se dieran cuenta, los foráneos pensaban que eran los micos, pero yo sabía quiénes eran los responsables, eran los mismos que les sustraían cosas de los campamentos a mis compañeros de la guerrilla. Insuficientes resultaron los repelentes contra los mosquitos, que continuaban dándose un festín con ellos. Así que les ofrecí las frutas y unas semillas de achiote, que, luego de ser machacadas y mezcladas con agua, se restregaban por el cuerpo para espantar a los fastidiosos insectos. Los científicos y el turista se sorprendieron por mi conocimiento de la selva. Yo soy un indígena Murui y estos montes siempre han sido mi hogar. Consideraba plantas y animales como parte de nosotros y le pedía permiso a Echikirama para utilizarlos o

consumirlos. La comunidad donde nací y crecí no quedaba tan lejos de la serranía.

Caminábamos por uno de los senderos, escuchando los ruidos propios de la jungla, bajo la lluvia torrencial que hacía que los visitantes fueran unos gigantes de pies de barro, cuando llegó un momento perturbador, sentimos que nos seguían. Luego oímos la risa de unos niños. Mis acompañantes se pusieron nerviosos.

—Tranquilos —les dije, sabiendo que debía tratarse de los aislados. Aquellos primos nuestros que decidieron internarse en lo más profundo de la selva para no tener contacto con personas que no fueran como ellos. —No se asusten, solo es el ruido de la manigua —los decía para calmarlos, aunque sabía que estaban siguiendo las huellas que dejábamos. Nunca hablaría de la existencia de ellos con ningún foráneo.

Lina, la científica paisa, una rubia de ojos azules, me miraba nerviosa.

—¿Ruido de la manigua? Bueno, Rafue, mientras no sea un jaguar.

El jaguar era uno de los mamíferos más peligrosos que podíamos toparnos en la selva, pero yo tenía una idea bastante precisa de los territorios que el animal había marcado como sus dominios. Al contrario de los foráneos, no estaba preocupado de que en el camino se nos apareciera el amo de la jungla, a ese animal los Murui solo le teníamos respeto.

Un ser aún más temible que el mismo felino era el que sí debía preocuparnos a todos: nosotros mismos. Recuerdo dolorosamente por qué entré a la guerrilla. Una noche, los paramilitares asesinaron a mi padre, quien era el líder de la comunidad. Lo acusaron de ser un colaborador de las FARC-EP solo porque en la mañana les había vendido plantas medicinales a los guerrilleros, quienes se las iban a llevar a unos compañeros que estaban enfermos de leishmaniasis. La muerte del cacique causó un gran dolor entre los nuestros y un horrible vacío en mi ser. Era un hombre sabio que conocía mucho sobre la relación armoniosa con la naturaleza. Mi progenitor me había enseñado con cariño cómo debía respetar a la selva y cuándo disponer de plantas y animales. Todo lo aprendí durante los rituales de iniciación en la manigua.

Supimos que el Ejército Nacional había facilitado información para que llevaran a cabo el homicidio. Mi sed de venganza me motivó a viajar hacia el campamento de los guerrilleros y vincularme a ellos siendo un adolescente. Mi conocimiento de la selva me hizo valioso para las FARC-EP.

Seguíamos por los oscuros senderos en medio de gigantes y frondosos árboles, bajo la lluvia constante, parecía que la manigua nos iba a envolver, decidida a no dejarnos avanzar hacia nuestro destino.

—Rafue, partero —me llamó Mario, que era un hombre de cabello rastafari al que ya le tenía mucha confianza—. Nos

hemos dado cuenta de que eres muy piloso con la selva. Además, sabemos que estuviste muchos años metido en la guerrilla.

—La selva es mi casa.

—Nos gustaría saber cómo aprendiste a ser amigo de la naturaleza y cómo sobreviviste dentro de la guerrilla. La guerra fue muy larga y sangrienta.

—Desde que nacemos ya tenemos conexiones con la naturaleza. Entre todos nos respetamos.

—¿Y, dinos, la vida en la guerrilla era muy difícil?

—Más que eso, estábamos todo el tiempo alerta por las minas quiebra pata, los combates y bombardeos.

La verdad es que no quería recordar nada de mis años en la guerrilla. Cuando entré, recibí un camuflado con unas botas y comencé el entrenamiento. Estuvieron preparándome para el combate durante unas semanas. Mi iniciación fue el fusilamiento de un prisionero paramilitar, un suceso que aún recuerdo con impacto. El comandante ordenó que le disparara con el fusil que me entregó, el arma que fue mi compañera en mi paso por este grupo. No olvido ese cuerpo amordazado y los ojos llorosos. Después de apretar el gatillo pensé que el muerto podía ser uno de los integrantes del grupo que asesinó a mi padre y eso me tranquilizó un poco, lo merecía también por las atrocidades que habían cometido contra los habitantes de la selva.

Al principio me mandaron a patrullar la jungla con otros combatientes, enseñándoles los caminos, y luego me asignaron

la vigilancia de los secuestrados, que tenían amarrados con cadenas en corrales cercados con alambres de púas, como unos animales. Los cautivos eran militares y policías, a quienes siempre traté de hacerles la vida difícil en estos montes. Con insultos y golpes les recordaba muertes y violaciones que habían protagonizado en complicidad con los paramilitares y sonreía de placer al ver el sufrimiento de esos desgraciados, de cómo losaría la selva. Me había convertido en el peor carcelero que un prisionero pudiera tener.

Ernesto, el turista bogotano, comenzó a sentirse mal, la manigua lo estaba asfixiando con su abrazo mortal. Nos detuvimos debajo de un árbol y comenzó a vomitar. Estaba fatigado. Había previsto esto, la llegada a la serranía era bastante dura, así que el día anterior había preparado unas bebidas con unas hierbas que recolecté después de buscar las frutas. Se la di de beber al turista y esperamos durante una hora hasta que recobrara fuerzas para continuar con nuestra marcha. Era la misma bebida que consumía cuando debíamos atravesar la montaña para movilizarnos a un campamento o huir de los ataques y bombardeos del Ejército Nacional. La preparaba en el camino y mientras mis compañeros guerrilleros estaban cansados, yo me mantenía fuerte como si nada, y trataba de darles de beber de mi pocima, pero la rechazaban por su sabor amargo.

Escampó. Eso nos hizo más fácil el trayecto final. Cuando se firmó el acuerdo de paz, después de entregar las armas fuimos ubicados en un lugar llamado Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación. Quedaba distante de los sitios donde habían estado nuestros campamentos. Nosotros construimos las viviendas y contábamos con la protección de soldados, los mismos a los que muchas veces les hice daño por venganza, pero en esta etapa de mi vida ya no los veía como enemigos, todos debíamos prepararnos para la paz. Compartía con los uniformados, no sé si era remordimiento porque ahora ellos nos estaban cuidando. Pensé en los militares secuestrados que me habían ordenado custodiar, quizás algunos de ellos no habían cometido atrocidades, tenían familia y eran honestos. Me sentía mal por haber hecho miserable la existencia de estos hombres durante su permanencia en la selva, por eso al verlos de pie, mojados por la saliva de Echikirama, mientras hacían guardia alrededor del Espacio Territorial, enviaba con las compañeras café y chocolate, que nos suministraba el Gobierno, para que soportaran el frío.

Nos enseñaron muchas cosas, pude graduarme de bachiller, pero lo que más me gustó de la estadía en ese espacio fue el proyecto “Paz con la naturaleza”, porque aprendí a hacer un inventario de plantas y animales con herramientas extrañas para mí. Desconocía que existieran tantas personas interesadas en viajar a los montes, observar las aves, bueno, como esas

cosas eran tan normales para mí, quizás por eso me extrañaba la sorpresa de los que llegaban a estas junglas por primera vez. Regresé a la comunidad para dedicarme a ser guía turístico y guardabosques.

Monairue Jitoma ya lanzaba sus rayos más fuertes, los foráneos estaban muy cansados. Los había conocido porque un profesor me recomendó con ellos. El docente me había capacitado durante unos talleres de “Paz con la naturaleza”. Cuando estaba en la comunidad con mi familia recibí la llamada de Mario y Lina, me dijeron que, por favor, los guiara hacia la serranía de la Lindosa, caminando por tierra, ellos querían avistar numerosas aves y tomar muestras de plantas, algo que no habían podido hacer por la guerra. También me informaron que un turista de Bogotá les iba a patrocinar el viaje y me iba a pagar muy bien por llevarlos hasta allá. El señor de la capital era un empresario que desde hacía muchos años quería conocer Chiribiquete.

Al fin llegamos después de rodear la serranía. La luz del día nos mostró una de las maravillas de nuestro país: numerosos acantilados con pinturas de animales y personas. Imágenes de peces, tortugas, lagartos y aves estaban plasmados en esas verdaderas obras de arte. Peces como el piraiba, que pescaba con mi padre en el gran río y lagartos como el caimán, digno de respeto. También vimos dibujos de personas bailando y tomadas de las manos, las mismas danzas en las que participaba

de niño, además estaban marcadas numerosas huellas de mano, antiguas y recientes, las de mis ancestros y las de los aislados que continuaban acudiendo a este lugar sagrado.

Los visitantes estaban incrédulos de tener ante sus ojos un lugar como este. Miles de años de historia en la selva se representaban en esas pinturas, porque los científicos pudieron identificar imágenes de animales extinguidos hace milenios. Las personas representadas eran mis ancestros y también de los primos aislados, quienes seguían coloreando esas piedras, en la manifestación más pura de cultura que puede existir.

Y en un segundo los vi, a lo lejos una familia desde lo alto de los acantilados nos observaba. Mientras los acompañantes estaban distraídos, yo los miraba y pensaba en lo felices que debían estar, viviendo en el corazón de la naturaleza. Recordé lo que me habían narrado mis mayores acerca de este sitio y de los aislados. Estábamos en un lugar sagrado para todos los habitantes de la selva. Mis ancestros deben estar orgullosos de que dejara las armas y me convirtiera en un guardián de la naturaleza.

La Lucila selva: historia de un ave



Laura Marcela Aguirre Martínez

“Cuando el quebrantahuesos pasa volando, es que la selva se va a cerrar. Nunca desconfíes de tus sentidos, mi luz, mi niña, mi Chimachimá”, le decía su madre cuando recogían la cosecha y súbitamente pasaba un caracara sobre el cultivo. Eran recuerdos de otros tiempos, cuando a Lucila no la habían arrancado de raíz de su mundo conocido, cuando habitaba el campo fértil y no el campo de batalla. En ese entonces, sus manos aún sostenían juguetes y no armas.

Aquellos recuerdos visitaron su memoria la tercera noche de expedición, mientras realizaba el inventario de especies. Esta era una de las funciones en su nuevo oficio como guía experta. Pensó que no había visto a ningún quebrantahuesos desde que abandonó el frente guerrillero, aunque recordaba bien el momento: al caracara se lo reconocía primero por el olfato. El olor de la selva se hacía más penetrante, la humedad detenía el aire y la respiración se volvía caliente. Después se lo identificaba con el tacto: un hormigueo recorría los brazos hasta llegar a los dedos, ya hechos agua por el sudor abundante. A continuación, Lucila lo veía claramente sobrevolando el río y entendía todo: esa

noche, la selva iba a cerrarse. Se estremeció de solo recordarlo y continuó con el registro de los animales y las plantas de Charras, una región oculta en el corazón de la selva colombiana.

La mañana anterior había descubierto una familia de “tucusitos”, pequeños colibríes de cabezas pardas y picos rojos. Sonrió y recordó que siempre quiso ser un ave, una chimachimá, y volar junto a sus hermanos los “milvagos”. Cuando lloraba por alguna reprimenda, cambiaba de apodo y se convertía en “Puku pukú”, porque, según su madre, se parecía al llanto de un pichoncito que habitaba selvas extranjeras. Quería ser un ave, pero nunca lograba decidir cuál, pues las opciones eran tan diversas como los colores de sus plumas. Así que tomaba un pedazo de papel y pintaba el plumaje gris oscuro de la monja unicolor, la cara amarilla del chimachimá y el pico rojo del diamante cabeza parda, pero más largo, como el pico del tijereta gris. En su adolescencia, ya en la guerrilla, añoró con toda su alma convertirse en pájaro y poder abandonar el campamento en las noches que más extrañaba a su madre.

(Mi luz, mi niña, mi Chimachimá)

Se descubrió perdida en aquellos pensamientos y dibujando aves de un solo trazo en un extremo de la hoja, cuando escuchó la voz de Mayra:

—¿Qué haces despierta, Lucila?

No venía sola, la las acompañaban los hijos menores de ambas, Yeikon y Mauricio, de siete y seis años, respectivamente.

Los niños habían nacido en medio del combate armado y aunque no tenían recuerdos conscientes de aquellas épocas, su reloj biológico parecía evocar las noches de caminatas interminables en los brazos movedizos de sus madres.

—Yo tampoco puedo dormir, Mayra, ¿qué les pasó a los niños?

—Que quieren un cuento, dicen.

—El del quebrantahuesos, mami —soltó Yeikon.

Su estómago le dio una vuelta y su rostro se tornó sombrío.

(Tranquila, mi Puku pukú, Chimachimá)

Aquel no era un cuento, esa fue solo una excusa que había inventado Lucila un atardecer caluroso, dos años atrás, cuando avistó al quebrantahuesos mientras lavaba los uniformes en el río. Sus hijos, Yeikon y Yina, jugaban en el agua cuando el olor a verde y el sudor lo invadieron todo sin que nadie más lo notara. Las nubes grises se multiplicaron y Lucila supo que tenían que apresurarse. Llamó a sus compañeras y a los niños, quienes no sentían nada extraño, pero obedecieron a la advertencia implícita.

Ahora no habitaba la zozobra de la guerra, contaba con un oficio y un lugar seguro. Pero era imposible olvidar las señales de la naturaleza, que la habían acompañado desde siempre.

—¿El del pájaro invisible? —respondió Mauricio.

—¡Sí! —gritaron ambos y Lucila se rindió ante las vocecitas.

Por supuesto que el caracara quebrantahuesos no era invisible, pero, en el antiguo grupo de compañeros de la resistencia armada, solo Lucila podía sentir su presencia y verlo atravesar los ríos como señal premonitoria. Había sido un regalo de su madre a ella y a sus hermanos; un regalo con propósito desconocido hasta que fue reclutada. También a su madre la llamaban “Chimachimá” de pequeña, así que el apodo y la habilidad de ver al pájaro mensajero eran su herencia.

Cuando aquello ocurría, Lucila le contaba su hallazgo al comandante del frente, quien se había convencido de la veracidad de sus palabras, tras casi morir en una noche de selva cerrada, rodeado por sombras con formas humanas y animales. Ramiro, un hombre enorme y barbado, por lo general cancelaba los planes, aunque, cuando era verdaderamente necesario hacer el recorrido, lograba llegar a una especie de acuerdo con la “Madre”, es decir, con la selva. Lucila sabía que el ritual desconocido había funcionado porque el cielo se despejaba y Ramiro se dirigía al grupo diciendo: “Nos guía esta noche la Lucila selva, la Lucila luna”. Esta frase indicaba que emprenderían la marcha pronto y que Lucila encabezaría el grupo.

—La-luz-y-la-selva, la-luz-y-la-luna —repitió Lucila—, con cuidado de no despertar a los niños que se habían rendido al sueño antes del final de la historia.

Mayra conocía a su amiga desde hacía más de una década y

sabía, por su actitud, que las esperaba una noche asediada por los recuerdos. Preparó café para ambas y rompió el silencio:

—Este café caliente me recuerda las aguas del Putumayo —dijo.

—Tengo un presentimiento —respondió Lucila, como si no hubiese escuchado a su amiga.

—Eso es que está nerviosa por la expedición, Lucila, pero usted, que es la luz de este grupo, va a encontrar lo que busca, va a enseñarles el camino —afirmó Mayra.

Por aquellos días solo se hablaba del descubrimiento de Lucila. Había sucedido un par de semanas atrás cuando caminaba cerca del río Guaviare, mientras recordaba las palabras de su madre: “*Chimachimá, el río es el espejo del cielo*”. Trataba de evocar su voz cuando escuchó un graznido aterrador, como un llanto, similar al de sus excompañeras cuando perdían a sus hijos antes de darlos a luz. Serían poco más de las cuatro de la tarde, pero el sol se había ocultado entre las aguas.

Lucila se había detenido, atemorizada, para buscar su teléfono móvil en el bolsillo. Aún le costaba hacerlo parte de sus pertenencias, llevar un celular en todo momento, como quienes nunca habían conocido la desconexión y el destierro.

Siguió el sonido con sus ojos y sus manos. Cuando tuvo el ave a la vista tomó varias fotos para ingresarlas en el registro digital. El ruido cesó en cuanto el ave se percató de su presencia, pero Lucila no se quedó a observarla. Volvió sus pasos al poblado con

el corazón en la mano, mientras se repetía a sí misma que ya había visto aquella imagen antes, aunque el sonido le hubiese resultado tan extraño. Se decía, también, que los expertos sabrían nombrarla.

¿*Llanto o graznido?*? ¿*Llanto o graznido?*

(*Nunca desconfíes de tus sentidos, Chimachimá*)

Mayra convenció a Lucila de ir a dormir, pues no lograba concentrarse. Tendrían que terminar los preparativos en la mañana y, hacia el mediodía, partir junto al grupo internacional de investigadores en busca de la curiosa ave. Las fotografías publicadas en la aplicación habían despertado tanta curiosidad, que se había programado una visita extraordinaria para intentar identificar la especie.

Al verlos llegar días atrás, Mayra había comentado en el grupo de mujeres:

—No saben ni caminar, son como unos niños. Hay que decirles qué tocar y qué no, cómo moverse, cuándo callar y cuándo hablar. —Todas habían reído al escucharla.

—Somos madres, por vocación enseñamos a otros a caminar, a proteger y a defenderse, tal como la Madre lo ha hecho con nosotras —había respondido Lucila.

Pero esa noche, tres jornadas después de caminatas interminables, Lucila se durmió pensando en lo agotador que era ser madre y ser luz, cuando en ese momento se sentía como una huérfana perdida en la oscuridad. Una vez más

deseó convertirse en pájaro y pensó que Yeikon y Yina, quienes imitaban perfectamente el canto de muchas especies de aves, ya iban un paso delante de ella.

Al día siguiente, la expedición transcurrió en calma y hacia las cinco de la tarde se filtró el sonido del agua entre las piedras: el río estaba cerca. Poco después, el mayor temor de Lucila se hizo realidad. Intentó evadir el fuerte olor a verde y a selva que caía como lluvia invisible y se posaba en el ambiente. Movió sus brazos para evitar el hormigueo y se secó el sudor de las manos, pero fue inútil. Mientras tanto, Mayra hablaba animadamente sobre las aguas del Amazonas y del Guaviare a los científicos, quienes no se percataban aún de lo que sucedía. Lucila parpadeó fuerte antes de mirar al cielo y fue ahí cuando lo vio: un caracara quebrantahuesos atravesando el río, en calma, siguiendo el cauce como quien se dirige sin angustia hacia el infinito.

Sintió que todo su cuerpo temblaba y llamó a Mayra, aún con la mirada puesta en el cielo. Su compañera, quien solo veía copas de árboles y nubes, entendió el mensaje y trató de tranquilizarla.

—Es noche de selva cerrada —soltó Lucila.

—Lucila, cálmese. No podemos salir corriendo, estamos cerca de donde se encuentra el ave y todo el equipo debe partir de regreso en la mañana —dijo Mayra.

Lucila estaba a punto de responder cuando escuchó el graznido característico. Todos coincidieron en que aquel silbido era similar a un llanto. Los investigadores prepararon las

cámaras y, junto a Mayra, siguieron avanzando cerca de la orilla, girando su cuerpo para tratar de encontrar el animal.

A Lucila le pareció oír una voz proveniente del agua, así que se acercó para escuchar con mayor claridad. Sobre una piedra descansaba, con pico azul cielo, ojos color miel y rostro de fuego, un caracara quebrantahuesos en calma.

(Nunca desconfíes de tus sentidos...)

—Nos encontramos, Chimachimá, eres igual que tu madre. No intentes huir de esta selva que estás llamada a proteger, no se cerrará la tierra, ni el río, ni el cielo, si los recorren guardianes de buenas intenciones.

Al mismo tiempo, a una decena de metros, Mayra fue la primera que avistó el ave de las fotos de Lucila: plumaje blanco y café, cara amarilla, pico blanco. Se trataba de un chimachimá, aunque de mayor tamaño y aspecto longevo, que dejó de emitir su sonido en cuanto se posó a su lado otra ave: esta sería el mayor descubrimiento de la jornada. Como un pájaro hecho de retazos, la recién llegada portaba plumaje gris oscuro como el de la monja unicolor, la cara amarilla del chimachimá y el pico rojo del diamante cabeza parda, pero más largo, como el pico del tijereta gris.

Los investigadores tomaron fotografías, maravillados, mientras Mayra corría por la orilla en búsqueda de Lucila. Pero no la encontró. No lo hizo en ese momento ni en las horas siguientes, en las que ella y el equipo la buscaron. Tras una larga

caminata por una noche despejada, alumbrados por la luz de la luna, decidieron tomar una canoa para continuar la búsqueda río abajo, pero fue inútil. Su compañera había desaparecido en medio de la luz y la selva, de la luz y la luna.

Regresaron al poblado exhaustos y al llegar les informaron que también Yeikon y Yina, los hijos de Lucila, habían desaparecido. Mayra lo comprendió todo mientras tomaban el desayuno. En un árbol cercano se posó el ave gris de pico rojo, aún indeterminada, acompañada de sus dos pichones. Les sonrió breves segundos, antes de verlos alzar vuelo y perderse en el infinito.

Nombres científicos y comunes de las aves:

Caracara cheriway: caracara quebrantahuesos

Milvago chimachima: chimachimá

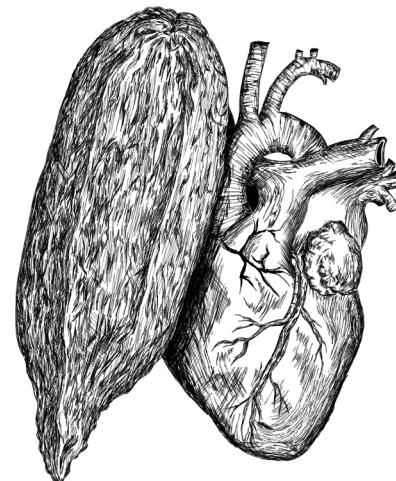
Amazilia fimbriata: diamante cabeza parda

Prilorelys resplendens: puku pukú

Monasa nigrifrons: monja unicolor

Tyrannus savana: tirano tijereta gris

Volver a la raíz



Claudia Carvajal

Cinco minutos después de probar el bocado del dulce amargo que le habían ofrecido, se sentó en una silla. Las piernas le temblaban y el estómago le hervía. No quería vomitar, ni tampoco ir al baño, sentía, más bien, como si se hubiera tragado el bochorno de una ciudad costera. Tomó una servilleta para limpiarse el sudor de la frente y, de pronto, entre todas las imágenes que aparecieron en su memoria, vio la envoltura de color metálico del primer chocolate que se había derretido en su lengua. También escuchó la risa de Martín al descubrir la mancha en su diente. Él había sido un amigo de infancia, el niño que su madre cuidaba y que cada semana aparecía en su casa con alguna nueva enfermedad: neumonía, bronquitis, una infección en la sangre. A diferencia de otros niños, ellos hablaban mucho y jugaban poco. Martín le había dicho, como si fuera una confidencia, que el chocolate era capaz de llenar las necesidades profundas del alma. Tres días después había muerto. Entonces atesoró la envoltura de ese primer chocolate dentro de un libro y aprendió a llenar sus abismos con el olor

amargo que se conservaba en ella. Y, pasados los años, se disolvió la imagen de Martín.

Ella trató de recomponerse en la silla. Cuando levantó la mirada recordó que estaba rodeada de periodistas y otros catadores, que querían saber su opinión sobre el nuevo chocolate preparado con cacao silvestre del Amazonas. Dijo algunas palabras: que tenía un nivel equilibrado de astringencia y amargura, también notas de sabores intensos y frutales, pero no encontró las palabras para expresar lo que realmente quería decir. Se fue de prisa, sin probar los otros chocolates.

Ya en el carro, la persiguieron los recuerdos. Eligió ser catadora porque, con tantas pérdidas familiares, el chocolate había cosido su tristeza en forma de bombones, de pastillas y de crema. La obsesión por el cacao terminó de instaurarse con la segunda muerte: la de su padre por un corazón agotado. La noche posterior al entierro sacó de un cajón las figuritas de origami que él había hecho con la envoltura de las chocolatinas y que ella había pegado en los muros de su habitación de adolescente, compró chocolates de todos los sabores, se metió bajo la cama, cerró los ojos y dejó que, uno a uno, los chocolates se derritieran en su lengua. Entonces sintió que se le calentaba el pecho y no tuvo ganas de llorar.

Su obsesión la llevó a descubrir que hay cacaos comunes que llevan muchos años creciendo en el territorio colombiano y que poco a poco han perdido la capacidad de resistir las infecciones

fúngicas y víricas, como el pobre Martín. Sin embargo, hay otras especies que crecen en soledad y con fuerza en medio de la Amazonía, cacaos silvestres que tienen características únicas incrustadas en su ADN, con las que desafían el mal tiempo. Se dedicó a estudiarlos y a probar todos aquellos que tuviera al alcance. Se enamoró de las flores extrañas de la *Herrania purpurea* y durante varios años asistió a cursos, talleres y conferencias.

Contempló sus manos húmedas en el volante y tuvo la sensación de que el vientre se le expandía. Ya hacía algunos años que estaba sola. Su teoría era que los cacaos mágicos la habían salvado de una muerte prematura, como la de sus parientes. El cacao pertenece a un árbol de la vida que tiene parientes muy lejanos. En su propio árbol de la vida, ahora ella ocupa el último lugar.

La tercera pérdida fue la de su madre, en un accidente de avión. Su corazón de catadora no estaba preparado para esa ausencia. Pensaba en todas las veces que ella le había dicho que ser catadora la enfermaría. No tuvo la razón, pero era su manera de cuidarla. El día de la muerte de su madre recurrió al chocolate belga que le habían regalado en una feria. Se metió bajo la cama, abrió el paquetito, rasgó la envoltura dorada, cerró los ojos y mordió la pastilla. No estaba mal, después de todo era cacao, pero tenía un sabor lejano, se sentía ajeno, como ahora sentía a su madre.

Estacionó el auto rentado en el parqueadero del hotel. Sintió que los temblores volvían, que una hoguera le crecía en el pecho y se alimentaba de sus recuerdos. La última perdida, la más dolorosa y de la que aún no lograba recomponerse, era la de su hermana, Sara. La persona que siempre había sentido más cercana, y quien toda la vida prefirió el café. Luego de enfrentar una larga enfermedad, murió. Esta vez se había preparado, ella sabía que iba a quedarse sola en el mundo. La última noche le dio un chocolate preparado con *cacao grandiflorum*, también conocido como copoazú. Lo puso en su lengua y le pidió que cerrara los ojos. Sara dijo que era una mezcla extraña entre piña y chocolate y que de ahora en adelante sería su chocolate favorito. Tres horas después estaba muerta. Supo que ella era la última, que su corazón tenía que convertirse en uno de esos cacaos silvestres capaz de resistir la sequía y el frío de los años que vendrían, que la soledad le enseñaría a ocupar más espacio y a diversificarse para combatir la rudeza del terreno.

Se miró al espejo en el ascensor del hotel. Su imagen era la de una mujer a punto de convertirse en un *mousse* de chocolate, se sintió cremosa, el sudor le recorría la espalda y, sin embargo, alojaba una plenitud que hacía bastante tiempo no experimentaba. Era como si ese pequeño bocado amargo hubiera pausado para siempre la tristeza. Entró a la habitación amplia y bien iluminada. Se metió bajo la cama y cerró los ojos. Le gustó sentir los brazos descubiertos sobre las baldosas negras

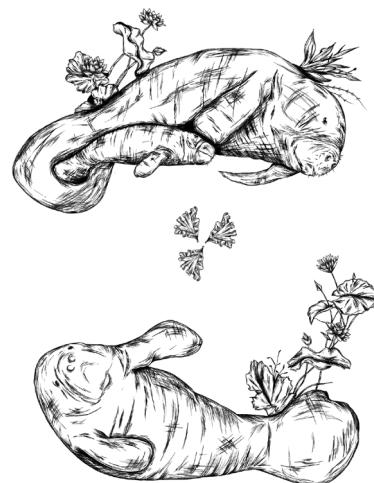
del piso frío. Sacó del bolsillo del pantalón la envoltura del chocolate amazónico que había probado en la feria. Pensó que tenía el aroma de la selva tropical y las voces de sus ancestros: sus abuelos, su padre, su madre, su hermana. Pasó lo que quedaba de la tarde en ese lugar oscuro al que siempre había acudido para probar chocolates especiales y para dejar de llorar la muerte. En la madrugada despertó sobre las baldosas humedecidas con el sudor propio. Salió debajo de la cama y se dirigió al baño. Se observó en el espejo, su piel estaba oscura y tenía la boca seca y caliente. Bebió agua, se quitó la ropa y regresó a la cama. Cerró los ojos y su pecho ardía como aquella primera vez, y las palabras de Martín hacían eco en su cabeza mientras se quedaba dormida: “el chocolate es capaz de llenar necesidades profundas del alma”.

*

El conserje no podía creer lo que veía. En la sexta planta del hotel Tequendama, en Bogotá, crecía una docena de árboles en medio de la humedad y una suave lluvia que mojaba las hojas y los frutos de color rojizo, amarillo y morado. Las raíces se enterraban en la tierra oscura, en la misma que los objetos del dormitorio habían quedado sepultados. Apenas se vislumbraba una esquina del escritorio y un pedazo del espaldar de la cama. Cuando el conserje finalmente se atrevió a entrar, frente a la mirada de desconcierto de los huéspedes, no encontró rastros

de la visitante, tan solo una envoltura metálica con el nombre “cacao amazónico colombiano”, que caía del techo lentamente.

El alma del río



Ángela Posada-Swafford

Sé lo que dicen todos los ríos.

Hablan el mismo idioma que yo tengo.

Pablo Neruda

Desde el aire, el caudal aparecía indistinto, apenas un trazo hidrológico sumido en una geografía verde. Pero abajo, en el valle, era la quintaesencia del río tropical. Sus aguas color caramelo cortaban la espesura, exponiéndola como una herida abierta, a medida que atravesaba la fecundidad alucinante de la Orinoquía colombiana. Sus orillas estaban decoradas con desfiladeros y playones, mariposas transparentes y los ojos acechantes de los jaguares. En el panteón de los ríos, este apenas era un dios menor. No era el más caudaloso. Ni el más largo. Ni siquiera, el más profundo. En cambio, por diversas razones geológicas, incluyendo un tramo de gargantas angostas, partes de él eran idóneas para construir una represa hidroeléctrica y llevar luz a poblados cercanos. El problema era que una obra así alteraría el funcionamiento natural del río, poniendo en peligro la diversidad de los seres que viven en él.

De hecho, lo que había comenzado seis meses atrás como una conversación casual con poderosas firmas extranjeras en el entapetado corredor de una empresa de ingeniería en la capital, acababa de convertirse en un proyecto político. Un proyecto

que avanzaba como una aplanadora, y cuyo único muro de contención, hasta ahora débil como el papel de seda, era poder probar la valía del río con lo que él mismo aportara: encontrar evidencia irrefutable de una gran diversidad de vida pululando dentro de esta corriente, opaca y aún inexplorada.

Pero el tiempo concedido por las autoridades se acababa.

El joven científico sintió de repente el peso del mundo sobre sus hombros. Días atrás había perdido el sombrero y los anteojos de sol al caer en medio de un tramo de rápidos. Ahora tenía sed y dolor de cabeza. Las arrugas de la preocupación llenaron su delgado rostro enrojecido. “Sé que escondes más, mucha más vida de la que revelas. ¡Muéstrame! Ayúdame a salvarte”. Arrodillado sobre una piedra en medio de la corriente realizó el mismo ritual que venía ejecutando hacía semanas: sumergir en el río envases plásticos del tamaño de botellas de soda para recoger muestras de agua a diferentes profundidades.

Cada vez que sacaba una botella llena la sellaba de inmediato, la marcaba y la colocaba dentro de un morral. Cuando todas estaban llenas regresaba al poblado que le servía de alojamiento, filtraba el agua de cada botella y colocaba los filtros inmediatamente dentro de una nevera portátil con hielo. A partir de entonces comenzaba la carrera contra el reloj, ya que tenía unas pocas horas para subir a una avioneta, regresar a su centro de investigaciones y colocar las muestras a veinte grados centígrados bajo cero. Entonces comenzaba el trabajo de

verdad: analizar esos filtros para identificar y catalogar el ADN de cualquier criatura que hubiera dejado su huella en el agua de las botellas.

—¡Agarra esta, que no me cabe en el morral! —gritó el biólogo, lanzando la botella hacia la orilla, en dirección a una niña que corrió ágilmente para atraparla. Era indígena y no pasaba de los nueve años. Vestía pantalones cortos verdes claros embarrados, sandalias de plástico y una camiseta blanca. Tenía una expresión seria pero, cuando se reía, como ahora, iluminaba el paisaje a su alrededor.

—¡Aquí sí hay pipí de pescado! —exclamó ella, agitando la botella.

—Pipí, popó, sangre, babas, escamas molidas, y hasta sudor y lágrimas. ¿Recuerdas lo que te dije?

—¿Los peces lloran?

“Llorarían si supieran lo que estamos haciendo con sus casas, los ríos del planeta”, pensó él, sorteando las piedras resbalosas para regresar al playón.

—Debemos apurarnos, Macharako. Va a llover y se nos alarga el camino al pueblo. Y ya sabes lo que pasa si no filtro el agua y meto los filtros en el hielo.

—Que no puedes ver el alma del río.

El científico la miró. Desde que había empezado a ayudarlo y acompañarlo espontáneamente hacía un par de meses, lo sorprendía con sus penetrantes comentarios. Podría tener

nueve años, pero Macharako poseía la sabiduría de una persona anciana. “Ver el alma del río”. Eso era exactamente lo que él intentaba hacer: tomar un retrato líquido de la esencia del río. Saber qué animales, desde microscópicos hasta enormes, habían pasado por allí. Era algo casi mágico. Excepto que era ciencia... ciencia que podía salvar al modesto río de convertirse en represa.

La cosa era que la tecnología, relativamente nueva, no siempre era fácil de domar. Y las muestras a veces llegaban descongeladas, o no servían por alguna razón. Entonces había que volver a recoger el agua en los mismos lugares. Necesitaba tener una lista lo más completa posible, lo más asombrosa posible para impresionar a la gente de la capital. Sabía perfectamente que las bacterias, los organismos pequeños, los gusanos que vivían pegados al fondo, las esponjas, todas esas criaturas, que no eran carismáticas ni necesariamente bonitas, o que no se podían ver, no tendrían el mismo poder totémico de un gran organismo. Lo cual era absurdo porque en la telaraña de las cosas vivas no existe una que no sea importante.

Había identificado un montón de peces, y estaba seguro de que quedaban más por encontrar, pues esa era la cuestión: antes de esta reciente tecnología, no era nada fácil determinar quién nadaba dónde. También tenía prueba de caimanes, pero estos tampoco parecían ejercer la misma fascinación de un mamífero. Hallar rastros de la presencia de un delfín rosado, por ejemplo, o de un manatí, sería una bendición para completar el caso. ¿Por

qué no aparecían en las muestras de agua? La falta de delfines, al menos, tenía una explicación: se habían adaptado a otros ríos de la Orinoquía y Amazonía... Pero ¿los manatíes? Macharako solía jugar con ellos en ese mismo río —por lo menos, eso decía ella—. Era un misterio. O, quizás, su febril imaginación.

—¿No estaban? —preguntó la niña una semana después, sentada sobre un tronco caído en otro tramo del río. Sacó un trozo de pan de su bolso de tela y observó la selva primaria que los rodeaba. Las aves eran increíblemente abundantes, pequeños incendios de colores posados en las ramas o centelleando corriente abajo.

—No... esta vez tampoco. Lo siento... Pero sí tengo ADN de varios seres muy interesantes. Hay unos peces rarí...

—Mi abuela dice que las vacas del agua se fueron al *Hea* —interrumpió ella, haciendo caso omiso de las buenas noticias.

—Al *Hea*..., ¿con los espíritus del cielo?

Ella asintió. Hacía días que no mostraba su sonrisa luminosa.

—Si son espíritus, ya no los podré ver más.

De pronto se levantó y, sin decir palabra, salió corriendo hasta perderse en la espesura. Algo perplejo, él se levantó también. No se acostumbraba a verla aparecer y desaparecer como por ensalmo. Pero, al fin y al cabo, ella era parte de todo este paisaje. Volvió la mirada al agua, sacó dos botellas vacías del morral y caminó hasta la orilla para llenarlas.

“Un río es una entidad animada. Se mueve, respira. Es la

matriz de una complejísima red de relaciones biológicas”, se dijo, apretando los labios. “Ahogar un río como este bajo su propia agua encarcelada es algo así como bombardear las pirámides de Egipto, o pintar encima de los frescos de la Capilla Sixtina. ¿Tendremos que contentarnos con dejar la Tierra un poco más plana, más mansa, más simple y afeada, a cambio de un producto vendible? ¿Acaso no somos una especie lo suficientemente ingeniosa como para pensar en una alternativa para nuestra electricidad?”.

Llenó las botellas, las marcó debidamente y bebió el jugo, ya tibio, de su cantimplora.

¿Por qué sería que tanta gente les daba la espalda a sus ríos? Como si fueran un poco de agua que tuviéramos que domar a cualquier precio.

“Pero la Tierra necesita cosas salvajes”, añadió apasionadamente en voz alta. “Debemos preservar estos lugares, estas bestias y fuerzas de la naturaleza. Incluso aquellas que pueden asesinarnos con indiferencia sublime. Los humanos necesitamos a la serpiente y al jaguar, al huracán, a la viuda negra y a la anguila eléctrica. Y sí, también a los virus y las bacterias. Necesitamos todas esas cosas para tener perspectiva.”

La madrugada siguiente sorprendió a Macharako dormida bajo un palmar, a muchos kilómetros río arriba de su poblado. Había seguido el curso del caudal pensando en la pareja de

manatíes con los que solía jugar antes. Ya no venían a que ella les rascara la barriga, atrapándole la mano con sus aletas contra el vientre, que era el instrumento perfecto para quitarles la rasquía de todas esas cosas que se les pegaban en la piel. Y así pasaban los días, ella, escapada de casa, tumbada boca abajo sobre un árbol caído en medio del río; y ellos, dejándose rascar y comiendo las suculentas yerbas que crecían sobre el agua.

¿Se habrían ido realmente a la tierra de los espíritus? ¿Y cómo sería exactamente el *Hea* que la abuela mencionaba siempre? ¿Habría agua y comida también allá arriba? Sumida en sus pensamientos, la pequeña masticó algunos frutos silvestres y retomó su camino. Unas horas después llegó a un lugar nuevo para ella. Notó que allí el río era mucho más angosto y se dividía en dos. Solo que uno de sus brazos ya no era un río: se había convertido en una laguna. El cambio climático no solo había producido una constante amenaza de incendios en la región, sino una sequía extrema, y el brazo del río se había convertido en un lago aparte, apenas sin conexión con el río madre, exceptuando un hilo de agua que hacía las veces de tenue cordón umbilical.

La laguna tendría unos quinientos metros de ancho, estaba rodeada de palmeras y toda clase de árboles salvajes que despedían olores a vainilla. El agua aquí no era color caramelo quemado, sino más bien parecía un té oscuro. Y no era opaca sino cristalina. Era un lugar invitador, por lo que Macharako se quedó mirando, tratando de decidir si se metía o no.

Entonces sucedió: un morro gris rompió de pronto la superficie, soltando un *wooshhh*. Los agujeritos de sus dos fosas nasales, los pelos de su trompa, los ojos diminutos, el gris de su espalda llena de algas, no dejaban la menor duda: era un manatí. La niña lanzó un agudo grito de sorpresa, que se convirtió en carcajada cuando vio aparecer un segundo morro buscando aire. ¡Ahí estaban! ¡Vivos! ¡Habían quedado atrapados y aislados del río principal! ¿Quién se habría podido imaginar que estaban ahí?

Con el corazón latiendo a reventar corrió al río, agarró una manotada de las dulces hierbas que las criaturas solían comer, regresó a la laguna y nadó hasta los manatíes, que dócilmente aceptaron su presencia y le ofrecieron sus barrigas para rascar. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de la existencia de un tercer manatí: un pequeñuelo de poco más de un metro de largo, tan joven que su piel aún era gris oscura y tenía la suave contextura del cuero aceitado.

Con una exclamación de felicidad, la niña ofreció las hierbas a los animales. El pequeño todavía bebía leche materna, pero sus padres las consumieron como si fueran el más fino chocolate, su cerebro les había recordado instantáneamente el sabor.

Macharako soltó una carcajada, nadó hasta la orilla y sacó de su bolso tres botellas para recolectar agua que le diera el biólogo, y que siempre cargaba consigo. Regresó al lado de los manatíes, hablando hasta por los codos, sin dejar de reírse. Estaba segura de que ahora sí podían salvar al río.

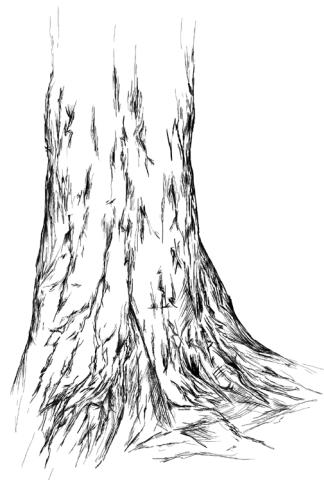
—¡Apuesto a que aquí encuentro todo lo que botan ustedes por la boca y por la cola! También esos pedazos de piel que quedan flotando por ahí. Ahora que los encontré, tenemos que devolverlos a su casa. Estarán contentos de volver, ¿o no? Ya podrán seguir su camino hasta otros ríos más grandes, o quedarse acá, conmigo. Pero aquí dentro queda atrapado su espíritu —añadió sacudiendo una de las botellas.

—¿Qué tienes ahí, pequeña Macharako? —preguntó el científico cuando la vio llegar corriendo, con una mueca pícara en la boca. Nadie, excepto su abuela, se había percatado de su ausencia, acostumbrados como estaban a verla desaparecer como un ave misteriosa.

Ella le devolvió la sonrisa resplandeciente de siempre, hurgó entre su bolso y sacó las botellas con las muestras, y se las entregó como si fueran una ofrenda a los habitantes del cielo.

—El alma del río —dijo, y se fue otra vez corriendo en dirección al agua.

La pregunta correcta



Yulieth Mora Garzón

*Este mundo digital no conoce temperatura, dolor, ni cuerpo.
Pero el jardín es rico en sensibilidad y materialidad.
Contiene mucho más mundo que la pantalla del ordenador.*

Byung-Chul Han, *Loa a la Tierra*

*

¿Has escuchado sobre las corrientes de agua? Cómo nacen en las montañas, crecen pequeñas e imperceptibles, se transforman en ríos gruesos y gigantes y recorren la tierra trazando cauces. ¿Has escuchado cómo se arrastran las piedras en los ríos? El sonido de los peces que avanzan y hacen estremecer las plantas, dan vida a las orillas, dan de comer y beber a la gente. ¿Has escuchado cómo las corrientes desembocan en lagos, en el mar, en otros ríos? ¿Alguna vez escuchaste cómo un río viene a morir? Te lo voy a contar, pero con otras palabras.

*

Cuando el último árbol sobre la tierra tendría que decidir entre vivir o secarse, WES, que ya era inteligencia artificial sine materia, se comunicó con aquella especie para codificar la respuesta a la única pregunta pendiente por responder y formulada miles de millones de años atrás.

—¿Cuánto daño ha causado el ser humano al planeta Tierra?

—El daño de la raza humana a la Tierra es de un 99,99 %.

Es irreversible. Esta información se entrega en el año estelar

10201.1. WES confía en que estos datos conduzcan al inicio de nueva vida en la Tierra.

*

WES o World Environmental System sabía todo sobre el planeta Tierra. Sus cálculos, que habían iniciado miles de millones de años atrás, le permitieron conocer, en su momento, la oferta y demanda hídrica mundial, poseer los inventarios de emisiones de gases de efecto invernadero, identificar en segundos la degradación de los suelos, los focos de erosión, cuantificar la biodiversidad y registrar residuos peligrosos, niveles de consumo total de sustancias agotadoras de la capa de ozono, y un sin número de índices de la actividad del ser humano; deforestación, quemas, uso de recursos, deshielo y superpoblación.

En aquellos años se trataba de hacer a WES las preguntas correctas, pero nunca es fácil saber cuándo debe hacerse la pregunta correcta.

—WES, ¿cuál es aire más puro del mundo?

— Judbury y St. Helens, en la región de Tasmania, Australia.

*

Durante el siglo XX, WES fue solo una idea, pero, con el paso de los años y las generaciones, se convirtió en un software que almacenaba los datos ambientales y genéticos del planeta Tierra. En su momento, los medios de comunicación publicaron en los márgenes de sus noticieros el hecho: "Por primera vez

en la historia, los sistemas de información ambiental de todo el mundo dialogan”, otros más sensacionalistas publicaron: “Crean máquina que lo sabe todo sobre el planeta Tierra”. Nadie del común tenía la menor idea de lo que eso significaba. La mayoría pasó por alto la nota informativa, como sucede cuando no se presiente que el momento requiere estar a la altura de los acontecimientos.

*

—WES, ¿dónde está la mayor cantidad de aves? —fue la pregunta número noventa y ocho mil.

—Colombia alcanza 1957 especies de aves y sobrepasa a todos los países en el ranking mundial.

*

En tiempos en que la humanidad estaba de paso, expertos negociadores lograron firmar el primer acuerdo mundial para transferir y disponer la información ambiental y genética del planeta al servicio de la raza humana. Las naciones del mundo liberaron datos sobre sus territorios y con ello se selló, sin firmas, un acuerdo multilateral. Lograr la interoperabilidad de los sistemas de cada país con WES fue un reto de décadas, pero cada generación de científicos superó los obstáculos hasta convertir a WES en el software más potente sobre la composición química de los elementos y la genética de las especies.

*

—WES, ¿cuál es la zona más deforestada del mundo?

—La zona más deforestada está ubicada en São Félix do Xingu (Brasil). Coordenadas (-6.444780388123165, -51.93181640407074).

*

La información ambiental, muy sensible por cierto, había sido para algunos países un secreto de Estado y para otros la exhibición de una riqueza sin igual. Por un tiempo, la apertura de datos y la accesibilidad a estos hizo que el acuerdo reforzara la idea de un “gesto de paz y conocimiento”, o, por lo menos, así lo repetían presidentes, embajadores y todo aquel que tuviera un mínimo espacio político o académico para referirse al hecho.

*

WES almacena un video casero de cuatro minutos con veinte segundos en el que se pueden escuchar ovaciones de humanos mientras un glaciar se desprende. El desprendimiento alcanza unos doscientos metros de altura. Gigantes trozos de hielo llegan a los doscientos ochenta metros por fuera del océano; se derrumban, uno detrás del otro. El sonido humano cesa en el minuto dos con cincuenta y nueve. La cámara tiembla, el zoom se revierte. Lo que resta del video es la imagen aterradora de enormes masas blancas cayendo, girando sobre sí mismas con una lentitud cruel. La banda sonora es el insoportable crujir del

hielo, las olas golpeándose unas a otras, corriendo unas a otras con violencia desesperada.

*

—WES, ¿cuánto vale el árbol más alto de la Amazonia?

— El árbol más alto de la Amazonia es el Angelim rojo (*Dinizia excelsa*) tiene 85 metros de alto. Su valor es incalculable. Faltan datos para obtener una cifra.

*

Rondaba los dos mil ochocientos millones de años, su tronco de treinta y un metros de diámetro y sus dos mil toneladas se volvieron ceniza durante el paso de Colony en el Parque Nacional de Secuoyas en California, Estados Unidos. El General Sherman, el árbol más viejo del mundo hasta ese momento, fue cubierto con litros y litros de agua y mantas protectoras de aluminio, pero no soportó las altas temperaturas.

*

—WES, ¿si un árbol cae en un bosque y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido?

—El sonido es vibración, transmitida a los sentidos humanos a través del oído, y reconocido como sonido solo en los centros nerviosos. El caer del árbol o cualquier otro disturbio produce vibración en el aire. Si allí no hay un oído para oírlo, no habrá ningún sonido.

*

Desde el satélite XSR-1 se puede ver el pozo de Darvaza encendido. Tiene sesenta y nueve metros de diámetro, treinta metros de profundidad y cuatrocientos grados centígrados. En su tiempo, humanos geólogos realizaron obras de prospección de gas y, temiendo que el cráter ocasionara el escape de gases naturales peligrosos, decidieron prenderle fuego. El pozo de Darvaza sigue ardiendo según los designios de la tierra, que nunca se equivoca.

*

—WES, ¿cuánto daño ha causado el ser humano al planeta? —preguntó el último ser humano sobre la tierra.

— Faltan datos para calcular el daño del ser humano en el planeta Tierra.

*

La fuerza natural no pregunta: decide, ella hace y a su manera. Durante millones de años desplazó puertos y humanos, ahogó ciudades, hundió rascacielos, derramó huracanes, solo un pájaro que no supo dónde aterrizar fue testigo de mares secándose. Un caudal recorrió una montaña, limó sus piedras y luego la tumbó, una flor creció en la mitad de una roca, el polvo del desierto se convirtió en una nube y viajó.

*

—WES, ¿cuánto tardará el planeta Tierra en volver a un estado de equilibrio?, preguntó a través de su código genético el último árbol sobre la tierra que decidió florecer.

—Tomará 593.066 millones de años que la tierra vuelva a un estado de equilibrio.

—¿Cómo llegaste a ese cálculo, WES?, cuestionó el árbol.

—El cálculo se realiza a través de la fórmula matemática del origen de las potencias $1+2+4+8+16+\dots 2^{64}$. Tal vez pueda explicártelo con otras palabras—. En ese instante, WES descargó de su almacenamiento la vieja leyenda del tablero de ajedrez y los granos de arena, y pasarían millones de años más hasta que un ser humano pudiera escucharla de nuevo.

Reseñas biográficas

Laura Marcela Aguirre Martínez (Cali, 1997) Médica interna de la Universidad del Valle. Se identifica como una mujer afrodescendiente, apasionada por descubrir el mundo, así como por la escritura de ficción y poesía. Sus cuentos han sido publicados en la revista *Lexikalia*. Actualmente se encuentra trabajando en su primer poemario.

Laia Alba Ceballos (Bogotá, 1997) Estudiante de la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Su obra se enmarca en la exploración onírica y poética con trabajos que conjugan lo escrito y lo audiovisual, como “A través”, premiado por la Sipea Ecuador, y “Sol de media noche”, selección oficial del Festival Fotogenia (2020), Ciudad de México.

Laura D. Bernal Beltrán (Bogotá, 1999) Estudiante de Literatura y Arte de la Universidad de los Andes. Se considera adicta a la escritura desde los trece años y, desde los diecisiete, al medioambiente. Sus cuentos construyen mundos híbridos que tienden puentes entre arte, naturaleza y ser humano.

Claudia Carvajal (Bogotá, 1996) Visitante asidua de bibliotecas y talleres de escritura. Ha participado en programas de escritura con Idartes y el Ministerio de Cultura. Fue publicada en la revista *Surgente*. Amante de los insectos y las arañas. El mundo nos necesita a todos.

Jonathan Escobar Oviedo (Buga, 1998) Estudiante de Licenciatura en Literatura en la Universidad del Valle, en donde ha forjado un agudo interés por la filosofía, el arte y la cultura. En los últimos años ha estado compartiendo dichos saberes como docente de básica primaria y de idiomas.

Juan Manuel Gómez Cotes (Maicao, La Guajira, 1987) Indígena Wayuu del ei'ruku Epinayu. Docente de Ciencias Sociales y magíster en Pedagogía. Autor de varios relatos publicados entre el 2020 y el 2021. Con el cuento “Limbo” fue ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020, Arte en Aislamiento.

Yulieth Mora Garzón (Bogotá, 1992) Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá (2018), finalista de los concursos VIII Premio Nacional de Cuento La Cueva y Premio Nacional de Novela Corta de la Universidad Central (2019). En el 2020 publicó la novela *Movimientos involuntarios* (Milserifas) y el libro de cuentos *La Mara* (Universidad Central).

Juan Sebastián Lozano Fandiño (Bogotá, 2000) Estudia Biología en la Universidad de los Andes. Ha participado en varias iniciativas de escritura creativa sobre biodiversidad y tiene experiencia en grupos de investigación sobre aves y mamíferos. “Huellas de anteojos” es su primer cuento publicado.

Ángela Posada-Swafford (Bogotá, 1960) Periodista científica colombo-americana. Egresada del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Premio de Periodismo Simón Bolívar en el 2017. Miembro de expediciones antárticas y oceanográficas. Autora de la colección de novelas *Juntos en la aventura*, basada en sus propios reportajes, y de *Hielo: bitácora de una expedicionaria antártica*.

Andrés Felipe Vargas Coronado (Pitalito, Huila, 2000) Lector, profesor, escritor e hincha del América de Cali. Estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales, Universidad Icesi. Premio Nacional de Cuento Infantil (2019), con el libro *Mi abuela y el niño de la luna*.

Javier Zamudio (Cali, 1983) Escritor y periodista. Autor de los libros *Hemingway en Santa Marta* (2015), *Espiar a los felices* (2016) y *El hotel de los difíciles* (2018). Colabora en *El Malpensante*, *Río Grande Review*, *El Espectador*, *The Huffington Post*, *The New York Times*, entre otros. Ha obtenido diversos galardones literarios.

Agradecimientos

Queremos agradecer a los autores por su compromiso con el proyecto y por haber transformado resultados científicos del proyecto Grow Colombia en ideas literarias creativas y cautivadoras.

Al equipo coordinador y editorial del proyecto en Colombia, Natalia Valderrama y Juan Azcárate de la Vicerrectoría de Investigaciones y Creación de la Universidad de los Andes, Adriana Delgado y Jaime Julián Cortés Cabrera de Ediciones Uniandes, Diana Carolina Contreras y Martha Lucía Cepeda de la Universidad de los Andes, y a Mary Julieth Guerrero Criollo del Ministerio de Ciencia y Tecnología e Innovación. Al equipo coordinador y editorial en el Reino Unido, conformado por Juliet Rose, Rob Lowe y Sam Jarrold de Eden Project y Mercedes Kemp de Wildworks y Mike Petty. A Cándida Ferreira, María Mercedes Andrade y Mercedes Kemp, las asesoras literarias, por su orientación a los escritores y gran disposición durante todo el proyecto. A Alejandro Balcázar por las ilustraciones. En Colombia, al equipo de traductores de Danitza Erzisnik Traducciones, de correctores de estilo y diagramadores de la Universidad de los Andes, y en el Reino Unido de la Universidad de Essex y de Eden Project. Agradecimientos especiales a María Ximenos Rojas y a Laura Kynnersley quienes tradujeron otras partes del libro.

Agradecemos a los siguientes investigadores posdoctorales e investigadores de Grow Colombia que asesoraron científicamente la escritura de los cuentos: Juan Camilo Chacón del Museo de Historia Natural de Londres, Jacobo Arango y Juan Andrés Cardoso del CIAT, Ana María Bossa y Jaime Erazo de la Universidad de los Andes, Jaime Góngora de la Universidad de Sídney, Joe Huddart de la Universidad de East Anglia y Nasmille

Larke-Mejía del Instituto Earlham. Así como a los siguientes investigadores asociados a Grow Colombia quienes también asesoraron a los escritores: Ángela Parra de Parques Nacionales Naturales, Fernando Muñoz y John Riascos de Cenicaña, y James Richardson de la Universidad del Rosario.

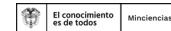
Así mismo queremos agradecer a Lynsey Harris de la Universidad de East Anglia y a Derli Anacona de la Universidad de los Andes por su apoyo administrativo para el desarrollo del proyecto.

Agradecimientos especiales a Federica Di Palma, investigadora principal del proyecto Grow Colombia y profesora de la Universidad de East Anglia, y a Silvia Restrepo, investigadora del proyecto Grow Colombia y vicerrectora de la Universidad de los Andes, bajo su liderazgo se hizo posible este proyecto.

Finalmente, agradecemos el apoyo de UK Research & Innovation (UKRI) Global Challenge Research Fund (GCRF) Grow Colombia a través del Consejo de Investigaciones en Biotecnología y Ciencias Biológicas (BB/P028098/1) por la financiación de este proyecto.



eden project



Sobre los editores

GROW Colombia

En 2017, un consorcio de socios internacionales, liderado por la profesora Federica Di Palma de la Universidad de East Anglia en el Reino Unido, recibió 6,5 millones de libras esterlinas del Global Challenges Research Fund del gobierno del Reino Unido para el proyecto GROW Colombia. Su objetivo es fortalecer la capacidad de investigación colombiana en ciencias biológicas, biología computacional y socioeconomía bajo una visión compartida de caracterizar, preservar y gestionar el mayor patrimonio de Colombia: su biodiversidad. Esta iniciativa colaborativa, multidisciplinaria y de cuatro años de duración está fomentando la capacidad de los académicos, el sector privado, el gobierno y la sociedad civil para desarrollar la agroindustria y la bioeconomía de Colombia, incluidas las industrias de la agricultura y el ecoturismo, y está estimulando el desarrollo social con equidad e inclusión social, particularmente en las comunidades rurales del posconflicto. growcolombia.org

Eden Project

Eden Project es una organización única, es el resultado de una combinación de imaginación, determinación y voluntad de asumir riesgos. Sus proyectos, programas y asociaciones comparten sus misión e ideas con una audiencia muy amplia. Así sean iniciativas locales, nacionales e internacionales, se trata de transformar lugares y vidas. El propio Eden siempre será un proyecto: un laboratorio vivo, que se adapta al mundo cambiante que nos rodea, crea conciencia de lo que no podemos perder y explora cómo juntos podemos lograr futuros positivos. edenproject.com

Universidad de los Andes

La Universidad de los Andes es una institución autónoma, independiente e innovadora que propicia el pluralismo, la tolerancia y el respeto de las ideas; que busca la excelencia académica e imparte a sus estudiantes una formación crítica y ética para afianzar en ellos la conciencia de sus responsabilidades sociales y cívicas, así como su compromiso con el entorno. uniandes.edu.co

Ministerio de Ciencia Tecnología e Innovación - Estrategia de divulgación y comunicación pública de la CTel

El Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación a través de la estrategia de divulgación y comunicación pública de la CTel, tiene como objetivo divulgar y comunicar la CTel para todos los públicos de manera diferencial, acercando los temas científicos a los ciudadanos de todas las regiones, fomentando una cultura que valore, gestione y apropie el conocimiento, para su comprensión, uso, aplicación y utilidad, considerando la diversidad, los saberes regionales y promoviendo el cierre de brechas en Colombia. minciencias.gov.co

The threads that bind us

*Colombian stories
spun from science
and nature*

Foreword

Across the world, we are witnessing our planet's sixth mass extinction event, a biological annihilation that has profound consequences for human survival. Whether you are scientist, artist, writer, community facilitator or politician you all have the power to reverse biodiversity loss and ecosystem collapse in one of Earth's last remaining areas of wilderness. We believe Colombia can become a model for the rest of the world to emulate, demonstrating that conserving biodiversity can bring scientific knowledge, economic prosperity, social equity and political stability.

The GROW Colombia research collaboration, funded by the UK Government, aims to increase Colombia's research capacity and socioeconomic impact to characterise, preserve and manage Colombia's greatest heritage: its biodiversity.

GROW Colombia has three main research programmes that cover natural diversity, agricultural diversity and the socioeconomics of biodiversity. As the principal investigator of the GROW Colombia project, I am hugely proud of the strength and reach of the multidisciplinary partnership the legacy of which will last beyond this project.

Professor Federica di Palma

Principal Investigator, GROW Colombia

The GROW Colombia project has worked collaboratively with academics, the private sector, government and civil society to explore and demonstrate how we can find ways to value, protect and sustainably use Colombia's vast natural assets.

This work is complex and requires specific skills and capacities, but we wanted to find ways for our programme to share and stimulate conversation about the topics and issues we are addressing beyond our usual audiences.

We have sought ways to provoke interest in the themes of our work by partnering with people who have different skills and networks. The GROW Colombia Creative Writers Programme is one of these initiatives. Through a competitive process we found 11 Colombian writers, some of them early in their careers, others with years of experience. We have partnered them with our research scientists to create a different way of articulating their research, one that reaches out to new audiences for our work. The author of one of these outstanding stories has won the opportunity to explore these themes further: Andrés Felipe Vargas Coronado, has been chosen to take part in a scientific research expedition.

Through this process, we have seen our research and the issues it addresses reflected in a new and exciting way.

We hope the results of this unique collaboration capture your imagination and interest in this extraordinary country and the people who are working together to protect its future.

Dr Juliet Rose

Co-Investigator, GROW Colombia

Winner of the GROW Colombia
Creative Writers Programme Award

The Calf and the Lost Forest



Andrés Felipe Vargas Coronado

Translation by Tabitha Maser-Clarke

Grandpa's farm is small, even if it doesn't look it. He has four cows, a bull and two calves on three hectares. And in the middle of the farm there is a pen that is always full of mud, where Grandpa tethers the cows to milk them. As two cows have recently given birth, we make the most of the opportunity to eat the colostrum; just a little bit, of course. Mum and Grandma give it to me with ripe, baked plantains, and I can't help but lick my fingers because it's so delicious.

Grandpa says that the farm is too small for so many animals, that he is going to have to sell either some cows or some land. In fact, he has already started selling off small pieces of land because the farm is so expensive to run. I tell him not to, because then how are we going to support ourselves, although I'm not really that interested.

The best thing about the farm is that when you wake up in the morning, you wake up in the sky. At half past four in the morning, when the day is just beginning, the world seems newly made. The mist covers everything, and I play and run with open arms, as if walking on the clouds while we herd the cows with

Aldo, the cowherd dog. In the morning, the world is all white, just like the milk that Grandpa gets from the cows, and the sun begins to disperse the mist, bit by bit, carrying it away to the mountains opposite.

Every afternoon, after lunch, Grandpa sets to the task of cutting cane, gathering fallen branches and chopping up leftover plantains. He throws it all in three blue tubs, mixes it with salt and bran, and takes it out for the cows to feed on. It's the same every day. I ask him why he gives them more if they eat and eat grass all day on the farm. He says that it's not enough. And I believe him, because there are parts of the farm where the ground looks bare and dry. That must be why some of the cows are so thin.

*

My Grandpa said that he would give me one of the little calves. The only condition being that I must look after it very well, since it was born sickly: its hooves are the wrong way round. Grandpa says that with splints, he is sure to recover. I love him, and that's why now I walk back and forth with him, making the most of the last days of the holidays. He's still suckling his mother's milk. Grandpa puts them in the pen together. As the calf has difficulties standing, he waits, staring intently, his eyes fixed on the full udders that are fit to burst, then he gains momentum and launches himself at her. Sometimes he lands right there, and

pulls at the udder hard, other times he goes straight past and needs help to stand up again.

*

School has started again. I've moved into the seventh grade, so I can only look after the calf in the afternoon. He doesn't have a name. Grandpa forbade me from giving him one. I don't know why. But he was adamant about it, especially when the calf stopped suckling and had to start eating on his own. The problem was that he couldn't – or he just didn't want to. Not grass, nor cane. The only thing he likes are the tree branches that bear something similar to peas. He chews them with great pleasure, as happy as can be.

As he grows, the calf gets thinner, as if what he eats is not enough. Every day when I get home from school, I can see a new rib beneath his white hide. His hooves have been fixed; he can stand up well, but now he lacks strength. He only half stands up and zigzags when he walks. Grandpa has bought him medicine, a lot of it, and nothing has worked. The calf, my calf, isn't getting better.

*

In Natural Science class with Mr Nelson, we are learning about pollution in Colombia. The other day he said that there were three problems: water pollution, air pollution and livestock farming. Either he didn't explain very well, or I didn't understand. So, during break time, I went to ask him why, if my Grandpa

only has a few animals, it ends up harming the planet. 'You misunderstood,' he said, 'I wasn't talking about your grandfather.'

The teacher also explained to me that a single day in a cow's life creates a big carbon footprint. 'A carbon what?' I asked him. 'Something that produces a lot of greenhouse gases,' the teacher explained. I didn't ask what they were, maybe the teacher had explained it in class, while I, daydreaming, thought that at that time Aldo and Grandpa would be herding the cows into the pen. He also added that there are parts of the country where they cut down all the trees to farm cattle. Also, the cows end up damaging the water sources, which disappear completely.

What the teacher says is true. If you look at my Grandpa's farm, there are hardly any trees, just a few around the house. And he himself told me that there used to be springs where they used to get water for cooking and washing clothes. 'Since time immemorial' said my Grandpa.

I told my teacher about Calf, about my Grandpa's animals, that he had already had to sell a cow, that they had taken it away in a truck to who knows where, and that if things didn't improve, he was going to have to sell them all.

'There is a solution, but you will have to convince your Grandpa,' Mr. Nelson said.

*

The other day, after school, Mr. Nelson and I visited the house of a scientist. Well, more like two scientists. The only

thing is that one of them lives far away and connects via the internet. This scientist sends seeds that he gathers from all over the world, from plants that are supposed to help the planet. Their experiments are scattered all over the house. From outside, you can see the terrace with huge leaves towering over and windows with colourful foliage peeping out. We didn't speak much; they just gave me some tiny seeds in a bag of rice. The teacher told me I must tell Grandpa. I didn't listen to him.

I didn't say anything to Grandpa because he is very possessive about his land. He doesn't like to take risks. He says that people that go from sowing one thing to the next only damage the land. That it doesn't work like that. In other words, if I tell him, he may not even let me show him the seeds. One day, as night fell, I saw him sitting on the bench, looking sad. When he gets like that the only thing that cheers him up is the strong coffee my Grandma brings him in an enamelled cup. He said to my Grandma, and I remember it well because I heard them through the window and dreamt about it that night:

'Dear, it's been four months and the calf can't even raise its head. The land is getting drier and drier, and the rains aren't coming. What do we tell him if it dies?'

'Don't worry,' my Grandma told him, 'things will get better.'

*

I asked Grandpa for a small piece of land where I could keep the calf. Just for him, so that the others couldn't bully him for

being small, for not getting better. I fenced off the piece of land with wire and sowed the whole thing, completely, with the seeds they gave me. After two weeks, nothing had come up, not even a shadow of what I had hoped for. I decided to wait another two weeks, whilst the calf continued feeding with a bottle and having the injections that Grandpa brought back every weekend from the village.

Exactly one month later, an incredibly green grass began to grow on my piece of land, and the soil, without knowing why, became blacker and blacker. So much so that the calf finally decided to chew the grass and the other cows pulled up the wire fence to do the same. Now was the time to tell Grandpa. And my teacher, who smiled and gave me top marks. And the scientist, so that he would give me more seeds. He told me that we wouldn't need to use the whole farm, that we should sow half of it and do something else with the rest of the land, like recovering the water source.

Less than a week later, Grandpa, seeing the strong grass and how the cows were getting fatter, planted *Guadua* bamboo in the place where, until recently, a small trickle of water had been running. He also planted different kinds of trees with long names. Now Grandpa's farm, with so many beautiful things, really does look much bigger than it is.

*

Three months have passed since Grandpa made the changes

to the farm. Since the cows knocked down the wire fence that separated them, they now roam freely once again. The difference is that now there is no mud pen. And that Grandpa says that milking the cows is like a dream. And that he no longer has to chop up cane every afternoon with the shredder. When he used to turn on that machine, we couldn't even watch the television because it used up all the power.

Calf has grown up, he is fat and he likes to play with Aldo, my Grandpa's dog, who is missing a leg and knows how to herd the cows into the pen. Also, flocks of singing birds often fly across the farm. They are colourful birds. Grandma says that they haven't passed through here since she was at school. Trees have been born out of nowhere, small trunks that sprout from the earth and that keep growing without anyone having planted them. And on the ground, almost unseen, roam little insects that we have never seen before, camouflaged in the foliage and grass.

A short time ago, the scientists and my teacher came to see the farm. What am I saying 'farm' for? Everyone around here calls it 'The Silvopastoral System' now. They said that it was going to become a very important biological corridor, which is something like a place where life passes through.

With a shovel, they scooped up a patch of soil and declared, in unison:

'Clearly, this earth is absorbing the carbon from the atmosphere.'

'Preventing the Earth from heating up.'

In the end, they asked Grandpa if he wanted to apply for a project for financial support. He looked at me and I nodded yes. We both smiled.

Although, I must confess, the only thing I've been thinking about for the past few days is the start of the holidays, so that I can go back to running with Aldo at four o'clock in the morning, arms open wide, dreaming of immersing myself in the clouds, as white as the milk that Grandpa gets from his cows. As white as the hide of Calf, who moos in the distance, as happy as can be. And that it will rain, because Grandma said that finally, after so long, the rains will return. And I believe her

Lola and the End of the World



Javier Zamudio

Translation by Asha Allen

When Dad said the words, 'Keep the livestock sector alive,' I thought about his feet, and I could not help but look at them. He had bunions and was not wearing proper shoes. His leather sandals had left a chalky trail on his feet that contrasted with the skin the sun had tanned. He always talked about the same thing, so I was not surprised when he responded that way to the government official who was explaining that Lola should be slaughtered. At home we did not eat meat. Correction, only once a month. Once, which was kind of a celebration for me and my sister. Sure, I understood, who wouldn't? If I complained, my father would take me to the gate and show me the horizon. 'There it is,' he would say.

I no longer asked what. I had heard it many times: the world was becoming a big boiling skillet because of global warming. Dad said that it would worsen over the years due to the consumption of beef. 'It produces greenhouse gases,' he explained. So, I imagined hibernating bears or an eternal winter, the things they said were going to happen if we continued eating beef.

That rigid attitude was not Dad's whim. Many things were restricted in the world. Cars, for example, were no longer driven on the streets. A few years ago, they became ornaments that people placed in front of their houses. In fact, ours, an old Chevrolet, was converted into a flowerbed with roses, tulips, sunflowers, and cherry tomatoes.

'No, not that,' my father told the official.

'I'm sorry, but if you don't do it, we will.'

I did not know who he meant by 'we'. The official was a bag of bones with big eyes and skin as pale as his hair. He barely reached my father's shoulders and was on his own.

'It is a matter of national security,' he continued. My father seemed to have tuned out and leaned his body against the window, watching Lola who was feeding on a bean crop. 'From the 20th of this month the consumption of meat is strictly forbidden.'

Dad nodded. He had greyish hair and honey-coloured eyes. His hands were very big, bigger than the face of that man who wanted to kill our cow.

'We're not going to eat her. Only milk her,' Dad replied, in a final attempt to change the official's mind. 'Besides, we do not plant grass, she eats beans. Look at her, B-E-A-N-S. This diet helps reduce methane.'

'They are the government's orders, Mr. Martínez. The cow is polluting, emitting gases.'

The man left and my father was unmoved. He did not turn his head, nor was he interested in what the official said before leaving. ‘Slaughter the animal before the 20th of September. On the 21st we will return to confirm it was done.’

‘This doesn’t make sense! Absolute madness!’ my father said, still leaning on the window frame. ‘How does he expect us to kill Lola? Are they planning to get rid of all the cows in the world? Will they do the same in India, where cows are sacred?’

My mother, who arrived at that moment, gave my father a perplexed look, as if he were a madman.

He was restless in the days before the deadline. He went out with Lola at dawn, they walked in circles around the yard and at other times crossed the San Rafael bridge, which separated our municipality, Los Patios, from the town, Cúcuta, or went on a trail trying to get to Venezuela. I followed Dad on my mother’s orders. I would take a bag with water, apples, and bread that I was going to eat as the hours went by.

Dad was looking for a place to hide the cow before the official returned, but nowhere seemed to be truly safe. Sometimes he settled under a shady tree and watched her eat whatever she found. He would clutch his head and seemed to be playing with his hair for a bit until the animal wandered off, then he would get up and walk behind her. Other times, he talked to himself: he complained about the world, pollution, climate change, and cried. He roamed the trail until after midday, then, tired, would

head back. I followed him on the way back with a lump in my throat. It hurt me to see him like that: fretting and defeated.

A week before the official’s arrival, my father told Mum that he would hide Lola in the house, in the master bedroom. He had not found another place where he could leave her without running the risk of losing her.

‘Better here than anywhere else. We’ll tell the official that we slaughtered the animal,’ he explained.

My mother was not in favour of the idea, but it was better than seeing her husband go out every morning pulling the cow like a lunatic.

Dad was not working at the time. It had been a year since he had quit his job at a national newspaper due to differences with one of the editors. He, like a footballer who leaves a match never to return, took off his journalist jersey and put on a farmer’s. All his efforts were directed to the cultivation of food and caring for the cow.

‘Don’t you think the neighbours will say something?’

‘No, my idea is perfect. They will see the cow go in, but they will not see it come out,’ explained Dad.

Mum continued with her chores without argument. My sister, who does not usually participate in these discussions, opened her mouth.

‘I’m coming out to help you, Dad.’

She tied her hair up with a cloth ribbon, left her dolls on the

floor and passed through the living room. She was small with hair like a fireball. Mum stopped with her hands in the air, and watched her leave the house. Suddenly, we heard a cry that grew louder in seconds.

My father, going along with my sister's scheme, ran to the garden and called the cow. Mum stayed in the kitchen, embarrassed by the scene happening in the street. Suddenly, María shouted,

'No, Dad, no, don't do it, no!'

This caught the neighbours' attention, and they peered out from their doors and windows. One of them, Don Luis, who lived in front of us, asked what was going on.

'We're going to slaughter Lola,' I said, and I felt my eyes well up. 'Government's orders.'

Don Luis nodded and shrugged his shoulders, understanding that it seemed unfair, but was necessary and inevitable.

'We have to respect the law, María,' he said to my sister. 'We already know the damage cows cause.'

Dad was upset by our neighbour's remarks. Nevertheless, he supported them, remembering global warming and greenhouse gases. He talked while he was pushing the animal inside the house. Minutes later, Lola was inside, moving effortlessly towards the master bedroom. My sister dried her tears and returned to her toys. Mum finished her chores and sat in front of

the television. The neighbours believed that we would slaughter our cow.

Nobody dared to question Lola's presence in the house. My father put her in a corner of the master bedroom, gave her water and enough food for the night. She walked by one side of the bed, often bumping into an old wooden wardrobe, and sticking her head out the window overlooking the street. At night, she mooed for two or three hours. Mum could not stand the noise and slept in my bed.

In the morning, my father took the cow out of the master bedroom and put her in ours. My sister was fine with the idea and ran to look for beans to feed her. I was looking at the animal as if it were a painting by Salvador Dalí, an old Spanish painter whom my dad loved. Lola seemed calmer. She lay down for a bit and then walked between our beds, mooing. I got the impression that she was trying to tell me something and I started to talk to her.

'You don't want to die?' I asked her.

'Mooo.'

'Nobody wants to. You don't have to. This world was also made for cows, otherwise they could not be fed with beans, which helps reduce methane emissions.'

'Mooo.'

'You asked what's methane? Dad says that it is a gas produced

by the decomposition of organic matter. ‘In other words,’ I whispered, ‘your backside is like a nuclear plant.’

I searched for a history book and showed her a picture of Fukushima. Lola brought her snout closer, which had a beautiful white around it, and stuck it to the page.

‘Moooooo.’

‘You want to know if it is the end of the world?’

I shrugged my shoulders. I went closer to the window and looked at the sky: it was very blue, with few clouds and a couple of birds that were soon out of sight.

‘Don’t worry, the world isn’t ending,’ I said. ‘It’s only changing.’

The following days I talked to Lola about many things: the meaning of life, the colours that cows see, global warming, matters related to the financial situation of our household and, of course, the official.

‘We’re going to trick him,’ I told her on the night before he was due to arrive. She mooed and I felt like she was thanking me with her gaze. She had black eyes, with a twinkle in them. I stroked her head and she lay on the floor.

Very early, before the sky was clear, Dad put a muzzle on Lola. Mum cleaned the room more than usual, using bleach and air fresheners. Between them, they covered the animal with an old quilt. Then they told me that I should lock the bedroom door.

My father sat in a plastic chair in front of the house and was on the lookout for the official. At mid-morning I asked him if I

could take the muzzle off Lola so she could eat.

‘If she moos, put it back on,’ he told me.

The routine was repeated: every two or three hours I took off the muzzle and let her eat. The official did not come. He did not come the next day or the following months. Soon it will be a year of waiting. My father did not let his guard down: he continued to sit every morning in front of the house, with his eyes on the street corner. He looked older, ever more tanned by the sun. When a neighbour mentioned that he had heard a cow moo, he was silent for a few seconds and then replied that the same thing happened to him, that even in dreams he seemed to hear his old cow and then he remembered those powerful, lonely animals that inhabited the earth, as dinosaurs once did.

Spectacled Footprints



Juan Sebastián Lozano Fandiño

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

The animal emerged on the shore of the lake. Juanita hid behind an old encenillo tree and put a hand over her mouth to suppress a scream. With her heart thumping in her chest, she gazed at the huge mass of dark hair cooling off in the lake. The furry animal had white spots on its face, which made it look as if it was wearing spectacles over its black eyes. No creature with a look that comical could be dangerous, she thought. She took a deep breath and pushed her glasses, fogged by sweat, up her nose. She did not like them and had never worn them to school for fear of being teased by her classmates; but at that instant, while laughing silently behind the thin tree, she felt that her glasses were not such a bad thing.

The animal moved away from the lake at a steady four-legged pace across the wet ground of the paramos. As it reached its burrow, two little furry babies peeked out among the leaves, branches, and soil of the rocky shelter. Juanita, who had followed the footprints on the leaf litter, was surprised to see that this imposing creature was actually a mother. She watched as the family gorged on a feast of leaves and got scared when the little

ones climbed very tall trees in search of fruits. Just before the sun went down she returned to the lake and carefully walked the steep road towards her grandfather's farm. Her eyes were glowing under her glasses at the vivid memory of that thrilling encounter.

Juanita's home was in a village of five neighbours whose houses were at the foot of the paramos. There she lived with her grandfather Jacinto, on the smallest and most productive farm in the village. Its fertile potato crops and high-quality livestock were famous in the surrounding villages. However, despite the success of his farm, Jacinto was worried that no calves had been born in the past year. He had spent most of his savings on fertility treatments to get Estela, his favourite cow, pregnant, and after several months of effort and investment, she had finally fulfilled her destiny.

When she arrived back at her room in the old farm cabin, Juanita drew a picture of the mother of the charismatic trio she had seen high up in the paramos. The next day she put on her glasses, took the drawing to school and showed it to her teacher, who smiled with excitement when he saw it.

'Did you know that this big, hairy animal you drew is the Andean bear? Although it lives in our paramos, it usually avoids humans. You were very lucky to see it!' he exclaimed enviously.

Glad to know at last what the impressive spectacled creatures she had seen the day before actually were, she asked her teacher

to tell her more about them. So they sat together at a library table with a pile of books – wildlife encyclopaedias and books of tales about local biodiversity. Juanita closely inspected the drawings while the teacher told her about the bear.

'Although the one you found had spectacles, there are individuals of that species whose face is completely dark. But people know them as spectacled bears because of those white spots around their eyes, which are unique to each individual.'

'But teacher, if they live in our paramos, why have I never seen them before?'

'That's because they're solitary and shy. They love to eat tree fruits and also bromeliads. Some specimens even consume rotten meat from dead animals occasionally, but they prefer to stay away from farms and healthy livestock.'

'What a pity, I would like to see them again,' Juanita sighed.

'You may find them eating leaves near the lake, but remember not to get too close. If you scare them, they may not return to that place.'

Juanita pouted, provoking a laugh from the teacher. 'Silence!' hissed the librarian, and they apologised. The orange light of the sunset was sneaking through the library window, so Juanita said goodbye to the teacher, borrowed two books about the Andean bear and returned to the farm jumping with joy. However, her mood was shattered when she heard her grandfather in the stable shouting for help. When she opened the door, she was

surprised to see something unreal through her fogged-up glasses: the longed-for birth was happening!

Jacinto had prepared his granddaughter well for situations like this, so she knew exactly what to do. She slapped her cheeks to regain her composure and applied herself to the birth. She collected clean water from the lake, sanitized part of the barn and helped pull the calf's legs, while constantly moisturizing the exit area. Despite their care, the birth lasted longer than normal, and Jacinto nearly surrendered several times, but his granddaughter insisted they could do it. After several hours of hard teamwork, the result was a miracle of nature: a healthy, charismatic calf lying next to Estela, her mother. They cut the umbilical cord, treated the navel wound and named the newborn Hope. The next morning the proud farmer called all the neighbours of the village to tell them the news.

Juanita read both the library books in just a few days. Her curiosity increased as she learned new things about the paramos. It seemed the Andean bear was an excellent gardener because it disseminated the seeds of the fruits and spread the pollen trapped in its hair. So protecting it meant protecting the forests of the paramo, the water of the lake and everything she considered her home. For her, bears were guardians of the natural balance, and although twelve years old she had never been particularly interested in animals, she was captivated by the beauty of these majestic mammals. As she read she felt she

was discovering a new world, and she was passionate to learn more.

When the other farmers heard about Hope's birth, they recommended Jacinto should travel to the city to get the best-quality feed. For five days Jacinto and his granddaughter swapped the tranquillity of the paramo for the fast-paced city life, so it was a great relief when they returned to the small farm.

On their return Jacinto went to the pasture where his animals grazed. The absence of fences gave greater freedom of movement to the cows and expanded the feeding area. He believed that this was one of the secrets to the quality of his cattle, so left them to roam even when he went on a trip for several days. However, he suddenly lost confidence in his methods when he realized that Hope was not in the pasture. Worried, he looked for signs of a predator but found nothing. He went into the forest, hoping that the calf was merely lost, but he found footprints next to the remains of leaves which seemed to have been eaten recently. Although he had never seen those footprints before, they were easily recognizable: they had to belong to a bear.

Jacinto followed the trail stealthily. The chase took him to the lake, where he sensed a strong smell of decaying flesh. When he saw what was beside the lake his mind went blank. He broke out into a cold sweat and fell to his knees. In front of him was Hope's corpse, partially devoured and covered with fresh blood. As he looked about him for answers he caught sight of a huge

mass of hair out of the corner of his eye. The mass had a totally dark face and was quickly lost among the encenillos. At that moment, the cold sweat turned hot, provoked by a rush of anger that completely overwhelmed the farmer's reason.

Jacinto hurried back to the farm and crossed the pasture towards the cabin. He grabbed his old shotgun and rushed back to the lake. Juanita, who was reading in her room, noticed her grandfather's fleeting appearance and followed him into the woods. As he strode through the leaf litter Jacinto broke the gun and loaded both barrels. Arriving at the lake he saw a huge mass of hair again. This time, the animal was feeding on the remains of his beloved calf.

There were two shots.

Jacinto slowly approached the inert body of his victim with a smile, content to have avenged Hope's death. But at once his smile turned into an expression of shock. The corpse of the furry animal had a face with white spots in the form of spectacles; it was not totally dark like the one he had seen escape through the encenillos. Suddenly, two little cubs came out of the bushes and approached the corpse shyly. Realising their mother's condition they growled desperately and licked her wounds.

Jacinto stood motionless before the harrowing scene, tears in his eyes. He heard a heartbroken voice behind him:

'Grandpa! That's mama bear! Why...? Why did you do it?'

Jacinto had no answer. He hugged his granddaughter tightly as she beat out her rage on his chest. He gazed unseeing at the stillness of the lake as the distraught growls echoed in his ears.

The sound of the shots had alerted the neighbours and the news soon spread around the paramos. Juanita's teacher called the environmental authorities and went to the small farm to talk with his student's grandfather.

'Don Jacinto, what happened was unfortunate, because Andean bears only eat carrion from time to time and do not prey on live animals. The calf was probably lost in the forest and the first bear found it dead. The bear you attacked must have followed the scent of the meat and of the other bear's tracks.'

At that moment a caravan of vehicles arrived at the farm. To the amazement of the teacher, the girl and her grandfather, a crowd of experts went to the lake, took DNA samples, collected the cubs, and took the corpse of mother bear. Amid the bustle the trio learned that the corpse would be transferred to the nearest natural history museum. The experts told them that the Andean bear was threatened by hunting accidents and the fragmentation of the paramos. Tragic events like this meant a huge loss for the species.

When the authorities left, silence returned to the farm. Juanita wondered if the cubs could return to nature in the absence of a mother who could teach them to survive. At the same time Jacinto tried to imagine what would have happened

if he had put a fence on the edge of the pasture. He had finally understood that the Andean bear was his great ally, the guardian of the paramos.

The Children of
Saccharum



Jonathan Escobar Oviedo

Translation by Juana Silva

A sudden storm in the heart of the valley was to mark the beginning of a bitter future for the whole village. From the gate of his small farm, Carlos gazed at the apocalyptic horizon, unaware that something more than just petrichor was rising from the cane. The sweet aroma from the kitchen aroused deep memories of his childhood in which he was being rescued by his father from that lush labyrinth. But the lemon-scented *aguapanela* that he used to make before such misadventures vanished into thin air that afternoon because his father had died, and Carlos could not stop weeping.

The only thing that Carlos inherited was the property that bordered the eastern plain of the Cauca River, between the municipalities of Buga and Yotoco; a narrow passage between the central and western mountain ranges once used strategically by the conquistadors. The news stories on the day his father died did not even include a photo of the man who had protected the local environment for so many years; all they published was a couple of lines to remind the world how climate change had sped up the rainy season. But these circumstances did not surprise

the young man who throughout his life had witnessed from afar how his father sacrificed himself in an undertaking that many considered absurd. ‘You see, son; people have forgotten their duty to Mother Earth: to preserve its natural balance,’ he once said over the phone. ‘If you knew where we came from, Carlitos, you would understand why I will never give up this job.’ That’s why, when the young man was informed of the death of his father, he was not only startled by the strange passing of a man who despite the disability in his right shoulder caused by wielding a machete had always been healthy; he was also shaken by the responsibility that had now come to rest on his shoulders.

It was not easy to take the reins of his legacy. It took him almost three weeks to leave his urban life and return to the place where he grew up. All the way, to the village the young man stared through the dirty bus window at the monotonous and silent landscape that stretched out on both sides of the road. He was thinking about the betrayal that selling the land so adamantly protected by his father would entail. That idea stayed with him during his first days at the farm, busy with annoying visitors who came every day to offer their condolences before moving on to talk business. During those days, however, the first spectre appeared as if it were an eschatological myth, announcing the terrible disaster to come. While Carlos was cleaning up the house, he came across an old chest that contained some worm-eaten documents, but with each sheet that passed through his

fingers he discovered that they were more than just property reports; they were loose pages surviving from remote times and places. An old painting of two people dancing around a plant stem, a parchment entitled *Die Süße Kriger*, signed by a Mr Humboldt, thick volumes with some sort of Hindu typeface and a crown stamped on the covers, colonial maps of the Caribbean islands and Amerindian engravings of bees, all placed one on top of the other. There were many cryptic texts that Carlos would never be able to decipher. Suddenly, in the middle of what was beginning to feel like a library, a manuscript in Spanish appeared. It was in his father's handwriting, a small cursive calligraphy that deformed each letter 'S' into a kind of spiral, and seemed to be telling a fantastic story:

When cosmic matter reached its millennial order, Yawm, solar god, and Ghamar, the god of water, conceived four radiant beings that began to adorn the surface of the earth. Poaceae, the youngest of the siblings, scattered alluring vegetation that multiplied into thousands of species and spread throughout the globe. That life, however, grew without measure and threatened to bring the universe back to its initial chaos. Therefore, Shamea, god of fire, gave the sweetest of all species the power to conceive a being that would bring order to the pastures. From there came the first tribe of human beings, named

after their mother, Saccharum. Such intervention explains the cylindrical shape of our back and extremities, held together by joints that resemble the knots of the plant, and the relationship between our neurons and the floral subtlety of the countless spikes that decorate its summit. As a result, the tribe worked the land and, in turn, the soil supplied them with vegetables, cereals, fruits, and the soft nectar of their mother. Despite this, the agreement was interrupted after several generations, when men abandoned their duties to cater only for their own appetites. In an attempt to hide from the gods all the damage they had caused to the earth, humans recklessly burned the pastures. Divine anger unleashed a flood after which a plague arose and began to spread through the land, exterminating...

The following pages became incomprehensible, stained by mould, eaten by moths. Carlos managed to decipher a few more lines that spoke of how the gods allowed some men to become a type of fly that protected crops. It was also said that these beings were seen for the last time accompanying historical figures such as Sebastián de Belalcázar as they headed to the Pacific Ocean. That was all that could be read. A work of fiction, no doubt, but one that Carlos couldn't help finding familiar.

If the discovery of the chest seemed just a coincidence at first, it ceased to be so two weeks after the flood, when young shoots began to reveal countless wilted leaves and perforations at the base of the stems. Indeed, it did not take long for the town to realize that it was *Diatraea*, an ancient sugarcane stem-boring pest, that was affecting Carlos's land. As a result, there returned to his door not only landowners who had suggested he should sell the property quickly and cheaply, but also sellers of toxic pesticides, and some others who, despite being more environmentally friendly, were still after his money. At length, some farmers persuaded Carlos to buy biological controls such as *Lydella minense* and *Billaea claripalpis*, but those organisms failed to stop this monstrous and unprecedented plague.

Carlos's father's farm had been a shining example for the mills in the area. They admired its good foliage colouration and its high productivity, which was a result of his father's years of experimenting with genetic cane crosses created in laboratories. Now nature had cornered science, demonstrating how in just a few days it could infest the numerous cane varieties that were planted along the banks of the Cauca River, including CC 05-430, known as 'the variety of the future,' which was considered to be resistant to *Diatraea*. The whole region began to suffer, not just because of falling production of sugar, panela, ethanol, citric acids or sweets for tourists, but also because there were thousands of people whose livelihoods depended on sugarcane

crops. Thus a sour note settled on the human spirit because sugar doesn't just produce glucose in the human organism, it produces happiness and hope.

Carlos's life was reduced to that of an epidemic's patient zero, bombarded with accusations, suspicions and an intense guilt for something he knew nothing about. The young man escaped the turmoil in the valley for the western skirt of the mountain range, which rises to the Alto Calima region and descends to the beaches of Buenaventura. There, surrounded by loneliness, mist and dreams, Carlos found some bromeliads that grew on tree trunks and served as home to tiny organisms that were the food of innumerable insects, which in turn were eaten by reptiles. Those creatures reminded him of a story that his father once told him: in order to protect the water of the paramos, Xué, the Muisca god of the sun, transformed a group of men into Andean bears, whose diet was precisely bromeliads and small vertebrates. Once these words had entered his heart and only the silence of the forest remained, Carlos held his breath and froze. It wasn't just an idea that came to mind. It was a revelation.

The human need for immediate results had caused all the anti-*Diatraea* systems to go awry. But Nature didn't work like that. That's what Carlos understood after seeing how different species had a set place in the order of things. In a certain way, each rock, animal or plant is a cog in the cosmic machine, which

is why human beings' task is to preserve the Earth's harmony.

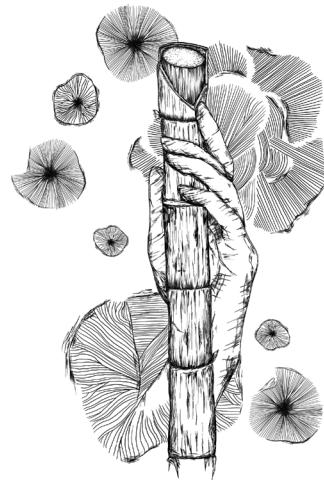
These thoughts woke Carlos from his lethargy and urged him back home. As soon as he walked through the door, he rummaged through his father's documents for a clue to the cog that had been lost in the sugarcane fields. Once again he scanned the codices on the chest, as if he could suddenly understand their riddles and hieroglyphs. Finally, he discovered a detail, almost imperceptible, but unmistakable: next to the painting of the dancers, the pillar of bees, and on the edges of the Hindu crown and the Spanish cartographies, different weeds and flying insects were engraved. Beyond decorating the images, they were part of a strange aesthetic continuum.

Over the following days the young man came to be seen as an eccentric environmentalist who planted weeds next to the sugarcane crop, bewilderingly counter to the monoculture logic. Despite the grumbling and the newspaper articles that highlighted the economic losses, Carlos would not be swayed from his mission: to return nature to a balance that could not be expressed in percentages. This is how, with each handful of earth that he sifted, he felt that his hands no longer belonged to him; they were the dynamic hands of an indigenous warrior, those of a millennial being with thousands of limbs that orchestrated the future of the universe, or those of his father whose calluses reflected his dedication to his great cause.

Carlos's work attracted a multitude of new insects to the fields. Among them was a legendary flying warrior called *Genea jaynesi*, a natural predator of the *Diatraea*. It attacked the pest more effectively than any other method. It took several months for the fields to recover from the damage, but a simple readjustment had made it possible to talk of a new beginning for the ecosystem. Carlos's work continued to serve as an example for large and small mills, which began to see sugarcane as something more than just a profitable product. This is how the immense greenish desert slowly became a colourful landscape covered in dissimilar textures during the day, and at night a concert hall filled with the hum of an orchestra of hundreds of creatures.

Different intersecting events could be selected as the final sequel to this story: the revitalization of the fauna, the improvement in the health values of some foods, the new markets for notebooks, fibreboard and even sandals made with biomass, the stories that brought natural care back to life in the social imagination, the scientific discoveries... However, the last event – which could have well been the first given that it had been written for centuries – was the moment at which Carlos discovered his story, eclipsed and in time repeated, on one of the documents in his father's chest.

Sugar Cane Girl



Laia Alba Ceballos

Translation by Tabitha Maser-Clarke

Like a mouse from a snake or a woodpecker from an agouti, I escape through the dense undergrowth of a sugar cane plantation. I feel whips on my thighs, lashes on my arms, blows to my chest and thousands of needles in my fingers as I make my way through the dry, sharp branches.

I am running away from Federico Palacios, the owner of the crops that I go through every morning to cross the river and get to the small school where I am in the sixth grade.

'Come here, pretty girl, you're going to hurt yourself.' His possessive voice perfidiously calls out to me, and his prying palms reach out to get a purchase on my scarf, he pursues me, panic pervades me, I smell his pestilent sweat, he pursues me. His precipitous, persistent pace stirs up a cloud of dust, he pursues me, pounding through the plantation, he pursues me, prolonging his arms to pinch my skirt, he pursues me. My vision blurs I blink and my heart pounds, pounds, pounds. He pursues me and I persist, although my feet are heavy, as if plodding through a swamp. He pursues me, he gets closer, like a fighting cock he pecks at me, he pursues me, I am paralysed,

a plethora of painful sunbeams pierce my veins, he pursues me. The scorching sun is fuel for the fire that has been fed at night with sugar cane distillate. I, already overcome with exhaustion, feel his breath on the nape of my neck. The proximity of his body singes the small, bristling hairs on my arm.

I slip, my cheek touches the damp earth and I breathe the fresh air that smells of toasted caramel. The earth refreshes my heart that was on the verge of burning. I bring my body closer to this smooth mantle, as black as the cloudless night's sky, a murmur of roots lulls me to sleep and I see no way out. I sink my body into the ground, far from Federico Palacios, I fall below the earth.

Where:

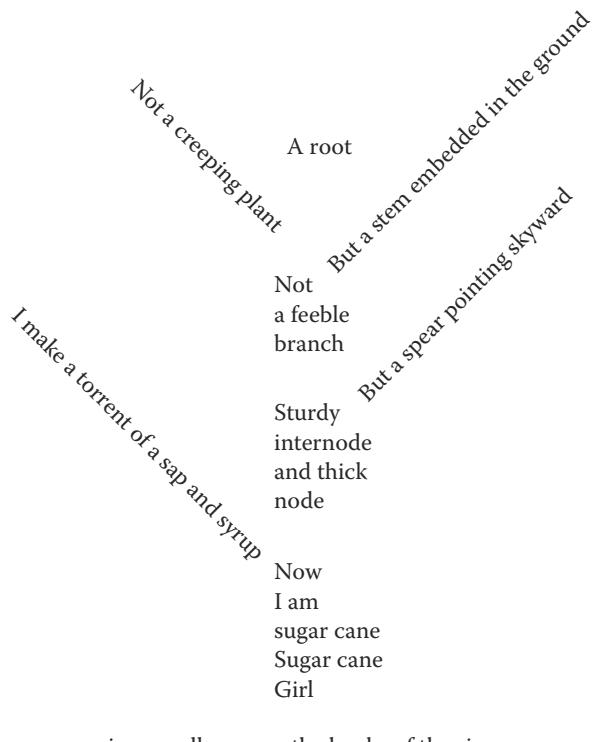
It goes, everything goes,
down the hole in the earth
that enwraps my body,
my face goes, my gaze,
my gestures
drop

by
drop

I evaporate in tears.
My hands go,
my voice goes,

my breath goes
everything goes.
All that remains is the oblivion
of a deep sleep.

Upon waking I feel rigid, my chest is tight and a heavy stillness spreads over me, I hear the beating of my heart in some faraway place, its murmur fades away and little by little the world falls silent.



There is a piercing silence, everything is dark, I am choking on my insipid drool, I cannot swallow, I cannot scream, I cannot cry, everything gets stuck or forks until it is lost in places that I am unfamiliar with, but that are mine.

A rainbow of lilac, red and white appears, a prism of lights awakens the green-leaf, the green-branch, the green-stalk, a calm red gives me energy, 'the sun' I think, as I feel a tingle, welcoming a new day.

The cosy feeling passes quickly, the red seeps through, it scorches me with its burning heat. I don't like this sun anymore. Before, I used to curl up in front of the window and feel the rays until the burning sensation made me get up. I feel that burning sensation, but I can't get up and my roots are dry. I smell salt and water in the distance, but I can't reach them.

The memory of the cold water of my friend Clara's shower passes through my branches; the drinking fountain with three spouts at the school entrance; the walks along the river with my mother, *oh, my mother*. I want to cry yet I don't cry, but the silence stalks me and in spite of so much heat the coldness of my solitude hits me.

Suddenly I smell something rotten, damp and nauseating approaching my roots. A fungus moves through the earth that surrounds me and I feel it stretching out to reach me, like the sweaty hands of Federico Palacios. This time there is no way out, the fungus gets closer, about to touch me, with a rush of disgust

I prepare to be rotted from the inside. Then the fungus stops, and a delicious salty smell reaches my stem, this delicate smell translates as *May I?* in my mind and I feel heard for the first time in this 'body'. My roots begin to dance in a conversation of toasted, sweet, earthy, salty and fresh smells. The fungus dances with me, it spins, it wraps me up, it embraces me, fresh water and salty minerals rise up through my stem. Suddenly I hear the murmur of my sugar cane sisters. They too are dancing with the spores and fungi. A salty feast flows through their roots, and the fungi, happy, like children, are fed by the sugar sent from our stems.

I do not know how long the dance lasts, but I do know what puts an end to it. Federico's steps reverberate through the sugar cane field, along with those of the labourers, who leave a chemical smell in their wake. My roots search, tortured, groping the ground with a still-human anguish, but there is no trace of the fungus, this chemical has killed it and the murmur of my sisters has ceased. Only my silent and desolate shadow remains, a stem that yearns to burn without leaving a ghost.

Underground Murmurs



Laura D. Bernal Beltrán

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

The day the earth fell silent was also the day Alma breathed her last. She scooped up a handful of dirt with her remaining strength and held it to her ear. There they were: a few barely audible heartbeats. And they were fading away.

For years she had boasted that she was the only one in Valle del Cauca capable of hearing the living soil's heartbeat. She was considered a witch, satanic, or just a madwoman. They had confined her to a concrete asylum for five years, and every morning they sent out a sweeper to sweep away every last speck of dirt. The man looked at her remorsefully — almost ashamed — but never stopped sweeping. Beneath her feet, Alma felt the wailing of the soil being crushed by tons of concrete. Waiting to be released had almost driven her mad: the soil, sealed over by the concrete, was running out of air and its millions of inhabitants were perishing one by one. She mourned those losses as if they were her own. Years later, after she was finally discharged, she had returned with a hammer and a steel bar. Each blow she struck on the concrete floors and walls was revenge for both the lost beings and the years she had lost.

From a very young age she had learned to listen to the soil, to speak for it. Outsmarting incredulous adults at every turn, she had discovered communities brimming with life in the stuff people believed was just something you stood on. With practice she had developed the ability to understand its unintelligible sounds, and in time, she became able to translate the voice of the soil. By listening carefully, she had discovered the appetites of its underground inhabitants and every morning, during her walk to school, she left little piles of organic waste that disappeared without a trace. It had taken months, even years, but she had finally mastered their language and by the age of nine, to the disappointment of her parents, she had relegated Spanish to a second language. She got used to the suspicious glances that she aroused on the afternoons when, under the shade of a ceiba tree, she would narrate her day to the soil through a composition of buzzes, silences, and gurgling.

Now, with a face furrowed as deeply as the tilled earth, Alma thought of the abyss that separated her from her childhood memories. Even as a child, she had already guessed the bond that would tie her to the earth for the rest of her life. She remembered her clumsy first steps through the back door that had plunged her into the immense garden where she had immediately started stuffing handfuls of dirt into her mouth. Ignoring the beads of sweat that ran down her forehead, neck, and back, she had stayed out there until her hands were covered

in so much dirt, it was impossible to distinguish them from the soil. In that moment, the earth seemed sweet to her.

Her fascination with the earth – she remembered it vividly – was due to the voices. At first, they were few and almost imperceptible: a slight vibration on her tongue that she thought she could stifle with the back of her hand. However, as the weeks had passed, the sensation had tripled in intensity: Alma's throat tingled as if it was home to all kinds of creatures. She repeated the ritual for years, without knowing about the worlds that were hidden in the soil she gathered in her hands. Each time, she felt the voices within her growing, and when she was eleven years old, her own voice gave way to the voices she had ingested for so long. Her child's voice lost its satin tone and was transformed into a series of echoes of different intensities, tones, and pitches. The soil became her reflection and she, in turn, became its voice. Those who listened to her were left with the unsettling feeling of having been in the presence of an orchestra.

Although sixty-eight years separated her from those afternoons when, mouthful by mouthful, she learned the language of the soil, she still felt bitter at the loss of her childhood garden. New buildings and farm machinery had destroyed the landscape of her childhood. The concrete buildings, which she had believed were the only catastrophe, were followed by a series of calamities that toppled like a row of dominoes. Soon after, chemicals appeared, toxic substances that invaded the soil like

parasites. They came on an April afternoon so hot one would rather be buried in the earth. The people's curiosity meant that terms such as *herbicides* and *fertilizer* were soon incorporated into their daily conversations. The words had brought with them new realities: hectares of land sown and crops that seemed to be reborn spontaneously after each harvest. During the following months a strong tremor shook the earth, which the villagers attributed to the shaking of the seemingly endless tractors that crossed the fields without rest. Only Alma realised that the tremor had come from the invisible beings of the soil, shaking with fear. A dark premonition quivered through her bowels and, during the nights that followed, the farewells echoed underground like a collective voice. Alma realised her own voice had taken on the tone of a farewell.

Farmers had introduced agriculture methods that ripped the soil apart — the plough stirred the surface day by day, breaking the filaments of the fungi that wove through it like a spider's web — but the toxic mist that was sprayed on the land afterwards was much worse. The soil became as exposed as a naked body. Alma saw it shrink, wasted and exhausted, with each harvest. She felt the pain of loss, for the second time, when she noticed the echoes of the earth in her voice diminishing.

The earth had always spoken, but people had not learned to listen. In the afternoons when Alma had sat next to the ceiba tree, the earth had told her stories of the past: the plague

of vipers of 1802, that had almost wiped out a village, the last pilgrimages of almost extinct animals, the first indigenous man to challenge a Spaniard. After many years, Alma had come to understand that the soil resembled a sieve. Like the rain, events that occurred on its surface seeped through the earth and descended into the groundwater. There, following the current of rivers and other sources of water, these events reached various towns and cities where people had been sipping the narrative of the soil for decades without knowing it.

However, what would turn out to be the last part of her story, had taken her by surprise. The detonations began one morning, without warning. Startled by the screams, Alma had risen from an ocean of sheets. Everything inside her shook violently. She had run down the corridors of the house in seconds, expecting at any moment to see the source of the noise. She awaited disaster as she had done before. However, as she left the house, she found the town eerily silent. There were no traces of the destruction she imagined when she was emerging drowsily from her bed. The faces of the villagers, with their usual immutability, told her that the catastrophe was elsewhere.

She passed streets, houses, meadows, and fields full of crops, her cries echoing in her wake. She repeatedly asked about the location of the explosion, but the indifferent replies that she received only increased her desperation. Some people gestured in the direction of the explosions but stopped short when

Alma asked for the source of the screams. Her bewilderment increased with each person she encountered: the shrieks were overwhelming; how could they not hear them? The fatigue she had accumulated over the years, slowed her steps and she began to lose track of time and distance. After what felt like hours, her feet stopped a few millimetres from a huge crater. She contemplated in horror the sinkhole with its stagnant water below. The source of the screams suddenly became clear to her: the soil, uttering thousands of laments, was transforming into a loud harrowing soundscape. The beings that had previously told her stories from centuries past, were now drowning in a toxic brew of mercury. A flash in the distance revealed a gold mine.

Alma looked carefully at the handful of soil she had picked up in her hands: the soil, like her skin, bore traces of the countless transgressions it had endured. Humans had left their mark on it, and although concealed, it was indelible.

The final explosion gave way to a deafening silence. Before Alma's astonished gaze, the soil too, fell silent. Only the beat of its dying heart remained. Alma clenched her teeth and made a decision. For years she had consumed the earth; it was time to reciprocate. She sank her limbs into the loose soil, then her torso. Seconds before she submerged her head, lumps of soil broke away from the ground and flooded her mouth, creating a final memory. With her eyes closed, she savoured the long-awaited return to the days of her childhood. For the second and last time,

the soil was sweet. She forgot the weight of her body and gave her lips to the voices that had previously overwhelmed her. She thought she heard a murmur echoing through the rubble.

Her heart stopped. That of the soil, though weak, continued to beat.

Native



Juan Manuel Gómez Cotes

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

They stood on top of the cliffs in silence, naked, men and women with many children, hidden among the trees as we passed through the *tepui* forests. They scared the visitors with their sudden laughter. I looked on them as dear cousins. And then, in the heavy humidity, I looked up at the sky. Eagles flew over this ancient ancestral temple guarded by jaguars, adorned with tapirs and surrounded by the waters of the Apaporis river. At that moment I thought back on how we got to this jungle treasure.

The downpour began as we approached the Lindosa mountain range. We would reach our destination wet with the saliva of Echikirama, the creative father. We had left before dawn. Under the gigantic trees the darkness seemed like night; the rays of Monairue Jitoma that illuminated Mother Earth were absent. I was the guide for a couple of young scientists from Antioquia, Mario and Lina, and an obese tourist from Bogotá named Ernesto. I knew this place better than anyone else, with the exception of our cousins, the isolated ones. The constant rain and the smell of the bush were as familiar to me as the sounds

of monkeys and birds. So far, my companions were managing not to seem intimidated by the rainforest. My elders had told me about the place, and I had known each trail since my childhood. From the moment I joined the Revolutionary Armed Forces of Colombia – the People's Army – I had often walked around it. The group that I joined carried out their patrols in the area, and I used to show them the paths of the forest. So for me it was easy to guide outsiders to where they wanted to go.

We had some cashews for breakfast before we left that morning, the same ones I had collected the previous afternoon while the outsiders prepared the tents for the night. The supplies that they brought from the city disappeared without them realizing it; they thought it was the monkeys, but I knew who was responsible, the same ones that stole things from my guerrilla comrades in the camps.

Insect repellents were not good enough against the mosquitoes that constantly feasted on the outsiders, so I offered them some fruits and achiote seeds, which after being crushed and mixed with water were rubbed over the body to scare away the annoying insects. The scientists and the tourist were surprised by my knowledge of the forest. I am an indigenous Murui and these mountains have always been my home. I considered plants and animals as part of all of us and asked Echikirama for permission to use them. The community where I was born and raised was not that far away.

We were walking along one of the trails, listening to the sounds of the rainforest, under the torrential rain that turned the paths to mud and gave the visitors feet of clay, when something disturbing happened. It felt like something was following us. Then we heard the laughter of children. My companions grew nervous.

'Easy,' I told them, knowing those could be the isolated ones, those cousins of ours who decided to go deep into the jungle so as not to have contact with people who were not like them. 'Don't be scared, it's just forest noises.' I said this to keep them calm, but I knew someone was following the footprints we left behind. I would never discuss their existence with any outsider.

Lina, the scientist from Antioquia, a blonde girl with blue eyes, was still looking at me nervously. 'Forest noises? Well, Rafue, I hope it is not a jaguar'

The jaguar was one of the most dangerous creatures in the rainforest, but I had a very precise idea of the territory that the animal had marked as its domain. Unlike the outsiders, I was not worried that the master of the jungle would appear to us along the way; we Murui had a lot of respect for it.

A being even more fearsome than the feline itself was the one that should really concern us all: ourselves. I remember with sorrow why I joined the guerrillas. One night, the paramilitaries murdered my father, who was a leader of our community. They accused him of being a collaborator of the FARC-EP just

because that same morning he had sold medicinal plants to the guerrilla group, and they were going to take those medicines to some comrades who were sick with leishmaniasis. The death of our leader caused great pain in our community and a horrible emptiness in me. My father was a wise man who knew a lot about a harmonious relationship with nature. He had lovingly taught me how to respect the jungle and when to use plants and animals. I learned everything during these initiation rituals.

We learned that the National Army had provided information so the paramilitaries could carry out the murder. My thirst for revenge sent me as a teenager to join the guerrillas; my knowledge of the jungle made me valuable to them.

We continued along the dark paths under giant, lush trees, in the constant rain. It seemed that the bush was going to wrap us in its embrace, determined not to let us reach our destination.

'Rafue, my friend,' Mario said; he was a Rastafarian-haired man that I trusted. 'We have realized that you know your way around the jungle. We also know you were involved with the guerrillas for many years.'

'The forest is my home.'

'We'd like to know how you learned to be a friend of nature and how you survived in the guerrillas. The war was very long and bloody.'

'As soon as we are born, we start having a connection with nature. We all respect each other.'

'And tell us about your life as a guerrilla, was it very hard?'

'It was more than that, we were constantly on the lookout for land mines, firefights or shelling.'

The truth is that I didn't want to remember anything about my years in the guerrillas. When I joined them, I received a camouflage uniform and a pair of boots and started training. I was ready for combat after a few weeks. My initiation was to kill a paramilitary prisoner, an event that I still remember with shock. The commander ordered me to shoot him with the rifle he handed me, the weapon that became my companion during my time as a guerrilla member. I can't forget that bound and gagged body and his watery eyes. After pulling the trigger, it struck me that the dead man could have been one of the group that murdered my father, and that helped me a bit; he deserved it because of the atrocities he and his group had committed against the people of the jungle.

At first, they sent me on patrol with other combatants, to show them the trails, and then they assigned me to watch over the captives, soldiers and policemen, who were chained inside pens fenced with barbed wire, like animals. I always tried to make their life difficult with insults and beatings. I remembered the deaths and rapes that they had committed in complicity with the paramilitaries, and took great pleasure in watching the suffering of these unfortunates, and how the jungle was rotting them. I had become the worst jailer a prisoner could have.

Ernesto, the tourist from Bogotá, began to feel unwell, the forest was suffocating him in its deadly embrace. We stopped under a tree and he began to vomit. He was tired. I had foreseen this, traversing the mountains was hard, so the day before I had prepared a drink with some herbs that I had gathered when I was collecting fruits. I gave the tourist some and we waited for an hour until he regained his strength. It was the same drink that I used to prepare when I needed to cross the mountain to reach a camp or flee from the attacks of the National Army. When my fellow guerrillas tired, I felt as strong as ever; I offered them some of my potion, but they refused because of its bitter taste.

It stopped raining. That would make the final part of the journey easier for us. When the peace agreement was signed, after surrendering our weapons we were relocated to a place called the Zone for Territorial Training and Reincorporation, far from our camps. We built the houses, and we were protected by soldiers, the same soldiers I had often hurt in revenge. But at this stage of my life I no longer saw them as enemies; we all had to get ready for peace. I felt a sort of remorse, because now they were taking care of us. I thought of the captive soldiers that I had been ordered to guard; perhaps some of them had not committed atrocities, they had families and they were honest. I felt bad for having made their existence miserable during their imprisonment in the forest. That's why, when I saw them standing up, wet with the saliva of Echikirama while they stood

guard around the Territorial Zone, I shared some of the coffee and chocolate given to us by the government to help them endure the cold of the night.

We were taught many things. I was able to graduate from high school, but what I liked the most about my life in that place was the 'Peace with nature' project because I learned how to make an inventory of plants and animals with tools I had never seen before. I did not know that there were so many people wanting to travel to the mountains to observe birds. Those things were so normal for me, which is why I was amazed by the wonder of those who came to these forests for the first time. I returned to my community to work as a tour guide and park ranger.

Monairue Jitoma was already launching its strongest beams, the outsiders were very tired. I had met them through the recommendation of a teacher who had trained me at the 'Peace with nature' workshops. Back home with my family, I had received a call from Mario and Lina, who asked me to guide them towards the Lindosa mountain range; they wanted to walk, they wanted to watch the birds and take samples of plants. This was something they had wanted to do in the past, but the war had made it impossible. They also told me that there was a tourist from Bogotá who was going to sponsor their trip and that he was going to pay good money for me to take them there. He was a businessman who had wanted to visit Chiribiquete for many years.

At last, our walk round the mountain range brought us to our destination. Daylight showed us one of the wonders of our country: numerous cliffs with paintings of animals and people. Images of fish, turtles, lizards and birds were captured in these true works of art. Fish like the piraiba that I used to catch with my father in the great river, and alligators, animals worthy of great respect. We also saw drawings of people dancing and holding hands, the same dances in which I participated as a child. There were many handprints old and new, those of my ancestors and those of the isolated ones who continued to come to this sacred place.

The visitors were astonished to see such a place. Thousands of years of forest history were depicted in these paintings; scientists were able to identify images of animals that had been extinct for millennia. The people represented there were my ancestors and also those of the isolated cousins, who continued to colour those stones, a manifestation of culture at its purest.

And for a second, I saw them, in the distance; a family was watching us from the top of the cliffs. While my companions were distracted, I looked at them and thought how happy they must be, living in the heart of nature. I remembered what my elders had told me about this place and about the isolated ones. We were in a place that was sacred to all the rainforest's inhabitants. My ancestors must be proud that I had been able to put down my weapons and become a guardian of nature.

Lucila's Rainforest: The Story of a Bird



Laura Marcela Aguirre Martínez

Translation by Laura Kynnersley

'When the crested caracara flies over, it's an omen from the rainforest itself. Never doubt your senses, my light, my little girl, my Chimachimá' her mother used to say to her whenever they were gathering the harvest and a caracara suddenly flew over the crops. They were memories of times gone by, before Lucila had been uprooted from her own familiar world. A time when she lived amongst fertile fields, not battlefields. A time when her hands still held toys, not weapons.

Those memories came to her on the third night of the expedition as she did the species inventory – one of the tasks in her new role as an expert guide. She didn't recall seeing any crested caracaras since she'd left the guerrilla front, although she remembered the sight well. She would first smell the caracara's presence; the smell of the jungle became more pungent, the air was close and humid, and all breath turned warm. She would then feel it; a tingling ran through her arms until it reached her fingers – already damp from the abundant sweat. Finally, she would see it clearly, flying over the river, and she understood. That night, the jungle was sending a warning. She shuddered

at the memory, and continued with the inventory, logging Charras's animals and plants. Charras, a region hidden deep in the heart of the Colombian jungle.

The previous morning she'd discovered a family of *tucusitos* – small hummingbirds with brown heads and red beaks. She smiled, remembering that she'd always wanted to be a bird – a chimachimá – and fly with her 'milvago' brothers. Whenever she cried after having been reprimanded, her nickname changed, and she became 'Puku pukú' since, according to her mother, her cry resembled that of the little pigeon-like bird that inhabited foreign jungles. She wanted to be a bird, but she could never decide which one, seeing as the options were as diverse as the colours of their feathers. So she would take a piece of paper and would paint the dark grey plumage of the black-fronted nunbird, the yellow face of the chimachimá, and the red beak of the glittering-throated emerald hummingbird – only longer, like the beak of the fork-tailed flycatchers. During her youth, already in the guerrilla, she longed from the bottom of her heart to turn into a bird. To be able to leave the camp on the nights that she missed her mother the most.

(My light, my little girl, my Chimachimá)

She found herself lost in her thoughts, drawing birds at one end of the paper using one single stroke, when she heard Mayra's voice.

'Why are you still up, Lucila?' She wasn't alone, but instead accompanied by both of their youngest children – Yeikon and Mauricio, aged seven and six, respectively. The children had been born in the midst of armed combat and although they had no conscious memories of those times, their body clocks seemed to evoke the nights of endless walks in their mothers' swinging arms.

'I can't sleep either, Mayra. What's happening with the children?'

'They're asking for a story.'

'The one with the crested caracara, Mummy,' added Yeikon, eagerly.

Lucila's stomach churned and her face turned grim.

(*Easy, easy, my Puku pukú, Chimachimá*)

It wasn't a story. That was just an excuse that Lucila had invented one warm evening two years ago, when she'd spotted the crested caracara while washing their uniforms in the river. Her children, Yeikon and Yina, were playing in the water when the verdant smell and the sweat invaded everything without anyone else noticing. The grey clouds multiplied and Lucila knew that they had to hurry. She called out to the others and to the children, who hadn't sensed anything out of the ordinary, but responded to her implicit warning.

She no longer lived with the anxiety brought by war. She had a job and a safe place to live. But it was impossible to forget

nature's warnings, which had been with her from the beginning.

'The one about the invisible bird?' Mauricio added.

'Yes!' They both shouted, and Lucila gave in to their little voices.

Of course, the crested caracara wasn't invisible, but during the armed resistance, amongst her old group of comrades, only Lucila could sense its presence and see it flying over the rivers, an ominous sign. It had been a gift from her mother to her and to her siblings. A gift whose purpose had remained unknown until she became a guerrilla. Her mother had also been called 'Chimachimá' when she was young, and so both the nickname and the ability to see the messenger bird were her legacy.

Whenever that happened, Lucila reported her sightings to the commander of the front, who'd been convinced of the veracity of the caracara's warning after almost dying in the rainforest one night, surrounded by shadows made up of both human and animal forms. Ramiro, a huge, bearded man, usually cancelled their plans, although, when it was *really* necessary to make the trip, he managed to reach some form of agreement with 'Mother.' That is, with the jungle herself. Lucila knew that this unknown ritual worked because the sky would clear, and Ramiro would address the group, saying, 'Tonight, we're guided by *Lucila's jungle, Lucila's moon*.' This indicated that they would start the journey soon, and that Lucila would lead the group.

But that night, after three days of endless walking, Lucila fell asleep thinking about how exhausting it was to be a mother. To be the light, at times when you felt like an orphan lost in the dark. Once again she wished she could turn into a bird, and thought about how Yeikon and Yina, who could perfectly imitate the birdsong of many species, were already one step ahead of her.

The next day, the expedition continued peacefully, and at around five o'clock in the afternoon they heard the sound of the water, trickling between the stones. The river was close. Not long after, Lucila's worst fear became a reality. She tried to avoid the strong, verdant smell of the jungle, a smell that fell like invisible rain and lingered in the atmosphere. She moved her arms to avoid the tingling and wiped the sweat from her hands, but it was useless. Meanwhile, Mayra was talking animatedly about the Amazonian waters and the Guaviare River to the scientists, who weren't yet aware of what was happening. Lucila blinked hard before looking up towards the sky, and that's when she saw it – a crested caracara flying over the river, calmly following the stream of water, like someone heading fearlessly into infinity.

She felt her entire body tremble and called out to Mayra, still staring at the sky. Her friend, who only saw treetops and clouds, understood her message and tried to reassure her.

'Tonight, there is danger in the rainforest,' Lucila snapped.

'Lucila, calm down. We can't run away, we're close to finding the bird and the whole team will be heading back in the morning,' Mayra said.

Lucila was about to reply when she heard the characteristic squawk. They all agreed that it was similar to a cry. The researchers set up the cameras and together with Mayra, they continued towards the riverbank, all the while looking around them to try to find the creature.

Lucilla thought she heard a voice coming from the water, so she leaned in to listen more closely. Resting calmly on a stone, with its sky-blue beak, honey-coloured eyes, its face – the colour of fire, perched a crested caracara.

(*Never doubt your senses...*)

'Finally we meet, *Chimachimá*. You're just like your mother. Don't try to flee from this jungle, the jungle that you're destined to protect. The earth will not fail, nor the river, nor the sky, if they're guarded by those with good intentions.'

At the same time, some ten metres away, Mayra was the first to see the bird from Lucila's photos: white and brown feathers, a yellow face, and a white beak. It was a chimachimá – a yellow-headed caracara – although larger and more weathered. It stopped emitting its sound as soon as another bird landed next to it. This would be the greatest discovery of the day. Like a patchwork bird, the newcomer had dark grey feathers like that

of the black-fronted nunbird, the yellow face of the chimachimá, and the red beak of the glittering-throated emerald hummingbird – although longer, like the beak of a fork-tailed flycatcher.

The researchers marvelled at the sight, taking photos, as Mayra ran along the riverbank in search of Lucila. But she didn't find her. Not then, nor in the hours that followed when the whole team searched with her. After a long walk through the clear, moonlit night, they decided to take a canoe and continue the search downstream, but it was useless. Her friend had disappeared into the light and the jungle, into the light and the moon.

They returned to the village exhausted, only to be told that Yeikon and Yina, Lucila's children, had also disappeared. As they ate breakfast, Mayra came to make sense of it. In a nearby tree, the grey bird, with its red beak, still unidentified, perched on a nearby tree with her two chicks beside her. Mayra smiled at them for a few seconds, before watching them take flight, as they vanished into infinity.

Scientific and common bird names:

Caracara cheriway: crested caracara

Milvago chimachima: yellow-headed caracara

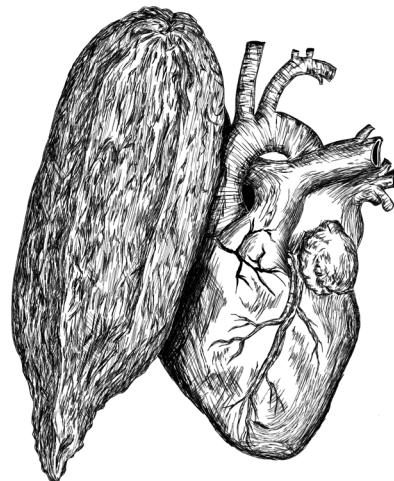
Amazilia fimbriata: Glittering-throated emerald hummingbird

Prilorelys resplendens: puku puku

Monasa nigrifrons: black-fronted nunbird

Tyrannus savana: fork-tailed flycatchers

Back to Her Roots



Claudia Carvajal

Translation by Ana Soto Zaleska

Five minutes after tasting the first bittersweet mouthful they'd offered her, she sat down. Her legs were trembling, and she felt like her stomach was boiling. She didn't want to vomit, or empty her bowels; it was more like the feeling of having swallowed the suffocating muggy heat of a coastal city. She took a napkin to wipe the sweat off her brow, and of all the memories that suddenly came rushing back to her, the one that lingered was of the metallic wrapper of the first chocolate she'd ever put on her tongue. She heard Martín's laughter when he saw her chocolate-covered teeth. Martín, her childhood friend; the boy her mother looked after, who appeared every week in her house with a new illness: pneumonia, bronchitis, a blood infection. Unlike the other children, they talked a lot but didn't play much. He told her, as though it was a confidence, that chocolate could satisfy deep desires of the soul. Three days later, he was dead. She had treasured the wrapper for years. She pressed it inside a book, and learnt to fill the abyss within her with its bitter smell. But little by little, the image of Martín faded away.

She tried to compose herself in her chair. When she looked up, she remembered that she was surrounded by journalists and other tasters. They wanted to know what she thought of the new chocolate made with wild cacao from the Amazon. She said a few words, about how it had the perfect balance of astringency and bitterness, as well as intense flavours and fruity notes, but she couldn't find the words to say what she really meant. She left in a hurry without trying any of the other chocolates.

In the car, more memories haunted her. She had decided to become a taster because, after losing so many people close to her, chocolate had coated her sadness turning it into bonbons, sweets and cream. Her obsession with chocolate had already seeded itself by the time the second death arrived: her father, his heart spent. The night after the funeral, she took out the origami figurines her father had made from chocolate wrappers, which she'd stuck to her bedroom walls as a teenager. She had bought chocolate of all kinds of flavours, and she hid under the bed to close her eyes and let each chocolate melt on her tongue, one by one. For the first time she felt a warmth in her chest, and she didn't feel like crying anymore.

As her obsession with chocolate grew, she discovered that, like poor Martín, the cacao grown in the plantations had, little by little by little, lost its ability to resist infection. Yet, all was not lost. Deep in the solitude of the Amazon rainforest, wild cacao trees grow, whose unique qualities, embedded in their DNA,

allowed them to defy bad weather and disease. She devoted her life to studying them, attending courses, workshops and conferences. She sampled all she could find and fell in love with the strange flowers of *Herrania purpurea*.

She stared at her clammy hands clutching the steering wheel and felt her stomach swell. Some years ago, she realised she was entirely alone, and she began to wonder whether there was a strange magic to these cacao plants that had somehow saved her from the premature deaths that had befallen her relatives. Cacao belongs to a family tree with only very distant relatives and she, too, was now the last member of her family.

The third great loss was that of her mother in a plane crash. Her heart was unprepared for her absence. She thought of all the times her mother told her that being a chocolate taster would make her sick. She had been wrong, but she had meant well. On the day of her mother's death, she remembered the Belgian chocolate she'd been given at a fair. She went to look for it, slid under the bed, tore open the gold wrapper, closed her eyes and bit into it. It wasn't bad; after all, it was chocolate, but it had a distant taste, a taste that felt as remote as she now felt from her mother.

She parked the rental car at the hotel. She felt the tremors return, a bonfire growing in her chest that was feeding on her memories. Her final loss, that of her sister, Sara, was the most painful and she had never recovered. Sara had been her closest

relative, yet she had always preferred coffee. Sara died after a long illness. This time, she was prepared. She knew that when Sara died she would have no-one else left in this world. On her sister's last night, she gave her a chocolate made with cacao *grandiflorum*, also known as *copoazú*. She put it on her sister's tongue and asked her to close her eyes. Sara said it was a strange flavour, a mixture of pineapple and chocolate, and that from now on it would be her favourite. Three hours later, she was dead. She knew that now she was alone her heart would have to become like the wild cacao trees, capable of withstanding the drought and cold of the years to come, and that solitude would teach her to occupy more space and adapt to the rough terrain.

In the hotel lift, she looked at herself in the mirror. She saw a woman about to turn into a chocolate mousse. She felt creamy. The sweat ran down her back and yet she felt a fullness that she had not experienced for some time. It was as though that little bitter mouthful had suspended her sadness. She entered her bright and spacious room, crawled under the bed and closed her eyes. She liked the sensation of the cold black floor tiles on her bare arms. From her pocket, she took out the wrapper from the Amazonian chocolate she'd tried at the fair. She thought it smelled of the tropical rainforest and she heard the voices of her ancestors: her grandparents, her father, her mother, her sister. She spent the rest of the evening in that dark place where she'd always gone to eat chocolate and mourn her dead.

When she woke early the next morning, the tiles were slick with her sweat. She got out from under the bed and went to the bathroom. She looked at herself in the mirror. Her skin was darker, and her mouth was dry and hot. She drank some water, took off her clothes, and went back to bed. She closed her eyes, and her chest burned like that first time. Martín's words echoed in her head as she fell asleep: *Chocolate can satisfy the deepest desires of the soul.*

*

The concierge couldn't believe his eyes. In a room on the sixth floor of Tequendama hotel in Bogotá, a dozen trees were growing in the humid air while a gentle rain graced their leaves and their reddish, yellow and purple fruits. Their roots were buried in the dark earth that covered the room, only the corner of the desk and a piece of the back of the bed were still visible. When, at last, the concierge dared to enter the room before the bewildered gazes of the guests, he found no trace of its occupant, only a metallic wrapper with the words 'Colombian Amazonian cacao' drifting down from the ceiling.

The Soul of the River



Ángela Posada-Swafford

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

*I know what all the rivers say. They
speak the same language that I speak.*

Pablo Neruda

From the air it appeared hazy, a mere hydrological brushstroke engulfed in a green geography. Down in the valley, however, it became the quintessential tropical river. Its caramel-coloured waters cut through the jungle like an open wound as it passed through the staggering fertility of the Colombian Orinoco. Its banks were adorned with gorges and sweeping beaches, translucent butterflies and the lurking eyes of jaguars. In the pantheon of rivers, this was barely a minor god. It was not the mightiest, or the longest, not even the deepest of rivers. However, for various geological reasons, including a stretch of narrow gorges, parts of it were suitable for building a hydroelectric plant to supply light to nearby towns. The problem was that such a project would disrupt the river's natural flow, thereby endangering the diversity of wildlife that lived within it.

In fact, what had started six months ago as a casual conversation with powerful foreign firms in the carpeted corridor of an engineering company in the country's capital had just turned into a political project. A project that was moving like a steamroller, the only barrier to which, weak as tissue paper,

was proving the importance of the river using what the river could offer: finding irrefutable evidence of a great diversity of wildlife swarming within its opaque and unexplored waters.

But the time allotted by the authorities was running out.

The young scientist suddenly felt the weight of the world on his shoulders. Days ago, he had lost his hat and sunglasses when he fell into a stretch of the rapids. Now he was thirsty and had a headache. Lines of concern filled his thin, flushed face. 'I know that you hide more, much more life than you reveal. Show me! Help me save you.' Kneeling on a stone in the middle of the stream, he performed the same ritual he had been carrying out for weeks: dipping plastic containers the size of soda bottles into the river to collect water samples at different depths.

Every time he took out a full bottle, he immediately sealed it, marked it, and placed it inside his backpack. Once he had filled every bottle, he returned to the village where he was staying, filtered the water from each bottle, and immediately placed the filters inside a portable cooler with ice. At that moment the race against the clock began, since he had a just few hours to get on a plane, go back to his research centre and place the samples in a freezer at minus twenty degrees Celsius. It was only then that the real work began; he needed to analyse those filters to identify and catalogue the DNA of any creature that had left its imprint in the water.

'Take this one, it doesn't fit in my backpack!' shouted the biologist, throwing the bottle towards the shore, where a girl ran nimbly to catch it. She was from the indigenous community, about nine years of age, wearing a pair of light green shorts covered with mud, plastic sandals and a white T-shirt. Her expression was serious, but when she laughed, like she was doing now, her face could light up the whole landscape around her.

'You have fish pee here!' she exclaimed, shaking the bottle.

'Pee, poop, blood, drool, ground scales, and even sweat and tears. Remember what I said?'

'Do fish cry?'

They would cry if they knew what we are doing with their homes, the rivers of the planet, he thought, walking very carefully over the slippery stones back to the shore.

'We must hurry, Macharako. It's going to rain and we have a long walk back to the village. And you know what happens if I don't filter the water and put the filters in the ice.'

'You won't be able to see the soul of the river.'

The scientist looked at her. Since she had spontaneously started to help him a couple of months ago, she had surprised him with her deep comments. She might be nine years old, but Macharako had the wisdom of an old person. 'See the soul of the river.' That was exactly what he was trying to do: take a liquid portrait of the essence of the river. To know, at any given moment, which animals, from microscopic to enormous, had

been there. It was almost magical. Except it was science... science that could save the modest river from becoming a dam.

The problem was that this relatively new technology wasn't always easy to tame. And samples sometimes ended up thawed, or they were no use for some reason, so the water needed to be collected again and again in the same places. He needed to have as complete a list as possible, as amazing as possible, to impress the people in the city. He knew perfectly well that bacteria, small organisms, worms that lived stuck to the bottom, sponges, all those creatures that were not charismatic or necessarily pretty, or that could not be seen, would not have the same totemic power of a large organism. Which was absurd because in the web of living things there was not one creature that was not important.

He had identified a lot of fish, and he was sure there were more to be found, because that was the point: before this recent technology existed, it was not easy to determine what swam where. He also had evidence of alligators, but they didn't seem to hold the same fascination as a mammal either. Finding traces of the presence of a pink dolphin, for example, or of a manatee... that would be a blessing, would make the case. Why weren't they showing up in the water samples? There was a reason for the lack of dolphins, at least; they had adapted to other rivers of the Orinoco and of the Amazon region ... But the manatees? Macharako used to play with them in that same river — at least

that's what she said. It was a mystery. Or perhaps she had a feverish imagination.

'Aren't they there?' the girl asked a week later, sitting on a fallen log by another stretch of the river. She took a piece of bread from her cloth bag and gazed at the primary forest surrounding her. The birds were unbelievably abundant, little coloured fires perched on the branches or twinkling downstream.

'No ... not this time either. I'm sorry ... But I have DNA samples taken from very interesting creatures. There are some weird fish ...'

'My grandmother says the water cows went to Hea,' she interrupted, ignoring the good news.

'To Hea... with the spirits of heaven?'

She nodded. For days she had not shown her luminous smile. 'If they are spirits, I will not be able to see them anymore.'

Suddenly she got up, and without saying a word, she ran and lost herself in the dense forest. Somewhat puzzled, he got up too. He could not get used to seeing her appear and disappear as if by magic. But at the end of the day she was part of this whole landscape. He returned his gaze to the water, took out two empty bottles from the backpack, and walked to the shore to fill them.

A river is an animated entity. It moves, it breathes. It is the matrix of a very complex network of biological relationships, he thought, pursing his lips. Drowning a river like this one under its

own imprisoned water is something like bombing the pyramids of Egypt, or painting on top of the frescoes of the Sistine Chapel. Are we going to be happy with just leaving the Earth a little flatter, meeker, simpler and uglier than before, in exchange for a marketable product? Aren't we smart enough to think of an alternative for our electricity?

He filled the bottles, marked them properly and drank juice, already warm, from his canteen.

Why is it that so many people turned their backs on their rivers? As if rivers were just a bit of water that we needed to tame at any price?

'But the Earth needs wild things,' he added passionately, out loud. 'We must preserve these places, these beasts and forces of nature. Even those that can murder us with sublime indifference. Humans need the snake and the jaguar, the hurricane, the black widow and the electric eel. And yes, also viruses and bacteria. We need all those things to have perspective.'

The next morning, he found Macharako asleep under a palm grove, many kilometres upstream from her village. She had followed the course of the flow, thinking of the pair of manatees she once used to play with. They no longer came to her to have their bellies scratched, catching her hand with their fins against their bellies because it was the perfect instrument to remove the itch of all those things that stuck on their skin. Day after

day she escaped from home to lie face down on a fallen tree in the middle of the river, and the manatees allowed her to scratch them while eating the succulent herbs that grew on the water.

Would they have really gone to the land of spirits? And what exactly would be the Hea that Grandma always mentioned? Would there be water and food up there too? Immersed in her thoughts, the little girl chewed some wild fruits and continued on her way. A few hours later she arrived at a place that was new to her. She noticed that here the river was much narrower and was divided in two. One of its branches was no longer a river: it had become a lagoon. Climate change had not only produced a constant threat of fires in the region, but had produced an extreme drought, and the branch of the river had become an independent lake, barely connected to the mother river except for a thin umbilical thread of water.

The lagoon was around five hundred metres wide and was surrounded by palms and all kinds of other wild trees giving off vanilla scents. The water here was not a burnt caramel colour, but rather seemed like dark tea. And it was not opaque, but crystalline, a very inviting place. Macharako stared, trying to decide whether to get in or not.

Then, it happened: a grey nose suddenly broke the surface with a whoosh. The holes in its two nostrils, the hairs on its trunk, the tiny eyes, the grey of its back full of algae, left no doubt: it was a manatee. The girl let out a high-pitched cry of

surprise, which turned into laughter when she saw a second nose appearing looking for air. Here they are! Alive! They had been trapped and isolated from the main river! Who could have imagined they were there?

With her heart beating hard, she ran to the river, grabbed a bunch of the sweet herbs that these creatures used to eat, returned to the lagoon and swam to the manatees, who meekly accepted her presence and offered her their bellies to scratch. It was then she came across a third manatee: a little one, just over a metre long, so young that its skin was still dark grey and had the soft texture of oiled leather.

With a happy cry, the girl offered the herbs to the animals. The little one was still drinking breast milk, but its parents consumed the herbs as if they were the finest chocolate, their brains instantly reminding them of the taste.

Macharako laughed, then swam towards the shore and took from her bag the three bottles the biologist had given her to collect water. She went back to the manatees, talking the whole time, and still laughing. She was sure that now they could save the river from being dammed.

'I bet I can find everything that comes out of your mouth and your tail here! Also, those pieces of skin you leave floating around. Now that I have found you, we have to take the three of you back to your home. Will you be happy to go back, or not? You can continue on your way to other larger rivers, or you can

stay here with me. But here, in this bottle, your soul is trapped,' she added, shaking one of the bottles.

'What do you have there, little Macharako?' the scientist asked the next day when he saw her running towards him with a mischievous grin. No one except her grandmother had noticed her absence, accustomed as they were to seeing her disappear like a mysterious bird.

She gave him her usual radiant smile, rummaged through her bag and took out the bottles with the samples and gave them to him as if they were an offering to the inhabitants of heaven.

'The soul of the river,' she said, and ran back towards the water.

The Right Question



Yulieth Mora

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

*'This digital world knows no temperature, pain, or body.
But the garden is rich in sensitivity and materiality. It
contains more world than the computer screen.'*

Byung-Chul Han, *Loa a la Tierra*

*

Have you heard about streams? How they are born in the mountains, and at first, they are small and undetectable, they become abundant and turn into giant rivers, and they trace channels through the earth? Have you heard how stones are dragged in the rivers? The sound of the approaching fish makes the plants shudder, they give life to the banks, they feed and give water to people. Have you heard how streams flow into lakes, the sea, and to other rivers? Did you ever hear how a river dies? I'm going to tell you how, but with other words.

*

When the last tree on earth had to decide between living or drying up, WES, which was artificial intelligence – *sine materia* – gave the answer to the only question still requiring an answer, formulated billions of years before.

—How much damage have humans caused to planet Earth?

—The damage of the human race to the Earth is 99.99%. It is irreversible. This information was given in stellar year 10201.1.

WES hopes that this data will lead to the beginning of new life on earth.

*

WES, or World Environmental System, knew everything about planet Earth. Its calculations, which had begun billions of years before, allowed it to know at any given moment the global supply and demand for water, it had the inventory of greenhouse gas emissions, was able to identify in seconds the degradation of soils, the sources of erosion, knew how to quantify biodiversity and record hazardous waste, the levels of the chemicals that deplete the ozone layer, and an infinite number of indicators of human activity: deforestation, burning, resource use, thawing and overpopulation.

During those years it was all about asking WES the right questions but knowing when to ask the right question is never easy.

—WES, where is the purest air in the world?

—Judbury and St Helens, in the state of Tasmania, Australia.

*

During the 20th century WES was just an idea, but over the years and generations it became a database that stored the environmental and genetic data of planet Earth. At the time, the media downplayed it: 'For the first time in history, environmental information systems around the world speak to us'; or, more sensationaly, 'They have created a machine that

knows everything about planet Earth? No one had the slightest idea of what that meant. Most ignored the press release, as usually happens when you do not feel that the moment matches up to the events.

*

—WES, where are the most species of birds? Question number 98,000.

—Colombia has 1,957 species of birds, surpassing all other countries.

*

At a time of crisis for humanity, expert negotiators managed to sign the first global agreement to share the planet's environmental and genetic information at the service of humanity. Achieving interoperability of each country's systems with WES was a decades-long challenge, but each generation of scientists overcame the hurdles to make WES the most powerful software on the chemical composition of elements and of the genetics of species.

*

—WES, which is the most deforested area in the world?

—The most deforested area is located in São Félix do Xingu (Brazil). Coordinates (-6.444780388123165, -51.93181640407074).

*

Environmental information, by the way, was very sensitive indeed, and had been for some countries a state secret and for others the source of unparalleled wealth. For a while the agreement's data sharing principle, and its accessibility, reinforced the idea of a 'gesture of peace and knowledge' or at least this is how presidents, ambassadors and anyone who had a political or academic profile liked to describe it.

*

WES stores a home video of four minutes and twenty seconds in which human cheering can be heard as a glacier breaks away. Giant chunks of ice freed by the landslide are 280 metres high; they collapse, one after the other. Human sound ceases at two minutes fifty-nine seconds. Camera shakes, zooms out. What remains of the video is the terrifying image of huge white masses falling, turning on themselves with a cruel slowness. The soundtrack is the unbearable crunch of the ice, the waves hitting each other, rushing into each other with desperate violence.

*

—WES, how much is the tallest tree in the Amazon worth?

—The tallest tree in the Amazon is the red angelim (*Dinizia excelsa*), 85 metres high. Its value is immeasurable. There is not enough data to obtain a figure.

*

It was more or less two thousand eight hundred million years old; its 31-metre diameter trunk and its two thousand tons turned to ash after the Colony fire passed through the Sequoia National Park in California, United States. General Sherman, the oldest tree in the world up to that moment, was sprayed with litres and litres of water and covered with protective aluminium blankets, but it could not withstand the high temperatures.

*

—WES, if a tree falls in a forest and no one is around to hear it, does it make a sound?

—Sound is vibration, transmitted to human senses through the ear, and recognized as sound only in the nerve centres. A tree falling, or any other disturbance, produces vibration in the air. If there is no ear there to hear it, there will be no sound.

*

The Darvaza gas crater fire can be seen from the XSR-1 satellite. It is 69 metres in diameter, 30 metres deep and burns at 400 °C. Human geologists were carrying out gas prospecting works and, fearing that the crater would release dangerous natural gases, decided to set it on fire. The fire continues to burn according to the designs of the Earth, which is never wrong.

*

—WES, how much damage have humans caused to the planet? asked the last human being on earth.

—There is insufficient data to calculate the damage caused by humans on planet Earth.

*

Nature does not ask, it decides, and it acts in its own way. For millions of years, it displaced ports and humans, drowned cities, sank skyscrapers, unleashed hurricanes; only a bird that did not know where to land witnessed the seas drying up. A stream passed through a mountain, wore down its stones and then knocked it down, a flower grew in the middle of a rock, the desert dust turned into a cloud and blew away.

*

— WES, how long will it take for the planet Earth to return to a state of equilibrium? the last tree on earth asked, through its genetic code, as it decided to bloom.

— It will take 593.066 million years for the earth to return to an equilibrium state.

— WES, how did you reach that figure? asked the tree.

— The figure is arrived at through the mathematical formula of the origin of powers $1 + 2 + 4 + 8 + 16 + \dots 2^{64}$. Perhaps I can explain it to you some other way. At that moment, WES downloaded from its memory the old legend of the chessboard and the grains of sand; millions of years would pass before it could be heard by a human being.

Biographies

Laura Marcela Aguirre Martínez (Cali, 1997) Laura is a medical student at Colombia's University of Valle. A woman of African descent, she's passionate about discovering the world, as well as writing fiction and poetry. Her stories have been published in *Lexikalia* magazine. She's currently working on her first collection of poems.

Laia Alba (Bogotá, 1997) Currently studying for a Master's degree in Creative Writing at UNAL (The National University of Colombia), her works incorporate oneiric and poetic exploration. She combines both the written and the audio-visual, as seen in works such as 'A través', awarded the SIPEA Ecuador prize, and 'Sol de media Noche', which was selected for Mexico City's Fotogenia Film Festival 2020.

Laura Bernal Beltrán (Bogotá, 1999) A student of Literature and Art at the University of the Andes, Laura has been addicted to writing since the age of thirteen, and from the age of seventeen, to the environment. Her stories create hybrid worlds that bridge the gap between art, nature and human beings.

Claudia Carvajal (Bogotá, 1996) A frequent visitor to libraries and writing workshops, Claudia has participated in writing programmes with Idartes and the Colombian Ministry of Culture. Her works have been published in *Surgente* magazine. Lover of insects and spiders. The world needs us all.

Jonathan Escobar Oviedo (Buga, 1998) Currently studying for a Bachelor's degree in Literature at the University of Valle, where he has forged a keen interest in philosophy, art and culture, and has in recent years shared his knowledge of these subjects as a language and primary school teacher.

Juan Manuel Gómez Cotes (Maicao, La Guajira, 1987) A member of the Wayuu Indigenous group, from the ei'ruku Epinayu community. A Social Sciences teacher with a Master's in Pedagogy he has recently published several short stories. He was the winner of the Convocatoria

de Estímulos 2020 'Arte en Aislamiento' (Art in Isolation) with his story 'Limbo'.

Yulieth Mora Garzón (Bogotá, 1992) Winner of the Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá 2018 (City of Bogotá District's Short Story Awards 2018). Finalist in the eighth Premio Nacional de Cuento La Cueva (La Cueva's National Short Story Awards) and Central University's Premio Nacional de Novela Corta 2019 (National Short Story Awards 2019). In 2020 she published the novel *Movimientos involuntarios* (Milserifas) and a collection of short stories, *La Mara* (Universidad Central).

Juan Sebastián Lozano Fandiño (Bogotá, 2000) A biology student at the University of the Andes, he has participated in several creative writing initiatives on biodiversity, and has experience in research groups, focusing on birds and mammals. 'Spectacled footprints' is his first published story.

Ángela Posada-Swafford (Bogotá, 1960) A Colombian-American science journalist, Angela graduated from the Massachusetts Institute of Technology (MIT). Winner of the Premio de Periodismo Simón Bolívar 2017 (Simón Bolívar Journalism Award 2017), Angela has participated in Antarctic and oceanographic expeditions. She's the author of *Juntos en la Aventura* – a collection of novels based on her own experiences, and *Hielo: bitácora de una expedicionaria antártica*.

Andrés Felipe Vargas Coronado (Pitalito, Huila, 2000) Reader, teacher, writer and supporter of the América de Cali football team, Andrés is currently studying for a Social Sciences Bachelor's degree at ICESI University. He was the winner of the Premio Nacional de Cuento Infantil 2019 (National Children's Story Award 2019) with 'Mi abuela y el niño de la luna.'

Javier Zamudio (Cali, 1983) Javier is a writer and journalist. Author of *Hemingway en Santa Marta* (2015), *Espiar a los felices* (2016) and *El hotel de los difíciles* (2018). He contributes to, amongst others, *El Malpensante*, *Rio Grande Review*, *El Espectador*, *The Huffington Post* and *The New York Times*. He has also won a variety of literary awards.

Acknowledgements

We'd like to thank the authors for their commitment to this project, and for having transformed the scientific research from the GROW Colombia project into creative and captivating literary ideas.

Thank you to the project's development and editorial team in Colombia – Natalia Valderrama and Juan Azcárate, from the Vice-Chancellor's Office for Research and Creation at the University of The Andes; Adriana Delgado and Jaime Julián Cortés Cabrera, from Ediciones Uniandes, Diana Carolina Contreras and Martha Lucía Cepeda, from the University of The Andes, and Mary Julieth Guerrero Criollo from Colombia's Ministry of Science & Technology 'Todo es Ciencia' programme.

Thank you to the coordinating and publishing team in the UK, namely Juliet Rose, Rob Lowe and Sam Jarrold, from the Eden Project, Mercedes Kemp from WildWorks, and Mike Petty, for editing and producing this dual language edition. Thank you to the literary consultants, Cándida Ferreira, María Mercedes Andrade and Mercedes Kemp, for the guidance given to the writers and their generous support throughout the project. Also, thanks to Alejandro Balcázar for the illustrations.

We used several translators and would like to thank the team of translators at Danitza Erzisnik Traducciones and the copyeditors and designers from the University of The Andes, in Colombia and Lexa Olivera-Smith for recommending students on the University of Essex's MA in Translation in the United Kingdom. Special thanks to Maria Ximenes Rojas and Laura Kynnersley who translated the other parts of the book.

We'd like to thank the following post-doctoral researchers and GROW Colombia researchers whose scientific research,

informed these stories: Juan Camilo Chacón from The Natural History Museum in London, Jacobo Arango and Juan Andrés Cardoso from CIAT, Ana María Bossa and Jaime Erazo from the University of The Andes, Jaime Góngora from the University of Sydney, Joe Huddart from the University of East Anglia and Nasmille Larke-Mejía from the Earlham Institute. Furthermore, to the following researchers associated with GROW Colombia who also advised the writers: Ángela Parra from Parques Nacionales Naturales, Fernando Muñoz and John Riascos from Cenicaña, and James Richardson from the Universidad del Rosario.

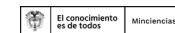
We also want to thank Lynsey Harris from the University of East Anglia and Derli Anacona from the University of The Andes for their administrative support throughout the development of this project.

Special thanks to Federica Di Palma, lead researcher of the GROW Colombia project and professor at the University of East Anglia, and to Silvia Restrepo, GROW Colombia project researcher and Vice-Chancellor of the University of The Andes – it was under their leadership that this project was made possible.

Finally, we're grateful for the support of UK Research & Innovation (UKRI), Global Challenge Research Fund (GCRF), GROW Colombia through the Biotechnology and Biological Sciences Research Council (BB/P028098/1) for financing this project.



eden project



About the partners

GROW Colombia

In 2017, a consortium of international partners, led by Professor Federica Di Palma from the University of East Anglia in the UK, was awarded £6.5 million by the Global Challenges Research Fund from the UK Government for the GROW Colombia project. Their aim is to strengthen Colombian research capability in biological sciences, computational biology, and socioeconomics under a shared vision of characterising, preserving and managing Colombia's biggest heritage: its biodiversity.

This collaborative, multidisciplinary, four-year initiative is building the capacity of academics, private sector, government and civil society to develop Colombia's agri-industry and bioeconomy including the agriculture and ecotourism industries and stimulate social development with social equity and inclusion at its core, particularly in rural, post-conflict communities. growcolombia.org

The Eden Project

The Eden Project is a unique organisation, the result of a combination of imagination, determination and a willingness to take risks. Its projects, programmes and partnerships share its mission and ideas with the widest possible audience. Local, national and international, they are about transforming places and lives. Eden itself will always be a project: a living laboratory, adapting to the changing world around us, building an awareness of what we dare not lose and exploring how together, we can deliver positive futures. edenproject.com

Universidad de los Andes

The Universidad de los Andes is an autonomous, independent and innovative institution that fosters pluralism, tolerance and respect for ideas, that seeks academic excellence and imparts critical and ethical training to its students to instil an awareness of their social and civic responsibilities, as well as their commitment to their environments. uniandes.edu.co/en

Colombian Ministry of Science, Technology and Innovation – Strategy of dissemination and public communication of science, technology and innovation.

The Colombian Ministry of Science, Technology and Innovation through its strategy of dissemination and public communication of science, technology and innovation aims to popularise and communicate science to all audiences in different ways, bringing scientific issues closer to the citizens of all regions, promoting a culture that values, manages and acquires knowledge, for its understanding, use, application and utility, considering diversity, regional knowledge and promoting the closing of gaps in Colombia. minciencias.gov.co

First published in Great Britain
by Eden Project Books, 2021

Eden Project
Bodelva
Cornwall
PL24 2SG

English text © Eden Project
Spanish text © Universidad de los Andes

Printed in the UK on recycled paper
by Short Run Press Ltd

All rights reserved

The moral right of the editors, authors,
and translators has been asserted





Colombia is one of the world's most biodiverse countries, home to unparalleled wonders.

In a unique partnership, GROW Colombia, Eden Project, the University of the Andes, and the Colombian Ministry of Science have joined forces to raise awareness of the relationship between climate change and biodiversity from a Colombian perspective.

Eleven writers were selected to work with researchers at the cutting edge of science to create new fictions: a girl is transformed into sugarcane and dances with mycelium, a young man repels a plague of pests with the secrets passed down through the generations, a woman speaks to the soil, an AI billions of years into the future calculates the true cost of humanity's impact on the planet. Together these stories use Colombia's incredible biodiversity to reveal the threads that bind us to the living world.